



DOÑA LUZ.

XVI.

MEDITACIONES.



EL P. Enrique, según hemos apuntado anteriormente, no estaba ocioso: no limitaba la actividad de su vida á hablar en la tertulia de D. Acisclo.

En la soledad de su cuarto se pasaba horas y horas leyendo y escribiendo.

Como era modestísimo, no esperaba hacer algo que, dado al público, fuese de gran utilidad, y sin embargo escribía una obra extensa de la que no levantaba mano. Era una Apología ó nueva defensa del Cristianismo contra los ataques de los más flamantes filósofos panteistas, positivistas y materialistas.

El singular y simpático candor del Padre se revelaba en cada frase de este notable escrito. Se diría que todo él era, más que un libro de polémica, un monólogo, ó mejor dicho un diálogo, en que alternaban dos voces de la misma alma. Su entendimiento frío, calculador, apartado de la fe, proponía cuantos argumentos, ya metafísicos, ya históricos, ya tomados de las ciencias de observacion, pueden presentarse contra la

revelacion sobrenatural, contra la vida inmortal del espíritu y aún contra Dios mismo. Y su entendimiento tambien, ilustrado de mayor luz y acompañado y fortalecido por la fe, respondía á los argumentos susodichos, aquietándose con la victoria.

Allí nada había de afectado ni de convencional. Era el sér del Padre, que se retrataba fielmente. Se diría que su fe, encerrada en interior y fuerte alcázar, peleaba contra el humano discurso, que no quería destruirla, pero que hacía cuantos esfuerzos son conducentes para ello, á fin de verla salir vencedora y triunfante de estos esfuerzos mismos.

Desde la venida del diputado D. Jaime, el Padre iba cada dia deteniéndose ménos en casa de su tío, y por consiguiente quedando más tiempo en su estancia solitaria.

La obra, con todo, no cundía ni adelantaba por eso. Antes bien, el Padre escribía en ella ménos que nunca. Se sentaba en su bufete; se colocaba delante el libro en blanco, donde iba vertiendo sus ideas conforme se le ocurrían, salvo el ponerlas más tarde en órden segun un plan sabio y bien meditado; tomaba la pluma por último; pero todo era en balde. No se presentaba nada claro y concreto que decir. Un mar de pensamientos y de sentimientos se agitaba en su espíritu, como si viniese sobre ellos el más violento huracan, barajándolo y revolviéndolo todo, por donde, en vez de una creacion armónica, brotaba el cáos tenebroso.

De esta suerte, despues de soltar la pluma, los codos sobre la mesa, la diestra en la mejilla, se pasaba el Padre largas horas sin escribir y sin hacer nada. Otras veces andaba por el cuarto á largos pasos. Otras se echaba en un sillón y se cubría el rostro con las manos. Jamás se había sentido tan inactivo, tan incapaz y tan infecundo.

Un dia cerró con despecho el volúmen en que iba escribiendo sus apuntes, y se puso á escribir en hojas sueltas. La inspiracion entónces vino sin duda en su auxilio. La pluma corrió precipitada como si el torrente de ideas que tenía que verter le imprimiera un movimiento extraordinario.

¿Por qué raro hechizo hallaba el Padre esta facilidad para escribir en hojas sueltas, cuando tan premioso estaba para es-

cribir en el libro? El hechizo no estaba en el libro ni en las hojas sueltas, sino en el asunto.

El Padre se acababa de decidir á escribir sobre otro, que singularmente le importaba, que le preocupaba hacía tiempo, que pesaba sobre él, y del que era menester desahogarse. Por esto la pluma corría.

El Padre estaba fijando en el papel lo más recóndito de su alma.

«No basta, escribía, ¡ oh mi Dios! que yo me confiese contigo. ¿Qué tinieblas no penetras tú con tu claridad? ¿En qué abismo no se hunde tu mirada? Tú lo sabes todo. Nada tengo que decirte. Sólo debo pedirte perdon. Pero el peso de este misterio de mi alma me abrumba, miéntras sin tomar forma, sin revestirse de la palabra, vive en mi centro, conociéndole tú solo. Es indudable: áun prescindiendo de la virtud sagrada del sacramento, la confesion es un manantial de consuelos; es, cuando ménos, un alivio. Confesar á álguien nuestra pena, nuestra humillacion ó nuestro pecado, es compartirlo todo con él. Pero ¿á qué semejante mio podré yo confesarme? Los amigos, los sabios directores de mi conciencia, aquellos en quienes yo me confiaba, están muy léjos, allá en los mares é islas del extremo Oriente. Es verdad que todo sacerdote sentado en el tribunal de la penitencia, investido por Dios mismo de la facultad de sentenciar y de absolver, recibe por gracia lo que á veces por naturaleza no ha recibido: bastante lucidez de espíritu para comprenderlo todo. Y sin embargo, yo no me decido á confesarme con este excelente y benigno D. Miguel. ¿Qué le voy á decir? ¿Tengo algo de terminante y de bien calificado? ¿Hay infraccion clara de los mandamientos divinos que constituya mi culpa? Mi culpa es grave, gravísima, y no obstante, yo no puedo declarársela á D. Miguel sin referir pormenores, sin aludir á personas, sin comprometer á álguien á quien no tengo derecho á comprometer. Yo puedo echarme á los piés de este buen sacerdote, y decirle que soy soberbio, envidioso, impuro, y pedirle que me castigue y luégo me perdone; pero lo íntimo de mi falta quedará por confesar: es por mil razones inenarrable para él.

»¿Es por esto mi confesion imposible? En cierto modo, yo

puedo aliviarme del peso que me fatiga, sacándole fuera de mi alma, encadenándole en la palabra escrita, aunque nadie la lea. La palabra es dón divino, y posee, entre mil otras virtudes, una admirable energía consoladora. Lo que se fija y encierra en letras, queda allí como preso y atado, y no lastima y destroza tanto el corazón como lo que persiste en él inefable é informe. Además, para conocerme mejor, para ver mi mal, conviene presentármelo de una manera distinta. El aspecto exterior, nuestro semblante, ¿cómo verle sin que en un espejo se refleje? Así el alma, así las heridas que en ella hay, aunque duelan, aunque aflijan, no se comprenden, no se perciben por completo, cuando quedan confusas en el fondo del alma misma, y no se expresan y declaran en el lenguaje humano. Quiero, pues, estudiarme con valor, romper ó desatar la venda ó compresa que las cubre, y catar yo mismo mis heridas.

»Obra de Dios es la hermosura. Mas no acusemos á Dios del uso que puede darse á su obra. Fabrica el alfarero un vaso primoroso, y no es responsable del veneno que luégo se deposita en él y que tal vez apura hasta las heces nuestro sediento labio.

»Ella es hermosa de alma y de cuerpo. Sus ojos, azules como el cielo, no revelan sino ideas y sentimientos llenos de limpia honestidad. No puedo acusarla de la menor provocación, ni siquiera instintiva y por ella ignorada. Ni reflexión traidora, ni ciego instinto hubo jamás en ella de perderme. Y esto fué la causa de mi perdición. Contra los efectos de aquella reflexión ó de aquel instinto de sobra hubiera yo acertado á precaerverme. Ni siquiera hubiera yo tenido que tomar precaución alguna. Conocido el intento, patente á mis ojos el engaño, me hubiera disgustado en lugar de atraerme. Su propia inocencia, su candidez purísima ha sido, pues, como agudo puñal con que ella ha traspasado mi corazón. Creyéndome ella todo de Dios, poseedor de sus favores, vidente de sus perfecciones, regalado y deleitado con sus dulzuras, ni pudo recelar extravío, ni quiso presumir con soberbia que por ella hubiera yo de olvidarme de Dios. Por eso me mostró la beldad interior de su alma en toda la desnudez ino-

cente y casta de quien nada teme. Me abrió su corazón, me dejó entrar en lo íntimo de su conciencia, y yo me embriagué con su aroma.

»Un plan astuto, hábilmente forjado por mi pasión, maduró en mi pensamiento, mostrándose como exento de pecado. Para forjar este plan, me apoyé en las condiciones de su carácter y en las circunstancias de que la rodeaba la ciega fortuna. ¿A quién había de amar ella en estos lugares? Si hasta los veintiocho años había vivido sin prendarse de hombre alguno, ¿no era probable, casi evidente, que viviría ya de la misma manera el resto de su vida? Todo aquel brío de voluntad, todo aquel tesoro de amor que yo descubría en su pecho, todos aquellos pensamientos elevados y generosos que agitaban su mente, todas aquellas aspiraciones sin nombre, infinitas, divinas, que germinaban en su espíritu, en perenne primavera ideal, todas aquellas flores celestiales, nacidas en el huerto sellado de su fantasía y cultivadas con esmero por su recto juicio, propenso por naturaleza, educación y gracia á lo santo y puro ¿á quién había ella de dedicarlos y consagrarlos? A Dios, y nada más que á Dios, pensé yo. Pero, con intención egoísta, confesándola apenas, concerté luego conmigo mismo en ser yo el medio por donde tanto bien volviese á Dios, de donde había provenido.

»¿Quién sino yo podía comprenderla en este lugar, entre gente zafia y villana? ¿Quién ordenar y aclarar sus vagos ensueños? ¿Quién interpretar los enigmas? ¿Quién señalarle el blanco adonde importaba dirigir oraciones y suspiros, para que no fuesen como mal disparadas saetas que se pierden en el aire y acaban por dar en tierra, sin llegar á herir dicho blanco? ¿Quién acabar de abrir á su razón, ansiosa de verdad, el recinto misterioso de las más sublimes doctrinas? ¿Quién declararla el por qué y el cómo de las cosas, hasta donde es posible saberlo? ¿Quién servir de guía á su espíritu en sus vuelos audaces, cuando subía por cima de todo lo natural y creado, anhelante de tocar á la inaccesible, eterna é inexhausta fuente de donde mana? En suma, yo me lisonjé de ser su maestro, su amigo, el depositario de sus ideas, el que oyese, moderase y avivase ó templase á su placer las

palpitaciones profundas de su corazón entusiasta. Todo el raudal de amor que de él brotaba y que iba á tí, Dios mio, no, jamás pensé en robártelo y guardarlo para mí; pero pensé con egoísmo en abrir cauce en mi espíritu á aquel claro, impetuoso y cristalino torrente, á fin de que llegara por él á su centro. Nunca soñé con ser el término de la carrera del raudal, sino con ser el camino por donde sus limpias ondas se fueran derivando, hermozeando el camino al paso, y reflejando en él el cielo sereno y todas las galas de la tierra, con más primor en el reflejo y con mil veces mayor hechizo que en la realidad misma.

»¡Qué bien me has castigado, Dios mio! ¡Qué bien me has castigado! Pero en el castigo, si venero y acato tu justicia, te doy gracias por tu misericordia. ¿Qué no merecía yo por mi delito? Mi indigno cálculo ha sido desbaratado; mi insano sofisma se ha vuelto contra mí: yo mismo he quedado envuelto en la red cautelosa que había tendido.

»Harto lo reconozco ahora. La concupiscencia del espíritu es la peor de las concupiscencias. Repugna por anti-natural. No la atenúa la consideración de que nuestra sangre está viciada. No es vicio, en quien el vigor y la salud del cuerpo, si no hermozean, mitigan la fealdad. Es pecado pasado por alambique: extracto, esencia, refinamiento espantoso de lascivia.

»¿Y cómo estaba yo tan ciego para no verlo y horrorizarme? Yo lo creía todo etéreo, santísimo, limpiísimo. Hasta ha habido instantes de obcecación, en que la he culpado, en que la he tildado de inconsecuente, de falsa, de perjura, de infiel... ¡Cielos santos! ¡Qué frenesí fué el mio! Ella no me prometió nada; ella no se ligó conmigo por lazo alguno. Ella me amaba ántes como ahora me ama. No, no ha habido mudanza en ella. Si ella hubiera visto ántes lo que yo tenía en el pecho, no hubiera sido menester que llegase D. Jaime para que se apartase de mí con horror. Yo mismo no lo veía ántes. Ahora lo veo y me horrorizo. Abominables sentencias, infames propósitos, conjuros del infierno, estaban grabados en mi pecho, como en lámina de bronce, pero con tinta invisible, que sólo el reactivo de los celos ha hecho patente para mi vergüenza.

» El cielo ha humillado mi soberbia. Yo me estimaba en más, en muchísimo más de lo que soy. Mis trabajos, mis penitencias, mis largas y peligrosas peregrinaciones y misiones se me figuraba que habían ganado para mí el favor del cielo; que habían revestido este pecho mortal de un escudo, de una coraza diamantina, que me había hecho invulnerable. Yo soñé que había ahogado en el inmenso piélago del amor divino todos los otros amores terrenales y caducos. Yo me figuré que ya no podría amar nada, ni á nadie, sino por el amor de Dios. Creí que toda beldad perecedera, que toda bondad de las criaturas, que toda gracia, que toda luz, no sería á mis ojos sino reflejo débil y frío de la beldad, de la bondad, de la gracia y de la luz eternas, cuyos fulgores imaginaba entrever, en cuyas llamas me complacía en sentir ardiendo mi corazón. ¡Cómo me adulaba el espíritu tentador á fin de hacerme caer! ¡Cuán astutamente me engañaba! ¡Cuán ciega confianza fué la mía al principio! Así como hábil jardinero, si descubre entre malezas una planta nobilísima, la lleva á su jardín y la cultiva con afán para que todo vicio contraído entre las malezas acabe, y para que, merced á su cuidado prospere la planta y dé al fin lindas y aromáticas flores y sabrosos frutos; así yo, al haliar la bella alma de esta mujer, henchido de fatuidad, me propuse mejorarla, hermosearla más, purificarla de todo defecto y hacerla florecer y fructificar abundantemente en virtudes, conocimientos y perfecciones. Esto es lo que á las claras me sugería el infierno; esto lo que sólo me confesaba yo á mí propio; pero, allá en el fondo de mi contaminado espíritu bullían otras ideas, hervían otros propósitos, como nido de víboras cubierto de hierbas medicinales. Hoy sólo me incumbe alabar á Dios por el desengaño, y agradecer á D. Jaime que, apartando esas hierbas, haya inquietado á las víboras en su nido y haya hecho que yo las vea y las sienta y procure arrojarlas de mi pecho, aunque para ello sea menester hacerle pedazos.

» Dios mio, Dios mio, si estás en mi alma, si no la has abandonado, acude á mi voz y consuélame y perdóname. ¿Qué vale ella, qué vale toda su hermosura, toda la lozanía de su mocedad, toda la noble altivez de su mirada, todo el ritmo de

su forma, toda la gracia de sus movimientos, si acierto á volver de nuevo mi mente y mi voluntad hácia tí, en quien no hay excelencia, beldad y gracia que no se cifren y resuman?

»¿Por qué pusiste, Dios mio, esta sed inextinguible de amor en el centro del alma? Sin duda para que en lo divino se hartara. Pero, bien lo sabes tú. Yo te he buscado en el centro del alma, y, si por dicha te hallé, fué sólo entre tinieblas, vago, indeterminado, confuso. Así te he amado sobre todas las cosas. Así me he abrazado estrechamente contigo. Yo he creído ver la gloria y esplendor de tus atributos, y te he amado y alabado... ¿Por qué, pues, no me mostraste con nitidez tu beldad, en la pura idea, allá en lo hondo del pensamiento mio? ¿Por qué esta beldad, reflejo tuyo, ha hecho su aparición deslumbradora, léjos de tí y fuera de mí, hiriendo lo profundo de mi sér, no de un modo inmediato y espiritual, sino por medio de los sentidos groseros?

»Perdóname, Señor. Mil blasfemias brotan de mi pluma. El pecador indigno, que debe dar estrecha cuenta de sus acciones, quiere mover pleito á tu bondad y apelar de tu justicia. Pero tú sabes cuánto padezco, y me compadeces y tal vez me perdonas. Tú llenabas ántes mi alma. La ví, me aluciné, y ella llenó mi alma en lugar tuyo. Hoy, cuando ella me abandona, el vacío, el abismo y la soledad que siento me aterran.

»Pensamientos impíos nacen en mí. Veo patente la inmensidad, la omnipotencia del amor, único fin de la vida. A tí mismo, sólo con amor y por amor se llega; pero la duda me desespera y atribula. Dudo de que pueda mi sér finito satisfacer su amor enlazándose á un sér infinito, que ni cabe en su entendimiento ni su razon comprende. El amor aspira á Dios; pero ¿cómo alcanzarle? La fe me da alas para llegar hasta tí; pero tengo perdida la esperanza, y las alas se rompen. Dejé de tender el vuelo hácia tí. Quise confundir mi alma con la de ella, para que unidas fuésemos ambas almas en busca tuya. Y ella me ha dejado. Mi alma está sola, en la tenebrosa region del éter, en el vacío insondable y frio, sin astro que le dé luz ni calor, léjos de todos los soles, más lejos aún de donde tú moras. Dios mio, Dios mio, ¿qué será de mi alma?

»Hubo en mi afecto por esta mujer una serenidad y una limpieza hartamente engañosas. Me la fingí etérea, fantástica; intangible, como deben ser los ángeles; inasequible, durante la vida mortal, como es el cielo. Hoy, cuando pienso que va á caer en brazos de un hombre, en balde lucho por apartar de mí las imágenes que mi fantasía me traza y presenta. Antes creía admirarla con un sentimiento á manera del sentimiento del arte, desinteresado, exento de fin y de utilidad y de deleite, que en él no estuviera. Y hoy veo que sus labios piden besos y los van á dar, y que todo su gallardo cuerpo no está sólo destinado á la especulativa contemplación, con la inmóvil é impasible tranquilidad de la estatua, sino á que el alma enamorada palpite y se estremezca en todo él haciéndole mil veces más bello y deseable.

»¡Dios mío! ¡Qué envidia! ¡Qué ira! ¡Qué tempestad de malas pasiones conmueve mi corazón! ¿Por qué no acabas con mi infame y miserable vida? ¡Ay!... la muerte... la muerte... antes de que llegue el día en que se casen.»

El escritor tranquilo y crítico procura poner y cuando tiene habilidad pone en sus escritos lo mejor de su alma.

Allí se mira él luego, y se deleita mirando su interior belleza. Por el contrario, el escritor apasionado se alivia escribiendo, como si lanzase fuera de sí la ponzoña que le corroe y mata.

Escritor de esta última clase, en la presente ocasión, el Padre Enrique depositó en el papel, con el desorden que hemos visto, sus más negros y envenenados pensamientos. Hizo luego un violento esfuerzo sobre sí, y se quedó relativa y aparentemente tranquilo.

Tenía colgado de la pared un Cristo de marfil, clavado en una cruz de ébano, y de rodillas ante él, rezó y pidió perdón de sus pecados y de las blasfemias y maldades que acababa de escribir, á fin de libertarse de ellas y de no volver á pensar en ellas, si era posible. El Padre pedía á Dios un milagro: olvidarla, dejar de amarla, que Dios hiciese de suerte que él viese á entender que no era á doña Luz á quien había amado, sino á un fantasma parecido á doña Luz, cuyo bulto nebuloso se sustraía á todo abrazo corporal, cuyo corazón no latía más

vivo al sentirse estrechado por otro, cuyos labios no besaban ni cedían comprimidos por los besos de otros labios, y cuyos piés, en suma, no tocaban este bajo suelo.

Como quiera que fuese, ó ya por dolor de que no cupiera en lo probable tan raro milago, ó ya por fervor religioso que suavizaba sus amargas penas, el P. Enrique vertió dos lágrimas que bajaron con lentitud por sus mejillas descarnadas.

Después, como hombre acostumbrado á vencerse, con gran dominio sobre sí, y en extremo vergonzoso de todo acto que ofendiese la dignidad de su persona, el Padre se calmó, compuso su semblante, procuró darle la expresion habitual, y empezó desde entónces á trabajar para aparecer impasible y sereno hasta el mismo instante en que doña Luz y D. Jaime se diesen el sí al pié del altar y recibiesen la bendicion del sacramento que para siempre había de unirlos.

Lo escrito en las hojas sueltas lo guardó el Padre dentro del libro de la nueva apología, y lo encerró bajo llave en el cajon de su bufete.

XVII.

LA BODA.

D. Jaime, entre tanto, había traído para la novia un hermoso traje, y collar y pendientes y broche muy ricos de diamantes y perlas.

Doña Luz no pudo ménos de reprenderle por esto. Tildó su excesiva generosidad de desatino, de imprevision y de censurable despilfarro. Ella misma sintió como remordimientos de ser causa de aquel gasto ruinoso; pero los remordimientos de doña Luz iban mezclados con una dulzura grandísima, al reconocer ella en aquel gasto la más irrefragable prueba de amor. Las censuras severas, que su buen juicio le dictaba, salían de sus labios neutralizadas ya por la sonrisa y por la blanda languidez del acento con que las profería, y acababan de

perder todo su valor, convirtiéndose en apasionadas muestras de gratitud, merced á las miradas cariñosas con que las acompañaban sus ojos.

Doña Luz distaba mucho de ser vana, y distaba más aún de ser codiciosa. No la movía el interés; no la deslumbraba el brillo del oro y de la pedrería. Lo que la encantaba era la locura misma que D. Jaime hacía por ella, el desprendimiento generoso y el sacrificio desmedido que representaba aquel regalo, en proporcion á la fortuna de D. Jaime.

El regalo, pues, si ya no hubiese estado doña Luz tan prendada, hubiera acabado de enamorar y seducir su corazón.

Doña Luz, que se creía dotada de un instinto infalible para adivinar por el rostro la índole de las personas, había fallado desde luego que D. Jaime era franco y generoso. El regalo la corroboró en su buen concepto.

Don Acislo, cauteloso y prudente, no bien había sabido que doña Luz trataba de casarse, si bien conocía con certeza el nacimiento, la posición y los bienes de D. Jaime, propuso á doña Luz que él pediría informes acerca de la conducta del novio. En sentir de D. Acislo, era menester saber si en Madrid había dejado relaciones amorosas, si era jugador ó calavera, si tenía algún hijo natural, y otros pormenores por el estilo.

Doña Luz contestó que le indignaba tal espionaje; que su amor á D. Jaime era la mayor garantía del valor de D. Jaime; que si ella dudase de él no le amaría; y que amándole, ella misma se ultrajaba, dudando de él.

Don Acislo oyó estas y otras razones que le parecieron enrevesados y absurdos tiquis-miquis; no hizo de ellos el menor caso, y escribió y pidió informes á varios sujetos muy conocidos de todo Madrid. Los sujetos respondieron concordes que D. Jaime era un varón discreto y altamente morigerado; que no tenía ni había tenido relaciones que le comprometiesen; que no jugaba, ó que si jugaba, no perdía; y, en cuanto á los hijos, que lo único que podían asegurar es que no habría ninguno que pidiese á D. Jaime que le reconociera por tal, dándole su nombre, pues ya ellos, si existían, tendrían el suyo cada uno.

Se guardó muy bien D. Acisclo, aunque palurdo, de referir á doña Luz, en todas sus cínicas menudencias, el resultado de sus investigaciones; pero no quiso ocultarle que las había hecho, y, lleno de júbilo, se complació en declarar á doña Luz que casi había venido á averiguar que D. Jaime era un dechado de virtudes.

Llegó, por fin, el día en que se celebró la boda sin el menor aparato. El cura D. Miguel casó á doña Luz y á D. Jaime. Sólo fueron testigos ó se hallaron presentes D. Anselmo, Pepe Güeto y su mujer, D. Acisclo y dos de sus hijos, un íntimo amigo de D. Jaime, venido para ello de la corte, coronel de caballería, y llamado D. Antonio Miranda, y los criados de la casa de D. Acisclo.

El P. Enrique fué también testigo de la boda. Su fuerza de voluntad triunfó de todos los obstáculos. Estuvo impenetrable. Nadie hubiera podido sospechar que aquel tranquilo y alegre testigo de la boda era el mismo que había escrito, pocos días ántes, las apasionadas palabras que ya hemos leído.

El P. Enrique no se olvidó de nada. Habló á doña Luz con el mismo afecto de siempre y á D. Jaime con la más amable cordialidad.

No quiso tampoco ser ménos que Pepe Güeto y doña Manolita, dejando de hacer un presente. Sus medios no alcanzaban para comprar joyas, ni él las poseía; pero conservaba aún, á pesar del regalo hecho á D. Acisclo cuando vino de Filipinas, varias armas japonesas, chinescas é indias, con las cuales se podía formar una bella panoplia, y un extraño ídolo de bronce que representaba al dios Siva. Este fué el presente que hizo el P. Enrique á D. Jaime para que adornase su despacho.

El P. Enrique se había venido á vivir en casa de su tío la víspera de la boda, dejando libre la casa de doña Luz, donde ésta se fué á vivir con su marido en cuanto se casó.

La luna de miel empezó entónces para doña Luz, no ménos dulce y más por lo sublime que la de su amiga doña Manolita. Con el trato y la convivencia, léjos de menguar la estimacion que tenía ella á D. Jaime, se aumentó de continuo, descubriendo doña Luz en su marido ó creyendo

descubrir nuevas prendas de entendimiento y de carácter.

Sea efecto de la educacion ó de la naturaleza, lo cierto es que miéntras al hombre, por lo general, le enoja saber que su mujer, su novia ó su querida ha tenido otros amores, á la mujer le encanta y enamora más saber que su marido ó su amante los tuvo. Y esto por recatada que ella sea y por celosa que se muestre. En una mujer son las prendas que más las honran la honestidad y el recato; en un hombre el entendimiento y el valor. De aquí que hasta la doncella más religiosa y moral, léjos de mostrar repugnancia por su futuro cuando entrevé que ha sido hombre de las que llaman ahora *buenas fortunas*, se entusiasma, se encapricha ó se apasiona más por él. Las tales *buenas fortunas* dan testimonio para ella del mérito del galan que tan amado ha sido; prestan mayor valor á que el galan se haya enamorado de ella, pues que la ha preferido entre muchas á quienes podía rendir ó tenía rendidas ya; y hasta parece como que da á ella una mision alta y moralizadora y lisonjera, á saber: la de apartar á su amante, en virtud de superiores y más puros atractivos, de la senda algo extraviada que ántes seguía, de darle la jubilacion en su empleo de seductor y de travieso, y de convertirle en inofensivo, sosegado y juicioso padre de familia.

La buena educacion, las leyes rígidias del decoro, las que se designan con el nombre ó frase francesa de *conveniencias sociales*, no consienten que un galan se jacte de sus pasadas conquistas ante la mujer honrada á quien pretende ó á quien ya enamora y posee; pero estas conquistas, no reveladas por él y sabidas por ella, contribuyen extraordinariamente á que el amor de ella suba de punto. El haber sido feliz en amores, es y ha sido siempre para el hombre el medio más eficaz de seduccion. Y esto desde los tiempos heroicos y primitivos hasta nuestros dias.

Cuando las citadas conveniencias sociales no lo vedaban, los galanes empleaban siempre, como recurso para rendir y cautivar corazones, el recuento de sus felices amoríos ya pasados. Homero, que lo sabía ó lo adivinaba todo, nos refiere que hallándose Júpiter en el Gárgaro, que es el más alto pico del Ida, Juno fué á verle con el cinturon de Vénus oculto, en

el cual cinturón están los hechizos todos del amor, que roban la prudencia á los varones más circunspectos y razonables. Júpiter, pues, al ver á Juno, se dejó vencer por la fuerza de aquellos hechizos; la requirió de amores con la mayor vehemencia; y no encontró modo mejor de someterla á su propósito y deseo que el de citarle todas sus travesuras y lances galantes, asegurando que en ninguno de ellos, ni con Dánae, ni con Leda, ni con Europa, ni con las demás princesas y ninfas que había seducido, se había sentido nunca tan *emocionado*, permítaseme la palabrota, como en aquella ocasión. Nada, en efecto, podía lisonjear más á Juno que el que Júpiter la dijese que ella tenía mayor poder que las otras para *emocionarle*.

Algo de esto, ya que el corazón es el mismo siempre, se realizaba en el de doña Luz, sin necesidad de que D. Jaime trajese á cuento sus pasadas conquistas, imitando la desvergüenza patriarcal del hijo de Saturno.

Doña Luz sabía que D. Jaime había sido adorado en Madrid; y, al verle tan prendado, tan rendido y tan amoroso y humilde, se llenaba de orgullosa complacencia, juzgándose mil veces más amada que todas sus antiguas rivales. Para completar su satisfacción, hacía además doña Luz un deslinde crítico, acerca de este negocio, que rara vez dejan de hacer las mujeres de su condición y en sus circunstancias. El amor de D. Jaime por las otras mujeres había sido profano y pecaminoso; el que á ella tenía era virtuoso y santo; para las otras había nacido de capricho, de vanidad, de extravío juvenil ó de otras pasiones ilegítimas; para ella nacía el amor de D. Jaime del manantial más elevado y puro del alma, el cual, con su benéfica corriente, iba purificando el corazón de su amigo, borrando de él toda huella y toda mancha de las pasadas culpas y dejándole más limpio que el oro. Toda esta santificación y limpieza íntima era obra poco menos que milagrosa y sobrehumana del amor de doña Luz y del fuego purificante de sus ojos.

Apénas hay mujer, por cándida que sea, que se atreva á decir á nadie esto que aquí se apunta; pero las más de ellas, cuando se encuentran en la posición de doña Luz, lo sienten

y lo creen á pies-juntillas, aunque se lo callan, por temor de las burlas irreverentes de incrédulos y bellacos.

Dimanaba de todo algo como embriaguez de felicidad para doña Luz. Su D. Jaime parecía un Dios; pero un Dios que la adoraba á ella y que había de vivir siempre rendido á sus plantas.

De aquí que doña Luz aniquilase y como embebiese su voluntad en la de D. Jaime, cediendo á todo lo que él deseaba.

Doña Luz cedió en el empeño de quedarse á vivir en Villafría y consintió al cabo en seguir á Madrid á su amigo.

Lisonjeada además y avergonzada de los ricos presentes que él le había hecho, quiso también hacerle uno, y entregó á su marido 30.000 reales que había ahorrado, á pesar de las muchas limosnas y obras de caridad que hacía. Con estos 30.000 reales, que D. Jaime, por más que se resistió, tuvo que aceptar para no ofenderla, á más de gastar parte en amueblar la casa, dispuso doña Luz que le sacase D. Jaime en Madrid su título de marquesa. Lo que nunca había querido cuando soltera lo quiso ahora para que su marido fuese marqués, y ella como que le sellase con su propio título y sello, juzgando que así le haría más suyo.

Don Jaime, que hasta entónces había vivido en Madrid modestamente en un cuartito de soltero, no quería llevar á su mujer á una fonda ni alojarla mal al principio; y, de acuerdo con doña Luz, resolvió ir á Madrid solo, pues además le llamaban del Congreso con urgencia; poner casa, si bien con economía, como doña Luz llena de juicio se lo recomendaba; y, luégo que la tuviese puesta, volver por doña Luz á Villafría.

Este plan era más de doña Luz que de D. Jaime. Mucho le pesaba tener que separarse de su marido, aunque fuese por muy breve tiempo; pero tenía grande encanto para ella el que D. Jaime mismo preparase á su gusto la casa en que había de recibirla, y donde ella se proponía vivir con modestia y sin frecuentar paseos, teatros y tertulias, para no ser gravosa gastando. Y no ménos la encantaba, no por ella, que en esto no tenía vanidad, sino por su marido, el que, cuando

ella apareciese en Madrid, estuviese el título sacado, y la pudiesen llamar señora marquesa.

En suma, á los doce dias de casados, durante los cuales, ciega doña Luz para cuanto la rodeaba, apenas vió ni habló más que á D. Jaime, éste, colmado de abrazos y de caricias, tratando de enjugar las tiernas lágrimas que derramaba doña Luz, y mostrándose él mismo muy conmovido, salió de Villafría para Madrid, dejando á doña Luz sola en su vetusto y noble caseron, donde, segun queda ya indicado, había ella hecho trasladar todos los muebles, primores y libros que en casa de D. Acisclo habían adornado su habitacion ántes de la boda.

JUAN VALERA.

(Se continuará.)





CARTAS DE CHINA.

V.

HE tenido ocasion de oir á varias personas residentes en Tientsin el año de 1870, cuando tuvieron lugar las matanzas de europeos, la relacion de estos tristes sucesos, cuyas causas, desconocidas tal vez en sus detalles, tienen sin embargo una explicacion muy sencilla en su principio. Pero para la mejor inteligencia de sus consecuencias, conviene conocer ántes el hecho, cuya exposicion extracto de la descripcion que de él hace el plenipotenciario austriaco Baron de Hübner, añadiendo algun que otro detalle casi insignificante que él dejó pasar ó no conoció.



Un mes ántes de los acontecimientos se disfrutaba en Tientsin de una perfecta tranquilidad, sin que, sin embargo, se ignorase en los centros oficiales que la situacion no era satisfactoria; máxime, cuando los chinos no ocultaban su animadversion contra los europeos. A pesar del tiempo trans-

currido desde la apertura del Imperio, los extranjeros estaban entónces, lo mismo que hoy, tan alejados de los indígenas como el día que llegaron, sin que hubiera lo que pudiéramos llamar relaciones reales entre unos y otros. Algunos europeos, misioneros ó comerciantes, se habían establecido en el centro de la ciudad china, abandonando las concesiones. Figuraba entre éstos el Cónsul frances M. Fontanier, cuyo carácter, agriado en los últimos tiempos, le había aislado completamente de todos sus amigos. El Cónsul y el Canciller M. Simon eran los únicos blancos que habitaban el Consulado. Al lado de éste, separados sus patios por una pared de poca elevacion, se hallaba el presbiterio donde residía el Padre Chévrier, superior de la mision lazarista de Tientsin, cuyas relaciones con su vecino eran bastante tirantes, hasta que por último, irritado éste por las observaciones que el Padre le hiciera, le prohibió poner los piés en el Consulado.—Completaban el personal de la mision un sacerdote chino llamado Ou, un letrado católico, algunos criados y los niños recogidos.—En la ribera opuesta, al lado de la iglesia, vivían diez hermanas de San Vicente de Paul, que dirigían un hospital y un asilo. Los demás extranjeros, en número de doce, eran de nacionalidad francesa, inglesa, suiza ó rusa.

El general Chen-kivo-shuai, que había recibido este grado en recompensa de la traicion hecha á sus amigos comprometidos en la rebelion, y conocido por su hostilidad contra los europeos en Nanking y en Chinkiang, donde había tratado de amotinar al pueblo en este sentido, llegó á Tientsin algunos dias ántes de las matanzas, seguido de una turba de quinientos ó seiscientos foragidos, sin razon alguna que pudiera justificar allí su presencia.

Además de este nuevo elemento contrario á los europeos, había en Tientsin los letrados, cuyo odio por nosotros quedará bien demostrado en esta carta, si ya no lo estuviera bastante; las cuarenta y ocho corporaciones de bomberos, mandadas por letrados, y los imins ó antiguos voluntarios, con derecho al uso de armas.

La situacion empezó á acentuarse hácia el 15 de Mayo, haciendo circular rumores alarmantes, diciendo que las herma-

nas pagaban gente con objeto de que robaran niños, los que una vez en su poder, eran asesinados y se les arrancaban los corazones y los ojos, que servían para hacer remedios y ungüentos maravillosos.

Como no era la primera vez que se les lanzaban semejantes acusaciones, no se dió gran importancia al asunto; notándose, sí, que las disposiciones de la gente respetable habían cambiado visiblemente. Las del pueblo, siempre y en todas partes han sido malas.

Durante varios días se formaron grupos ante el asilo lanzando acusaciones y citando hechos concretos, que fueron creídos. Una epidemia que se declara entre los niños recogidos hace gran número de víctimas y contribuye á exasperar los ánimos del pueblo, que ve salir cadáveres constantemente de aquella mansion. El Padre Chévrier va á ver al Cónsul y le pide interceda cerca de las autoridades chinas: «hay que calmar la agitacion, le dice, esto será fácil á los mandarines; si se deja obrar á los letrados tendremos desgracias con seguridad; las concesiones están léjos, y bastante tendrán que hacer con defenderse ellas mismas: así es, que no podemos esperar ningun socorro, pues no hay una sola cañonera en el Peiho.»—La contestacion del Cónsul fué hacerle echar á la calle.

Inquieto é irritado de esta inaccion el Padre Chévrier, se dirige al Cónsul general de Rusia Mr. Skatschkoff, particular amigo del que extracta estas líneas, y le ruega que vaya á ver al de Francia sin perder un instante, para que de comun acuerdo tomen las medidas que crean más prudentes. Hácelo así el ruso, á quien contesta M. Fontanier: «A V. qué le importa?» (*de quoi vous mélez-vous*) tan pronto como intenta abordar la cuestion, y le vuelve la espalda.

Los incidentes desfavorables se multiplican; todo hombre que va con un niño es detenido é interrogado sobre la procedencia de la criatura. Hay algunos que por toda contestacion echan á correr: cogidos varios de ellos, son registrados y se les encuentran pesos mejicanos (moneda usada por los europeos en China). Puestos al tormento, declaran haberlos recibido de las hermanas. Al condenar estos hombres á muerte, se con-

denó tácitamente á las monjas á sufrir la misma suerte.

La primera parte de la tragedia fué la investigacion que se hizo en el cementerio con objeto de probar la inocencia ó la culpabilidad de los católicos. La falta de los ojos en algunos cadáveres, efecto natural de la descomposicion, corroboró ante los magistrados el fallo que el pueblo de antemano vociferaba. Otras declaraciones vienen á comprometer más y más la situacion.

Llevando varias deposiciones de personas que declaraban haber sido víctimas de los reclutadores de niños empleados por los misioneros, va el taotai á ver al Cónsul de Francia, quien, sin gran trabajo, le persuade de lo absurdo de la acusacion. Algunas horas despues se presenta en el Consulado el magistrado chino acompañado de un agente de policía: entáblase una conversacion animada entre los dos funcionarios, que terminó amenazando al Cónsul con el resentimiento de la poblacion.

El mismo dia el médico inglés, cuando salía de visitar el asilo, debió su vida á la velocidad de su caballo. La superiora, previendo las desgracias que iban á ocurrir, hace trasladar á las concesiones, durante la noche, un capitan de barco que se hallaba en el hospital, sin que baste á detenerla el estado grave del enfermo.

El dia 20 llega á Tientsin, de paso para Pekin, el intérprete de la Legacion de Francia, M. Thomassin, acompañado de su señora. Los habitantes de las concesiones que temen, no tan sólo por los que están en la ciudad china, sino por ellos mismos, quieren detener al citado matrimonio, que á pesar de todas las instancias prefiere ir á pasar la noche en el Consulado, con objeto de tener andada esa parte del camino para el siguiente dia en que pensaban continuar su viaje.

En las comunicaciones del Cónsul inglés á su Ministro en Pekin, le manifiesta primero la necesidad de la presencia de un buque de guerra en Tientsin, extrañándose de la indolencia de su colega de Francia; y más tarde, el mismo dia de las matanzas, le dice que el estado de las cosas no era satisfactorio, que los chinos hablaban de matar ó echar á los europeos, y quemar la iglesia católica y el Consulado fran-

ces. «No creo, continúa, que por el momento haya peligro de muerte, pero temo por nuestros bienes.» Mientras se escribían las líneas anteriores, en la ciudad china el gong convocaba á los asesinos.

Como se ve, si el Cónsul inglés ve el peligro no comprende su inminencia; pero lo que á todos parece incomprendible es la ceguedad del Cónsul frances, obcecado hasta el punto de no creer en el peligro, ni poco ni mucho.

Veamos ahora, que ya conocemos á todos los que figuraron en estos trágicos sucesos, cómo éstos se presentaron el 21 de Junio.

A las seis de la mañana se dijo la misa en la catedral, á la que asistieron todos los cristianos indígenas para prepararse á bien morir, creyendo llegada su última hora. Tambien asistió á ella M. Coutries, único frances que se salvó (1). Los Padres no bastaban para confesar á los fieles. A las nueve de la mañana empezaron á formarse grupos delante de la mision y del Consulado. Pronto se lanzaron toda clase de proyectiles contra las ventanas. La invasion parecía inminente. A las diez llega el Taotai, numerosamente acompañado y llevando á uno de los que declaracion más grave hiciera. El delator, confrontado, no reconoce ni los lugares ni á aquellos á quienes acusaba de complicidad en él. Retíranse los magistrados confusos por las burlas del pueblo, diciendo que iban á dar parte á Chung, el gobernador, de lo ocurrido. Este hace llamar al P. Chévrier, que acude presuroso, y empieza por manifestarle que no cree en los rumores calumniosos. Sin embargo, para disipar las sospechas, le dice que en adelante haga conocer á los mandarines el nombre, el origen y los casos de defuncion de los niños acogidos bajo su amparo. Comprométese á ello el P. Chévrier, y retorna á su hogar. Mientras tanto, la situacion se había agravado. Se lanzaban de nuevo piedras contra la iglesia, y el populacho parecía pronto á desbordarse. Algunos individuos pertenecientes á la compa-

(1) En la actualidad se halla en Paris, donde ha ido como cornac de un gigante chino que enseña en la Exposicion.

ña de bomberos se habían mezclado con los amotinados. Cuando el P. Chévrier llegó, encontró rotos todos los cristales de la iglesia. Sin embargo, se sentó á la mesa haciendo ademán de comer, con objeto de dar ejemplo de valor y resignación. Como el tumulto aumentara, se presentó al pueblo, invitándole á entrar en su casa para que se convenciesen de la falsedad de los rumores. Al mismo tiempo hizo abrir las puertas: era la una del día. La muchedumbre se precipitó en el patio, y sobrecogida de un pánico repentino, se salió á la calle; pero repuestos de su terror, invadieron la casa. Viendo que llegaba el momento supremo, y no esperando ningun socorro del Cónsul, á quien consideraba perdido, hizo un último llamamiento á Chung, enviándole su tarjeta por un criado, y pidiéndole tropas. Despues se refugió en la iglesia, cuya puerta cerró acompañado del P. Ou y cuatro cristianos que en ella se encontraban. Confiésanse mutuamente los dos Padres, y apénas terminada la confesion, ceden las puertas á los golpes exteriores, y los misioneros buscan un auxilio en la sacristía, donde los dejaremos para ocuparnos del Cónsul de Francia.

Como todas las habitaciones europeas en China, el Consulado estaba rodeado de un varandah. Desde ella fué donde el cónsul y M. Thomassin, con su señora, presenciaron tranquilamente las primeras escenas del desórden. M. Fontanier había enviado al cãnciller y á su letrado para que pidieran tropas á Chung. Miéntas que los comisarios cumplían su comision, el Cónsul, queriendo aprovechar la marcha de los esposos Thomassin á Pekin, escribía lo siguiente á M. de Rochechouart, encargado de Negocios de Francia:

«Nuestra pequeña ciudad de Tientsin, de ordinario tan pacífica, está turbada hace algunos dias por gritos y agrupamientos á los alrededores del establecimiento de las Hermanas de la Caridad y del Consulado; un pequeño incidente que hubiera podido tomar mal giro sin la intervencion de Chung (de cuya visita da cuenta, así como de la del magistrado), pero que hoy parece casi terminado; Chung me ha prometido además publicar dentro de algunos dias una pequeña proclama para tranquilizar los ánimos.»

Al leer estas líneas, escritas á las diez de la mañana, duda uno si está despierto ó dormido. ¡Llamar *pequeña* ciudad (*petite ville*) á una poblacion de 600 á 700.000 habitantes! *Pequeño* incidente á haberse indispuerto con el magistrado más importante de la poblacion; la *pequeña* proclama que Chung prometía publicar dentro de *algunos dias*, cuando solamente le quedaban algunas horas de vida!

Chung envió algunos agentes de policía. «¡Cómo, exclamó Fontanier, le pido soldados y me envía mandarines!» Lleno de cólera, baja á la calle y les ordena marcharse. En efecto, impotentes para disipar los grupos, fueron apaleados y desaparecieron.

En este momento, M. Coutries, que estaba cerca del Consulado, vió aparecer en la orilla derecha del rio un chino ricamente vestido, rodeado de numerosos acompañantes. El pueblo le saludó con aclamaciones de júbilo. Despues de haber hablado con algunos de los agitadores, se retiró señalando con la mano el Consulado, y volviéndose luégo al establecimiento de los jesuitas. Inmediatamente empezaron de nuevo los gritos siniestros y se lanzaron piedras contra la casa de los Padres, hasta entónces respetada.

M. Fontanier, cansado de esperar en vano los socorros que había pedido á Chung, resolvió ir á buscarlos por sí mismo. Armado de un revolver y acompañado del canciller M. Simon, que se había ceñido un sable, salió del Consulado por una puerta falsa, y trató de llegar por calles excusadas á la residencia, no lejana, del comisario de los Tres Puertos. Mr. Coutries, provisto de un fusil y el principal criado chino del Cónsul, viendo el peligro á que se exponían corrieron tras él.

El criado que el P. Chévrier había enviado á Chung con un mensaje verbal, trató tambien de llegar al Yamen por las callejuelas, pero asaltado á pedradas é intimidado, se volvía, cuando apercibió al Cónsul de Francia y su canciller, teniendo el primero cogido por la coleta á uno de los mandarines que Chung había enviado para restablecer el orden. M. Fontanier, preso de la más violenta cólera, insultaba á este hombre. «¿Cómo, gritaba, tú un mandarin, no ejerces ninguna

influencia sobre ese pueblo y osas aún llevar el boton? Ven conmigo á casa de Chung.» Estas palabras oidas y repetidas, aumentaron el furor del populacho que gritó unánime: «Va á matar á un mandarin.» Llegado al Yamen, encontró cerrada la puerta, que abrió de un puntapié, y acompañado del canceller y del mandarin penetró en el segundo patio. El criado del P. Chévrier no se atrevió á seguirle, pero oyó su voz que violentamente decía: «¿Cómo, se amenaza á nuestras vidas, y ustedes no hacen nada para protegernos?» Nada más pudo oír. Poco despues llegaron M. Coutries y el criado de M. Fontanier. Estos tres hombres se consultaban sobre lo que debían hacer, cuando fueron asaltados por los soldados y criados de Chung, reunidos en el primer patio, á los gritos de «matarlos matarlos.» El criado del Cónsul fué derribado y recibió varios golpes de pica. Un secretario del alto comisario le salvó, no sin trabajo. M. Coutries debió la vida á la proteccion de un empleado de poca importancia, amigo suyo, que le escondió en un gabinete oscuro, donde permaneció hasta el dia siguiente, que fué conducido á las concesiones. Cree haber oido decir á su salvador: «éste no es frances, es un inglés.» El criado del misionero aprovechó un momento favorable y escapó.

¿Qué pasó en la entrevista del Cónsul y del alto comisario? Se ignora, á ménos que se dé crédito al relato de Chung, cuya veracidad es más que sospechosa.

Hé aquí lo que el funcionario chino escribía al Isungli-Yamen el mismo dia de las matanzas, dando cuenta de la última visita de M. Fontanier: «Despues de haberme despedido del Padre Chévrier, deseando disipar las sospechas del pueblo y tranquilizar á los extranjeros, estaba ocupado en redactar un bando que pensaba publicar inmediatamente, cuando á eso de las dos supe que había disputas entre los dependientes de la catedral y algunos ociosos agrupados delante de la iglesia. Acababa de mandar allí un oficial para restablecer el orden, cuando me dijeron que M. Fontanier estaba en el Yamen. Adelantéme al encuentro del Cónsul, que en un estado de furor extraordinario, llevaba las pistolas á su cintura y venía acompañado de un extranjero armado de un sable. Ambos se precipitaron hácia mí, y apénas llegados, M. Fontanier em-

pezó á hablar de un modo inconveniente; cogió una pistola y la descargó en mi presencia. Felizmente nadie fué herido y mi gente se apoderó de M. Fontanier. Como no hubiera sido digno para mí reñir á las manos con él, me retiré. M. Fontanier al entrar en la sala de recepcion, rompió las tazas y otros objetos que había sobre la mesa, y no cesó de vociferar. Volví de nuevo á verle y le dije que el pueblo (que se hallaba en las avenidas del Yamen) había tomado una actitud amenazadora; que toda la brigada de bomberos se le había unido con el intento evidente de ayudarle, que temía desórdenes y le rogaba se quedase. Pero él, indiferente por su vida, se lanzó á la calle. Envié algunos hombres con orden de escoltarle.»

Esta es la relacion de uno de los interlocutores, el otro murió algunos minutos despues de esta conversacion, y así no quedaría más remedio que creer en esta version; pero haciendo abstraccion de las mentiras que este alto empleado ha dicho sobre la muerte del Cónsul, y que ha tenido que retirar más tarde, lo que acaba de leerse no es admisible sino suponiendo que M. Fontanier hubiese perdido completamente la cabeza (1). Pero si en presencia de la muchedumbre armada en derredor suyo, de la cobardía de Chung (2) y de la traicion de los magistrados, la razon del desgraciado Fontanier se extravió, la turbacion de su ánimo no ahogó al menos la voz de su leal y valiente corazon. Su puesto era en el consulado, donde tenía que proteger á los misioneros sus vecinos y á M. y Mme Thomassin sus huéspedes. Sabía que quedándose en casa de Chung se salvaría, mientras que saliendo corría á una muerte segura; pero no dudó un momento en rechazar los ofrecimientos del comisario y salió del Yamen, acompañado por orden de Chung, de una docena de mandarines; el jefe de estos iba al lado del Cónsul. Apenas hubo salido del palacio, recibió un lanzazo en el costado. Fué su primera herida. Estaba entónces extremada-

(1) Segun varias personas que conocieron á M. Fontanier en aquel tiempo, me han manifestado que su estado mental ántes de los sucesos no correspondía al de un hombre completamente cuerdo.

(2) Nombrado recientemente Ministro de China en Rusia.

mente sobrescitado y se le vió gesticular con violencia. El jefe de los mandarines le tocó con la mano, tal vez para calmarle é impedirle irritara al populacho. El Cónsul se creyó insultado é hizo fuego sobre él, que tuvo tiempo de guarecerse detras de su criado, quien recibió la bala. Entónces el pueblo empezó á gritar: «Nos mata, matémosle y á todos los que nos impidan hacerlo.» Esta fué la señal del sálvese el que pueda entre los mandarinillos que le acompañaban y del ataque. Los dos franceses, derribados y atravesados á lanzazos, se levantan, cargan, se abren paso, y consiguen llegar á la puerta del consulado, donde caen de nuevo para no volverse á levantar. En este momento los Padres Chévrier y Ou, perseguidos por una horda de asesinos que los han descubierto en la sacristía, saltan por una ventana al patio del consulado y tratan de esconderse en un pabellon. Pero los miserables que han acabado al Cónsul y al Canciller se tiran sobre ellos y los matán.

Estos infortunados no eran las primeras víctimas. M. y Madame Thomassin que se encontraban en el consulado, dominados por el pánico y en la esperanza de poder llegar hasta el bote que les esperaba para llevarles á Pékin, habían salido á la calle, armado el marido de una pistola y un sable chino. Herido de una pedrada, cometió la imprudencia de tirar sobre el pueblo, y fué despedazado inmediatamente; su mujer recibió un hachazo en la nuca. Sus cuerpos completamente despojados fueron arrojados al rio y recogidos al dia siguiente cerca de las concesiones (1). Despues de este primer crimen el populacho fué al consulado y empezó á demolerlo.

Cuando el jefe de los mandarines, que era el mismo que había amenazado con la cólera del pueblo á Fontanier en su propia casa, vió á éste tendido en el suelo al lado de su canciller;

(1) Mi particular Amigo D. Cárlos Asendet, primer intérprete de la Legacion de Alemania en la actualidad, á la sazón Cónsul interino de su nacion en Tientsin, fué el que identificó las personas: añade que los cadáveres tenían varias heridas triangulares en las mejillas y en la frente, y que los esposos Thomassin no murieron sin haber vendido caras sus vidas, matando á cinco ó seis de los asesinos.

presa de terror corrió á casa de Chung: «Una desgracia horrible, le dijo, acaba de suceder. Han matado al Cónsul. Cuento con V., sálveme V.—¿Cómo te he de salvar? respondió el alto Comisario; por contento me daré si me salvo yo. Tú eres el magistrado de la ciudad, tú debías haber calmado al pueblo, y léjos de cumplir tu deber has atizado la hoguera. Si han matado al Cónsul tenemos que proteger á los otros europeos é impedir el saqueo.» Quitándose el traje oficial, Chung salió de su yamen, y desde la puerta contempló en silencio el siniestro espectáculo de la catedral, la mision y el Consulado consumidos por las llamas.

¡Ahora á las hermanas!

La parte más turbulenta del pueblo de Tientsin habita en la ribera septentrional; un solo puente de barcas, que se abre cada momento para dar paso á las embarcaciones, la pone en comunicacion con la ciudad interior y los grandes barrios de la ribera opuesta, donde se encontraban la iglesia, el convento y el asilo de las hermanas de San Vicente de Paul. Conocido es que los gremios de bomberos de ambas orillas simpatizaban con los bandidos, que, dirigidos por manos invisibles, abiertamente apoyados por el general Chen-Kow-shuai, no esperaban más que la señal convenida para dar principio á la matanza. Esta se dió á las doce del dia: en cinco puntos distintos de la ciudad, el gong llamó á las armas á los bomberos y á los antiguos voluntarios. La más simple prudencia exigía cerrar la circulacion entre las dos riberas desde por la mañana, impidiendo así la reunion de las fuerzas disciplinadas del desórden. Esta orden no fué dada hasta despues del asesinato del Cónsul. Se estaba cumpliendo cuando el general Chen-Kow-shuai apareció en el muelle y dijo que quería pasar. Nadie se atrevió á desobedecer, y pasó llevando en pos una banda de malhechores.

Las hermanas eran diez, y un centenar de niños á su cuidado.

Á eso de las dos y media llegaron ante el convento los grupos gritando: «¡Mueran los franceses, muieran los extranjeros!» acompañados del ruido del gong y de petardos. Se prendió fuego al edificio, la puerta fué derribada en un instante y

los miserables se encontraron frente á la superiora, que fué atravesada inmediatamente de un lanzazo y acabada á sablazos. Las otras hermanas se refugiaron ya en los sótanos de la iglesia, ya en el jardín ó en la farmacia. Todas fueron cogidas y asesinadas; es de creer que el furor de los amotinados les impelió á dar una muerte instantánea á las desgraciadas hermanas, y que las violaciones de que fueron víctimas no se cometieron sino sobre sus cadáveres; sin que sin embargo se pueda afirmar nada en absoluto, pues este punto ha quedado y quedará siempre oscuro, dado que los que podrían declarar sobre él se guardan muy bien de decir que presenciaron el hecho, porque los testigos fueron todos actores de esta sangrienta tragedia y de los inocentes no quedó uno con vida.

Además de los ya expresados, murieron aquel mismo día á manos del populacho de Tientsin seis rusos, sin que les bastara para salvar sus vidas el decir que no eran franceses. «No importa, fué la contestacion, matemos á todos los extranjeros.» Un inglés y dos suizos debieron su salvacion á circunstancias que les permitieron esconderse y no ser habidos.

Hasta aquí la relacion del baron de Hübner, que como ya he dicho al empezar, está en todo conforme con las noticias verbales que se me han comunicado y con los documentos oficiales que obran en esta Legacion en el expediente sobre los asesinatos de Tientsin. Únicamente el Ministro austriaco ha creído conveniente suprimir una frase de la carta escrita por Fontanier á su jefe en Pekin, en la que creo no ha tenido razon; pues cuando se escribe la historia de un suceso con imparcialidad, deben exponerse lisa y llanamente todos los hechos, á fin de que el lector, á pesar de la opinion expuesta por el escritor, pueda por sí mismo juzgar el asunto.

El párrafo suprimido dice poco más ó menos: «El pueblo acusa á los empleados por las hermanas en recoger niños, de robarlos y usar cuantos medios están á su alcance para sustraerlos del seno de sus familias. Á fin de evitar estas acusaciones, pienso decirles que no empleen en este oficio más que gente honrada y de confianza.»

La publicacion de estas líneas, sin atenuar el crimen de Tientsin, es indispensable para el juicio que cada uno puede

formar, y además coloca los hechos en el lugar que les corresponde (1).

Todos los que nos ocupamos poco ó mucho de la China, al llegar á estos sucesos, no podemos ménos de calificarlos como *asesinatos*. Pero téngase también en cuenta que los jueces son parciales. No cabe género alguno de duda que el hecho fué un asesinato en el sentido material de la palabra. Pero ¿puede calificarse bajo este epíteto el movimiento iniciado por un pueblo oprimido que desea recobrar su independencia? Ciertamente que el fin no justifica los medios, pero no creo que este crimen deba considerarse como uno de esos que sólo son impulsados por la maldad y por la infamia. En el fondo de la idea hay cierto sentimiento que todos los hombres sentimos latir en nuestros pechos; el amor de la patria. Si la ma-

(1) Todos los escritores que he tenido ocasión de leer, pasan como sobre ascuas cuando llegan al exámen de las causas del movimiento. Ninguno ha consignado por escrito la verdad del pretexto que se tomó en Tientsin y lo fundado que era. Las líneas de la carta de M. Fontanier, suprimidas por el baron de Hübner, bastarían para llamarnos la atención, si de otra manera no conociéramos la verdad, que la generalidad en su afán de agravar el crimen, han suprimido en sus relaciones. Nadie dice tampoco por escrito, que M. Fontanier no gozaba de plena razón, y sin embargo es cosa de todos conocida. Lo mismo sucede con el pretexto que tomó el pueblo de Tientsin, á quien no trato de justificar. Para su mejor inteligencia tendremos que remontarnos un poco y explanar el modo de ser de los hospicios. Sabido es, que no tienen otro objeto sino recoger á los niños abandonados en las encrucijadas, y prodigarles los cuidados necesarios para su vida y educación. En la imposibilidad material en que se hallaban las hermanas de ir por sí mismas corriendo las calles y plazuelas en busca de criaturas abandonadas, tuvieron que recurrir á empleados chinos á quienes para estimular su celo pagaban á destajo, es decir, medio duro por cada niño que traían. Estos empleados, no muy escrupulosos, echaban mano á cuanto chiquillo podían coger, sin preocuparse de si estaban ó no abandonados, y hubo una gran cantidad entre los llevados á las monjas, que procedían de robos verificados por los secuestradores, sin que las hermanas fueran sabedoras de su origen. El pretexto que los agitadores explotaron en Tientsin, fué pues el del amor de la familia, tan venerada por los chinos, y fundadas, hasta cierto punto, las acusaciones que contra los católicos se lanzaban.

Hay quien sostiene que el amor de la familia no fué el pretexto sino la causa. Á mi modo de ver fué tan solo, como ya he dicho, un pretexto explotado por los letrados, y la causa es la que trato de demostrar en el curso de esta carta.

nera de llevar á la práctica la realizacion de los deseos del pueblo chino, no revistió la forma que corresponde á idea tan grande, no es una razon para que se le considere simplemente como un hecho criminal llevado á cabo por un pueblo bajo y cobarde. Si la conspiracion urdida con objeto de expulsar á los conquistadores de China, al abortar, se manifestó como un crimen vulgar, no por eso hay que considerarla bajo la última fase, y sí debemos remontarnos al origen del movimiento, que como es bien conocido, tenía ramificaciones en todo el imperio.

Ya por mis cartas anteriores se habrá comprendido cuál es nuestra situacion en China. El recuerdo de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos bastará para que se pueda apreciar hasta qué punto nos odia este pueblo. Primero Inglaterra, victoriosa en su guerra, le impone el suicidio lento y la ruina de sus familias, es decir el consumo del opio y el derecho de importarlo en China, razon por la que se la denomina « la guerra del opio. » Mas tarde Francia é Inglaterra unidas sostienen la de 1860, por la que obligamos á los chinos á que nos abran completamente su imperio, cometiéndose entónces innumerables errores por parte de los europeos que dieron por resultado el no dejar definida nuestra situacion aquí, donde ni estamos como conquistadores, ni como amigos, y sí en una situacion mixta que nos acarrea los inconvenientes de unos y de otros. Por un lado estamos como conquistadores, puesto que nuestra presencia es el fruto de una conquista contraria á los deseos de toda la nacion, y bajo este concepto somos odiados por todas las clases del pueblo que se considera dominado y aspira á sacudir el yugo. Por otra parte les tratamos como amigos, y no es si no á precio de grandísimos esfuerzos y paciencia que se consigue, y eso pocas veces, que este Gobierno acceda á pequñeces sin importancia para una nacion, pero en las que estriban siempre las buenas relaciones diplomáticas y comerciales.

Esta es, pues, en conjunto, la indefinible posicion en que aquí nos hallamos, que va haciéndose cada dia más difícil, y cuya solucion será la desaparicion de la raza blanca en China, si una guerra sangrienta, cada dia más necesaria, y tanto más

costosa y difícil cuanto más tiempo transcurra, no viene á fijarnos en el Celeste Imperio de una manera clara y precisa; es decir, como conquistadores, pero en todo el sentido de la palabra, no haciendo las cosas á medias, como hasta ahora se ha hecho.

Esto es lo que creo conviene de parte de la Europa; pero consideremos las cosas bajo el punto de vista chino y hallaremos que todo su odio y sus venganzas son hasta cierto punto justificadas, y que las matanzas de Tientsin no constituyeron un hecho criminal aislado.

Como ya he dicho ántes, nuestra presencia es desagradable á los chinos, tanto como pudo ser la de los prusianos en Paris para todo buen frances. Allí siquiera veían que pronto había de terminar la ocupacion militar, miéntras que la nuestra aquí es indefinida; y si bien las ocupaciones no revisten el mismo carácter administrativo, lo tienen sin embargo igual, si por el prisma del orgullo nacional se la considera. Los franceses sabían que con dinero y tiempo habían de expulsar á los prusianos, que no se ingerían en sus cuestiones interiores, ni trataban de implantar allí sus costumbres; miéntras que los chinos no ven el fin de nuestro dominio moral, y además queremos hacer que obren segun nuestras costumbres, que no por estar más conformes con la civilizacion europea, dejan de ser más opuestas á la llamada civilizacion china.

No entraré á discutir el principio, que muchas escuelas filosóficas defienden, del derecho á la civilizacion que tienen los pueblos bárbaros; derecho que, segun las mencionadas escuelas, debe imponerse por la fuerza si los interesados no lo reclaman. Esto nos llevaría á un terreno ajeno á esta carta, y sin objeto, puesto que aquí hay civilizacion; únicamente, los chinos tienen su civilizacion especial que encuentran muy superior á la nuestra, sobre todo cuando la juzgan por la muestra de los europeos que aquí vienen, que salvo muy raras excepciones, proceden de las clases inferiores de la sociedad inglesa y alemana. Estos individuos, que no son absolutamente nada en sus países, se encuentran al llegar á China ocupando una posicion excepcional, á la que no están

habituaados, y consideran al pueblo chino como una cosa de que pueden disponer á su antojo y de la que no deben ocuparse sino para servirse de ella, teniendo en mucho ménos la vida de un chino que la de un animal cualquiera. Inglés hay que no pegará á su perro por no contravenir á las leyes de la sociedad protectora de los animales; pero que atropellará sin compasion á un chino ó le apaleará por el solo crimen de no haberle cedido la acera á tiempo; siempre, por supuesto, sin que la víctima se entere de por qué se le maltrata. Los ejemplos por este estilo son innumerables. ¡Y esto es lo que los residentes de los puertos presentan como muestra de nuestra civilizacion! ¿Qué de particular tiene entónces que ellos no quieran aceptar nuestro modo de vivir, si se añade que tienen el suyo, que les gusta más que el nuestro? ¿Cuántos europeos no se encuentran que prefieren la vida ignorante y atrasada del campo á la ilustrada y civilizada de las grandes capitales? Pues en estos últimos el cambio es ménos rudo, y todos conocen las ventajas del progreso, que no pueden negar, si quier sean carlistas; miéntras que la variacion que la China había de sufrir tendría que ser completamente radical, y muy pocos chinos hay que crean en la utilidad de nuestros adelantos. Sobre todo, tienen su razon suprema, que es decir: estamos bien así y no vemos la razon por que nos hemos de acomodar á los gustos de nuestros huéspedes. El que no nos quiera así, que no venga, que nosotros no lo llamamos.

Estas reflexiones, que al parecer me alejan del punto de partida, son sin embargo conducentes á él, pues mi propósito es tratar de demostrar la razon del odio que los chinos nos profesan, y la mala política que la Europa ha seguido en este imperio.

Mucho ántes de que ocurrieran las matanzas de Tientsin, todos los europeos sabían de una manera directa ó indirecta que el pueblo no quería soportar más nuestra estancia en China. En casi todas las capitales se habían fijado pasquines con bastante anticipacion, amenazándonos con matarnos si no nos marchábamos. De los pueblos comprometidos en la conspiracion, uno solo realizó sus amenazas, los otros no

fueron teatro de hechos análogos, ya por la cordura de los europeos, como sucedió en Nankin, ya por la cobardía de sus habitantes ó por la mala direccion de los jefes comprometidos en el movimiento. Es bien seguro que si los otros pueblos hubieran cumplido sus compromisos, los asesinos de Tientsin, en vez de ser condenados como criminales, hubieran sido aclamados como los héroes de la independencia china por el mismo Gobierno que tuvo que juzgarlos como á bandidos desalmados. Del pueblo no digo nada, pues éste siempre los considerará como buenos patriotas.

Probablemente se ocurrirá á mis lectores la misma pregunta que á mí me preocupaba al reflexionar sobre el hecho en general, y es que, ¿cómo siendo tantos y tan numerosos los chinos consienten que un número tan insignificante de europeos á quienes odian y detestan los tengan dominados? Para hallar la solucion de esta cuestion, hay que tener en cuenta un principio chino ante el cual todos los súbditos del emperador Celeste bajan la cabeza, y es: «Que el que tiene la cabeza tiene todo el cuerpo.» Es decir, que el dueño de Pekín tiene á toda la China. Los europeos tomamos á Pekin; si entónces se hubiera querido, se hubiera impuesto á este pueblo cuanto se nos hubiera antojado, y lo hubiera aceptado de buena ó de mala gana; pero hubiera respetado el hecho consumado como respeta la dominacion del pueblo mongol que hoy impera en China, y que tomó á Pekin por sorpresa sin ganar batalla alguna. El emperador difunto ya, que reinaba en 1860, y con él muchos de sus súbditos, tuvieron entónces por los europeos cierto agradecimiento al ver que dueños del imperio se lo devolvíamos y que no nos lo apropiábamos, apropiacion que, como ya he dicho, todos los chinos hubieran acatado como la cosa más natural del mundo. El reconocimiento, pues, y los compromisos contraidos en su virtud, fueron los que nos dieron la fuerza moral suficiente para poder vivir entre ellos en tan escaso número. Si el niño hoy reinante fuera hijo de aquel emperador, los europeos podríamos gozar de cierta tranquilidad relativa en el porvenir, fundada en el respeto que los hijos tienen por las disposiciones de sus padres; pero no siendo su hijo (razon por la que los chinos consideran como extinguida la di-

nastía, á pesar de pertenecer á la misma familia el monarca actual), es muy de temer, si vive, que cuando llegue á tomar las riendas del gobierno cambie completamente de plan de conducta, y más que probable es que su política no sea favorable á los extranjeros. Las emperatrices regentes no han podido iniciar cambio alguno, tanto por ser mujeres, como por ser una de ellas la madre del difunto emperador. Pero mientras tanto, los atentados contra los europeos y sus propiedades se siguen repitiendo, llevando los chinos su audacia hasta decir que su nacion tiene bastantes millones con que pagar las vidas y haciendas que ellos destruyen.

Por una coincidencia fatal, Francia inició la política de pedir indemnizaciones por las vidas de sus súbditos asesinados; lo que equivale respecto á las naciones á la multa que la ley impone á un particular que pega una bofetada á otro. En China está pasando aquello del cuento que todos conocemos del caballero condenado á pagar dos duros de multa por haber abofeteado á otro, y que le dijo al salir del juicio: «Le advierto á V. que todavía tengo dinero.» ¡Buena andaría la sociedad si los bofetones se resolvieran pagándolos á dos duros! Pues en mayor escala pasa eso con la China, sólo que aquí los bofetones los reciben las naciones europeas, y el ofensor y el ofendido entablan luégo una discusion amistosa para convenir en si se deben pagar dos duros ó treinta reales, que á ménos montan relativamente las indemnizaciones de seis, ocho ó diez mil duros reclamadas por los gobiernos europeos para las familias de las víctimas, sin haber diferencia entre los comerciantes y sus enviados oficiales.

Las circunstancias por que atravesaba Francia en 1870 la impidieron tomar una reparacion cual convenia á la dignidad de su nombre. Las demas naciones la imitaron. Más tarde Inglaterra envia al primer intérprete de su Legacion con una mision especial, y oficialmente, al centro de la China. Mister Margary, que éste era su nombre, es vilmente asesinado; sobre su cadáver se cometen todo género de excesos, y su cabeza adorna largo tiempo una almena de las murallas de un pueblo del Honam. La Gran Bretaña, celosa de su prestigio, pone á la disposicion de su Ministro en Pekin toda una

flota armada, y éste se contenta, para salir airoso de sus gestiones diplomáticas, con exigir, que, como compensacion de la muerte del delegado británico, se dé solucion á todos los asuntos pendientes, que involucra en el llamado Convenio de Chefú; cuyas bases, prescindiendo del precio que representaban, son tan poco ventajosas para los ingleses, que toda la prensa de los puertos la ataca, y que el Gobierno inglés, que nunca desapruueba públicamente la conducta de sus agentes, se ve obligado á suprimir algunas de ellas en el decreto de las ratificaciones.

Sir Thomas Wade, el Ministro inglés, decia que valía más emplear la dulzura con objeto de aplacar los ánimos, y que por esto no exigía otra satisfaccion por el asesinato del infortunado Margary.

Los hechos han venido á probar bien pronto cuán errónea es la política del representante inglés. Hace más de un año que se venía previniendo á los misioneros ingleses de Mushih-shan (Fuchao) que sus edificios serían quemados, si se permitían ensanchar la extension de su terreno. No hicieron caso los misioneros, vinieron reclamaciones por parte de los chinos diciendo que se habian comprendido propiedades chinas en las nuevas posesiones de los misioneros. Nómbrase una comision china, para que pasase el 3o de Agosto último á examinar las actas de propiedad de los protestantes. Llegó la comision, y con ella el populacho que ya con anticipacion había juzgado el hecho. En efecto, á pesar de demostrar los misioneros la falsedad de la acusacion, el edificio de la mision fué asaltado y entregado á las llamas, con la particularidad de estar allí presentes varias autoridades oficiales, quienes dijeron no era de su incumbencia dispersar los grupos ni hacer retirar á los amotinados que ocupaban la casa desde que empezó la conferencia, habiendo contestado uno de los conferenciadores chinos, cuando sin duda se les hablaba de las dificultades que el atropello crearía á su Gobierno: «Que su nacion tenía muchos millones de pesos con que pagar los destrozos.» Al retirarse los mandarines, convencidos de la injusticia y poca razon de los letrados que pretendían se habían usurpado por los ingleses terrenos pertenecientes á chinos,

dejaron la casa completamente abandonada al pueblo, que no tardó en dar principio á la obra de destrucción, en la que le ayudaron cuarenta soldados, que la autoridad china había mandado *sin armas* para contener al pueblo exaltado. Todos los europeos allí residentes creyeron que se repetiría la tragedia de 1870. Felizmente la prudencia de los atacados ha hecho que no se haya vertido sangre humana.

Inmediatamente despues han aparecido nuevos pasquines, diciendo que la obra de destrucción no está concluida, y que hay que terminarla con la expulsión de los extranjeros y la quema de las habitaciones que aún quedan en pié.

Aún pretenderán algunos ilusos que la dulzura es el medio de evitar conflictos entre los extranjeros y los indígenas. No les servirá de nada el ejemplo dado por un teniente de navío frances, de legendaria memoria en China, que cuando la ocupación de Cantón mandaba un barco de guerra. Era entonces para los blancos mucho más peligroso que hoy el internarse en la ciudad china. Ningun europeo se atrevía á saltar á tierra, y era muy raro el que volvía sin haber sufrido algun contratiempo cuando volvía. Llega este oficial, y manda á tierra al cocinero acompañado de otro individuo para hacer la compra. Uno de ellos es asesinado, y el otro, aunque herido y estropeado, consigue volver á bordo. Sin dar parte á nadie, ni presentar quejas á las autoridades chinas, manda desembarcar á toda su gente, llega al sitio donde se había cometido el crimen, y allí divide á sus tropas en dos pelotones, á las que manda separar en dirección opuesta cien metros. Colocadas las divisiones en esta posición, da la señal de ataque, y hace acuchillar á toda la gente que en el espacio de 200 metros se encontró hasta que se reuniesen los dos pelotones, sin que se salvaran los refugiados en las casas, pues tambien allí se les persiguió. Hizo luego fijar, siempre por sí y ante sí, un bando cuya síntesis era la siguiente: «Pueblo chino, ya lo sabeis, como se me mate á un hombre, no queda piedra sobre piedra ni alma viviente en cien metros á la redonda del sitio donde se haya cometido el crimen.» El asesinato de un cocinero fué el último que se cometió en Canton durante toda aquella época. Los jefes del oficial no le dijeron una palabra, y par-

ticularmente se alegraron de su enérgica medida, que tantas vidas de blancos salvó.

No quiero decir que este oficial sea digno de ejemplo en todos los actos de su vida, pues entre sus muchas hazañas extraordinarias, figuran algunas como la de dar de betun á toda la tripulacion del buque de su mando, y dándose como capitán negrero vender el barco y el pretendido cargamento de ébano; pero sí que los buenos resultados de su disposicion en Canton son por más de un concepto muy dignos de tomarse en consideracion si se quieren evitar mayores males.

EMILIO DEL PEROJO.

Pekin 20 de Setiembre de 1878.





LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

(Conclusion.)

IX.

EPÍLOGO DE LA OBRA.

SUMARIO.

1. Principios escolásticos de la teoría.—2. Bello es lo que agrada á la vista.—3. Todo conocimiento puede llamarse vision.—4. Objeto de lo bello respecto á las cuatro facultades cognoscitivas—5. Su coordinacion.—6. Dos son las inteligencias ordenatrices.—7. Primera: Dios que produce lo sublime y lo bello en la naturaleza.—8. Segunda: El hombre que lo expresa con las tres artes.—9. En los tres grados de belleza, expresion y gracia.



DRINCIPIOS ESCOLÁSTICOS DE LA TEORÍA.—Antes de dar cima á nuestro trabajo reduzcamos á breve cuadro sinóptico la teoría con que hemos intentado dar razon de la Belleza considerada en la naturaleza y en el arte.

Ya habrá notado el lector que los cimientos en que hemos apoyado nuestra doctrina han sido tomados en su totalidad de la teoría escolástica, segun la cual *Bello es lo que agrada á la vista: placer el reposo de una potencia en el objeto que*

le es propio: vista, en fin, toda facultad cognoscitiva cuando llega á cierto grado de claridad.

Estos tres elementos desentrañados en su desarrollo nos han suministrado la teoría de lo Bello.

2. BELLO ES LO QUE AGRADA Á LA VISTA.—Y en primer lugar queda establecido, con pruebas sacadas del lenguaje comun y con consideraciones de los filósofos, que se llama verdaderamente bello á lo que, *al verse, satisface.*

Supuesta tal definicion nominal hemos debido indagar qué cosa sea *placer* y qué significa *ver*.

Dijimos, por lo tanto, con los escolásticos, que el placer no es más que el reposo de una facultad sensitiva que llega al objeto á que naturalmente tiende, y en que, si consigue abrazarlo, no puede ménos de hallar satisfaccion y reposo.

Este reposo hallado por la facultad en el acto con que abraza el objeto que le es propio, debe distinguirse muy bien del reposo del órgano material, cuando una vez cansado rehusa prestar su ministerio á la facultad, *reposando* así no en el acto, sino en la inercia.

Pero lo Bello no es el reposo de una facultad cualquiera, sino solamente de la facultad visiva: *visa placent.*

Ahora bien, ¿qué debemos entender por *facultad visiva*? ¿Cuál será el objeto en que ésta hallará reposo?

Hé aquí, benévolos lectores, dos cuestiones á que nos conduce esta nuestra primera nocion de lo Bello.

3. TODO CONOCIMIENTO PUEDE LLAMARSE VISION.—La facultad visiva no se limita en el hombre al ojo corpóreo, sino que con el verbo *ver* expresamos todo conocimiento claro, aunque *la evidencia* haya pasado, ahora más que nunca, al órden mental.

Agradar á la vista interior ó exterior, es lo mismo que agradar al conocimiento.

Ahora bien, el conocimiento humano se compone de cuatro grados, de los cuales al mismo tiempo procede.

El primer grado es la sensacion. Las varias sensaciones se reconcentran en el sensorio interno. La fantasía saca de aquí sus imágenes para entrelazarlas y avivarlas á su modo. De estas imágenes con la actividad que le es propia extrae la inteligencia el concepto universal.

El complejo de las anteriores maneras de conocer, constituye integralmente el conocimiento humano, que por consiguiente, entónces obtendrá de suyo perfecto reposo, cuando cada una de estas facultades parciales halle en el objeto contemplado la parte á ella proporcionada, y cuando estas cuatro partes estén tan bien coordinadas entre sí, que contribuyan á perfeccionar el acto supremo de la inteligencia, haciéndolo capaz de mover la voluntad á recta operacion.

De esto aparece claro que la Belleza, aunque de suyo sea término y reposo de las facultades cognoscitivas, fué, sin embargo, últimamente ordenada por el Criador para facilitar la operacion.

4. OBJETO DE LO BELLO RESPECTO Á LAS CUATRO FACULTADES COGNOSCITIVAS.—Establecido así, cuál sea la *vista* que debe hallar en lo Bello su reposo, no nos pareció dificultoso encontrar la naturaleza íntima de la Belleza en que aquella puede encontrar su reposo; puesto que para ello, no hay más que indagar por medio de la razon y la experiencia, cuáles sean los objetos á que tiende cada uno de los cuatro grados de conocimiento, y en qué manera deban estos coordinarse entre sí para producir la satisfaccion del hombre, ó sea del conocedor racional.

Y en cuanto á la tendencia de las facultades cognoscitivas, vimos en primer lugar, que el sensorio externo desea belleza de *tono*, y esto tanto en el color como en el sonido; claridad en la manifestacion; variedad y orden en el proceso *lineal* ó rítmico con que habla á los sentidos.

El sensorio interno á su vez tanto más satisfecho queda, cuanto más copiosas sean las imágenes que en un solo objeto recoge de todos los sentidos externos.

La fantasía, á más de todas las condiciones de las sensaciones precedentes, añade nueva perfeccion al entrelazarlas á placer, segun las necesidades del hombre cognoscitivo é infundiendo en toda aquella Belleza *la vida*.

Finalmente, el entendimiento llega á reposar, cuando en cada una de estas imágenes y en el orden de sus entrelazadas relaciones encuentra materia proporcionada de donde extraer ideas verdaderas, evidentes, conmovedoras, eficaces.

5. SU COORDINACION.—Tales son las tendencias de cada una de las facultades cognoscitivas. Empero, puesto que éstas deben constituir en un solo todo el conocimiento humano, claro es que deben atemperarse entre sí según las leyes de algún orden, porque sabido es que sin éste no puede lo vario reducirse á la unidad.

Ahora bien, este orden no puede ser otro que el querido por el Criador, que ciertamente no quiso que la inteligencia sirviese al sentido sino éste á aquélla, y que la inteligencia predispusiese á la voluntad para la operacion.

El orden, pues, según el cual deberá llamarse *recto* al conocimiento humano, y apto, por consiguiente, para producir el reposo del hombre cognoscitivo, puede ser reducido á la fórmula contenida en las siguientes palabras.

«Es perfecto el humano conocimiento, cuando mediante la suavidad de los sonidos, de los colores y en general de todas las representaciones sensibles reconcentradas en el sensorio interno y manejadas por la fantasía, se presenta al entendimiento humano un elemento de donde se extraigan verdades conmovedoras y eficaces.»

Según se ve, esta fórmula suministra completa y adecuada idea de la Belleza que puede satisfacer al hombre que contempla.

Entiéndase, sin embargo, bien que pudiendo el hombre fijarse por vía de abstraccion en los actos parciales de una ú otra de sus facultades, podrá llamar bello á un color, á un sonido, á una serie de colores y de sonidos sin hacer caso de la fantasía, llamando asimismo bello á un complejo de imágenes fantásticas, sin hacer tampoco caso de la verdad inteligible, sino solamente atendiendo á la satisfaccion de una facultad particular.

Estos juicios parciales, como es fácil comprender, con mucha frecuencia serán causas de error, según acontece en todo juicio analítico, cuando olvida las relaciones sintéticas.

6. DOS SON LAS INTELIGENCIAS ORDENATRICES.—Podemos compendiar esta definicion de lo Bello diciendo que la belleza no es más que *el orden del objeto para con las varias facultades cognoscitivas y de las varias facultades para con la inteligencia.*

Pero todo orden tiene un ordenador de quien nace como el agua de la fuente, y este ordenador no puede ser más que una Inteligencia.

De aquí pues, cuantas son las inteligencias capaces de ordenar los objetos cognoscibles, tantas son las clases supremas de belleza que podemos ver en el universo.

Ahora bien, las inteligencias por nosotros naturalmente conocidas en la condicion presente, son la inteligencia divina y la humana.

Las proporciones ordenadas por la inteligencia divina, creadora de la naturaleza toda, constituyen la belleza natural; las proporciones ordenadas por la inteligencia humana, modificadora de las criaturas, constituyen la belleza artificial.

Ambas bellezas deberán siempre consistir en causar el reposo de las facultades visivas mediante la justa proporción del objeto para con las mismas facultades, y el justo orden de las facultades entre sí respecto al fin del conocimiento, que es la recta operación.

7. PRIMERA: DIOS QUE PRODUCE LO SUBLIME Y LO BELLO EN LA NATURALEZA.—El desarrollo de lo Bello en la naturaleza nos hizo encontrar antes que todo la terrible idea del Infinito en la inmensidad, en la eternidad, en la omnipotencia con que el Criador manda é inmensamente excede á todo lo creado y á toda la capacidad del que lo contempla.

De aquí germina la idea de lo Sublime.

Considerando despues esta inmensa virtud limitada en los efectos creados, entrevemos que la belleza de éstos se halla en el orden con que lo vario y lo múltiple vuelven á la unidad, y potencialmente dan idea de lo infinito.

Ahora bien, así como este orden ha sufrido detrimento por el albedrío humano, y aunque permaneciese inviolado no podría ser plenamente conocido por el hombre con conocimiento actual; así tambien no todo lo que existe en la naturaleza puede decirse Bello con respecto al hombre, y por consiguiente quien quiera representar lo bello no debe copiar á tontas y á locas de la naturaleza cualquier modelo que se le presente.

8. SEGUNDA: EL HOMBRE QUE LO EXPRESA CON LAS TRES ARTES.—

El arte, pues, aunque deba tomar de la naturaleza las imágenes para expresar el concepto del artífice, debe, sin embargo, escoger entre estos medios los que son bellos, si quiere que las imágenes atraigan las miradas y hablando á los ojos manifiesten el pensamiento.

Obrando así, el arte imitará al Criador, no ya sacando de la nada, privilegio del Omnipotente, sino encargando á la materia de transmitir á otros su propio pensamiento, como el eterno Hacedor constituyó en manifestadoras del suyo á todas las criaturas. Y así como, segun el dicho de Santo Tomás, de tres maneras manifiesta el Altísimo al hombre su pensamiento, es á saber, por vía de vestigio, por vía de imágenes, y por vía de palabras, así tambien el humano artífice puede tomar la expresion de su pensamiento, ora de los sonidos que imprimen un vestigio en el afecto, ora de los colores, que pintan una imagen en lienzos y mármoles, ora de los signos que lo representan convencionalmente á la inteligencia.

Música, Pintura y Elocuencia son, pues, las tres clases supremas de las bellas artes, ó sea de las que se esfuerzan en imprimir en la materia un concepto inteligible, mientras que las artes mecánicas intentan solamente suministrar medios de satisfaccion y conveniencias al hombre corpóreo.

9 EN LOS TRES GRADOS DE BELLEZA, EXPRESION Y GRACIA.— Cuando el artista ha conseguido hallar en aquellos tres elementos imágenes aptas para atraer las miradas y transmitir al espectador su concepto, forma un trabajo *bello*.

Si en esta imagen consigue, no sólo retratar el pensamiento sino infundir aquella vida, aquella vivacidad con que él lo siente, habrá añadido á la belleza un nuevo elemento, la *expresion*.

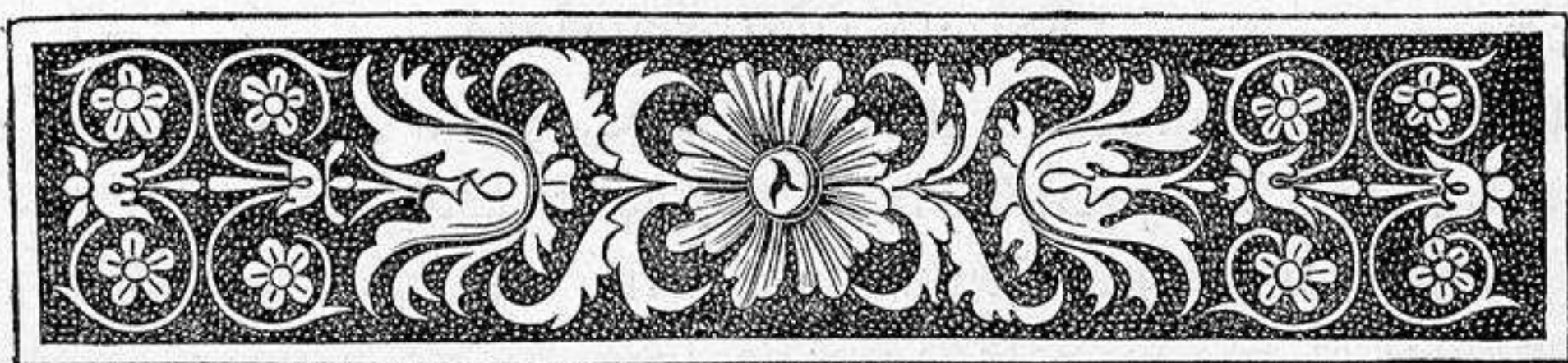
Cuando, finalmente, esta belleza, esta expresion sepan por medio de los ojos y de la inteligencia penetrar en el corazon y hagan vibrar las cuerdas de la simpatía, el artista habrá llegado al ápice de la delicadeza y de la perfeccion de lo Bello, despues de enriquecerlo con las flores de la *gracia*.

Tal es en substancia la teoría de lo Bello que espontáneamente se deriva de las doctrinas del sumo filósofo de Italia, de Santo Tomás de Aquino, y que bien meditadas por los filóso-

fos modernos, podrán dispensarles de andar buscando entre las tinieblas de descreídos extranjeros esos sofisticos artificios de metafísicas abstracciones que tan incapaces son de dar razon de lo Bello como de apagar y aquietar la sed de las inteligencias.

LUIS TAPARELLI.





LA PRESION DEL AIRE

Y LA VIDA DEL HOMBRE.

I.



La obra poco há publicada con el título anterior por el Dr. Jourdanet, constituye uno de esos trabajos capitales cuyo número es por desgracia más escaso de lo que sería de desear.

Cuando en nuestros días, sobre todo, nos encontramos frente á frente con un hombre que tiene en su corazón el valor suficiente para consagrar, no sólo los días de su vida, sino todo su talento á una cuestión que se le presenta como grande, en una palabra, para dedicarse enteramente á una especialidad, raro es que no veamos despues coronados sus esfuerzos por un éxito que nada deje por desear, y que la ciencia no se vea desde luégo coronada por los resplandores de algun importante descubrimiento.

Comprendiendo, sin duda, en toda su extensión el fundamento de la verdad que acabamos de enunciar, el Dr. Jourdanet se propuso sacar de ella todo el provecho con que su gran talento le brindaba.

En efecto, mucho tiempo hace que la fisiología viene ha-

blando de la influencia de los medios, y en consecuencia, se ha llegado á comprender la necesidad de estudiarlos.

Empero al propio tiempo la ciencia, ha tenido necesidad de lamentar el que los sabios no pasasen de ese primer escalon contentándose con exponer los hechos más generales y relevantes, miéntras descuidaban las cuestiones de detalle que, en la mayor parte de los casos, son las más importantes y las únicas que convendría conocer.

Por esta, que no nos atrevemos á llamar negligencia, vemos que nadie se ha cuidado de reunir los necesarios materiales, un número de fenómenos suficientes para establecer clara y definitivamente los límites de la esfera ó esferas en que se ejerce la influencia que nos ocupa.

Pero no por esto dejaba de ofrecerse con ménos interes á los ojos de las investigaciones fisiológicas, la importante cuestion de la presion atmosférica, á que M. Jourdanet resolvió con una entereza que sobrepuja todo elogio, dedicar todo el curso de su vida, debiendo desde luégo quedar asentado en este nuestro artículo, que no habiendo perdonado nuestro sabio ningun esfuerzo para llevar á feliz término su empresa, merece los mayores plácemes, no sólo de parte de los que á la ciencia se dedican, sino de la humanidad entera que tantas utilidades puede reportar de tan interesantes estudios.

El inmenso número de hechos coleccionados por M. Jourdanet durante sus frecuentes y numerosos viajes, las observaciones llenas de interes que ha podido hacer acerca de los pueblos en cuyo seno ha vivido, le han habilitado, sino para juzgar bajo todos los puntos de vista de la influencia de la presion del aire sobre la vida, al ménos para iluminar con nuevos y más esplendentes rayos un asunto que hasta ahora se ocultaba en las más densas y oscuras tinieblas.

El autor había ya formulado sus opiniones relativamente á la presion atmosférica en muchas de sus anteriores obras, mas la última, que va á ocupar por unos momentos nuestra atencion, puede justamente ser considerada como el coronamiento del gran edificio que por tantos años había venido levantado.

Es una vasta aglomeracion en que las observaciones fisioló-

gicas se suceden unas á otras y abundan las elegantes descripciones de los países estudiados y los documentos estadísticos á que el autor ha exigido las pruebas de lo que se presenta á su claro entendimiento como inconcusa verdad.

La importancia de este trabajo se hará aún más manifiesta si se advierte que en todo el decurso de las páginas en que se contiene, se halla establecida la concordancia de los resultados de la observacion con los de la experiencia, advirtiéndose que, con las palabras *resultados de la experiencia*, aludimos á los bien conocidos trabajos del profesor M. P. Bert, de los cuales habremos de ocuparnos más adelante.

Diremos, por último, que la obra de M. Jourdanet, formada dos hermosos volúmenes en 8.º enriquecidos con grabados y mapas que esclarecen más la materia contenida en el texto (1).

De lo dicho, podría quizás inferirse que el libro que vamos á analizar no contiene más que cosas nuevas y originales; mas en contra de esta falsa deducción diremos que el autor ha procurado apelar, siempre que ha sido necesario, al testimonio de los sabios predecesores ó contemporáneos suyos, citando, por lo tanto, con sumo cuidado sus observaciones personales, y sirviéndose asimismo con frecuencia de sus opiniones para robustecer, digámoslo así, ciertas interpretaciones de algunos fenómenos que, merced á los estudios de M. Jourdanet han tomado un carácter más científico que el que hasta ahora poseían.

Antes de engolfarnos á velas tendidas en el corazón de la cuestión, creemos necesario exponer, con la rapidez que nos sea posible, los principios en que funda nuestro sabio sus observaciones.

Todo el mundo sabe actualmente que el aire es un cuerpo pesado y que, merced á su inmenso volumen, ejerce sobre el globo una presión considerable.

La existencia de este hecho que en nuestros días ni los más ajenos á la ciencia podrían poner en duda, permaneció, sin embargo, durante una larga serie de siglos en estado de mero

(1) Paris, Georges Masson, editores.

problema, y no deja de llamar la atención que la demostración de una verdad, al presente dotada de evidencia tan grande, haya necesitado de la intervención de un genio.

Así fué, en efecto, y la solución del problema resistió á los esfuerzos de los mayores hombres de la antigüedad, de suerte que Aristóteles, Epicuro y Arquímedes fueron ante ella impotentes.

Al siglo XVIII estaba reservado desvanecer las dudas hasta entónces existentes.

En efecto, sonó la hora en que el velo del misterio había de rasgarse de arriba á abajo, y Galileo, cuyo poderoso genio había ya reconocido y denunciado más de un error, tuvo el honor de encontrar la prueba de la pesantez atmosférica.

Empero no bien la hubo indicado, cuando la muerte vino á sorprenderle ántes que pudiera dar una demostración completa de su invento.

Detras de él apareció, sin embargo, su más ilustre discípulo, el inmortal Torricelli, que, inspirándose en las ideas de su maestro, resolvió definitivamente la cuestión.

Galileo había constatado en el fenómeno de la ascension del agua en las bombas que el horror profesado por la naturaleza al vacío estaba encerrado en ciertos límites.

En efecto, al lanzarse el agua en el vacío, no pasaba jamás la altura de treinta piés, de donde Galileo había visto la causa de esta ascension misteriosa en la presión atmosférica.

Torricelli quiso verificar el experimento echando mano del mercurio, encontrándose con que este líquido, que es catorce veces más pesado que el agua, llegaba en el vacío á una altura catorce veces menor.

De este memorable experimento salieron simultáneamente la invención del barómetro (1643), la demostración del peso del aire y la determinación exacta de este peso, puesto que la columna de agua ó de mercurio elevada en la cámara del vacío, equilibraba á una columna de aire, cuya base era igual á la columna de uno ú otro líquido.

Cuatro años despues confirmaba Pascal estos resultados, aplicando el barómetro á la valuación de la altura de las montañas.

En fin, en 1650, Otto de Guérricke inventó la máquina neumática, y pesó directamente el aire, dando así el golpe de gracia al rancio error que por tanto tiempo se había opuesto al progreso de la ciencia.

No hay duda que, reconociendo al aire como cuerpo pesado, se había dado un gran paso; mas un siglo despues revelaba los secretos de su composicion esa serie de hombres ilustres que echaron los fundamentos de la ciencia actual.

Priestley descubrió, en efecto, el oxígeno; Lavoisier reconocía sus propiedades, y medía la proporcion en que este gas entra en la composicion del aire; en fin, Humboldt, Gay-Lussac, Dumas, Regnault, etc., elevaban al nivel que hoy tocan nuestros conocimientos relativos á las propiedades físicas y químicas de los elementos de la atmósfera.

En resúmen, hoy está demostrado que la presion atmosférica se ejerce sobre el globo en razon de 10.330 kilogramos por cada metro cuadrado de su superficie, que el aire es mezcla de una parte de oxígeno y de cuatro partes de ázoe, que en proporciones variables, de que despues hablaremos, se juntan á esta mezcla el ácido carbónico, el vapor de agua y otros muchos gases y vapores cuyo estudio no tiene relacion alguna con nuestro trabajo, y por esto sólo nos contentaremos con señalar su existencia.

Esto supuesto, veamos con brevedad la importancia del papel que cada uno de los predichos cuerpos gaseosos desempeña, y la influencia que ejercen sobre la vida.

Empecemos por decir, aunque de un modo general, que en la composicion de estos cuerpos entran, ya mezclados, ya combinados entre sí, cuatro elementos que en su totalidad son indispensables para la vida, á saber: el oxígeno, el ázoe, el hidrógeno y el carbono.

Estos elementos constituyen casi totalmente los tejidos de los séres vivientes, y la supresion de uno de ellos introduciría en la economía de dichos séres desarreglos tales, que indudablemente ocasionarían la muerte.

Sin embargo, las plantas y los animales no toman directamente de la atmósfera todo el oxígeno, todo el hidrógeno, etc., de que se componen.

La atmósfera ejerce sobre ellos influencia de otro orden muy diferente, y ántes de examinar estas influencias, creemos necesario llamar la atención de nuestros lectores á un punto muy importante en esta materia: nos referimos á la diferencia que relativamente existe entre los gases en general, y, partiendo de los gases atmosféricos, entre el peso y la presión.

El peso de los gases, así como el de los sólidos, es el producto del volumen por el de su densidad, siendo siempre la consecuencia de la atracción que experimentan los cuerpos hácia el centro de la tierra.

Por el contrario, la presión no sólo es el resultado del peso, sino también el resultado del esfuerzo que hacen los gases por extenderse en todas direcciones para adquirir un volumen mayor que el que ocupan.

Por consiguiente, la presión se ejerce en todos sentidos.

En efecto, supongamos un tubo cilíndrico lleno de aire. Si por medio de un émbolo comprimimos dicho aire de modo que ya no ocupe más que la mitad del tubo que lo contiene, el peso del aire será el mismo, pero la presión es doble de la que primitivamente poseía.

En una palabra, por usar la fórmula establecida por el eminente físico francés Mariotte, *la presión de un gas está en razón inversa de su volumen.*

No es de nuestra incumbencia investigar aquí si la anterior ley es generalmente verdadera tratándose de todas las presiones, y así sólo nos limitaremos á contestar simplemente que es exacta para las que más ordinariamente ejercen los gases que nos rodean.

Por otra parte, dada una mezcla de gases como en el caso de la atmósfera, la presión ejercida por cada uno de ellos está en relación con la densidad que presenta en la mezcla. Así, por ejemplo, si se comprime cierta cantidad de aire de manera que se le fuerce á ocupar un espacio cinco veces menor que el que ocupa naturalmente al nivel del mar, el oxígeno, que en la mezcla no figura sino como una quinta parte, adquirirá precisamente la misma densidad, es decir, la misma tensión que tendría si se hallase aislado á la presión normal.

Recordaremos, en fin, otra propiedad notable de los gases, y

es la que tienen de disolverse en los líquidos con quienes se encuentran en contacto.

Es cierto que el fenómeno varía en intensidad según la naturaleza de las sustancias, pero siempre va regido por este principio general; la cantidad absoluta de gas que se disuelve en un líquido, está en relación con la presión que este gas ejerce en la superficie del líquido en que se disuelve.

Con esto pueden entreverse las importantes conclusiones que pueden deducirse de toda la doctrina que precede; y no estaría fuera de propósito quizás examinar aquí lo que acontece en el gran acto de la respiración, de analizar la naturaleza de los gases que penetran en nuestro interior y de estudiar, en fin, sus maneras de obrar en presencia de los tejidos y de los líquidos que entran en la composición de nuestro organismo.

En este caso, el gas oxígeno se nos presentaría desempeñando el admirable papel que le ha sido confiado por la naturaleza; veríamos cómo su acción, harto viva y peligrosa en el estado de aislamiento del cuerpo que nos ocupa, se tempera por la disminución de densidad y de presión que sufre á causa de hallarse mezclado con el azoe; veríamos, por último, por qué este último gas fué escogido entre todos los demás para llevar á cabo las múltiples funciones de que bien pronto habremos de hablar. Empero entraremos en semejantes detalles cuando lleguemos á analizar las observaciones personales de M. Jourdanet.

II.

Hagamos ahora breve reseña de las principales relaciones de la meteorología con la presión del aire.

Después de la invención de los globos, verificada por Montgolfier, los sabios de los diferentes países del mundo han venido emprendiendo numerosas ascensiones con el fin de estudiar al aire bajo el punto de vista de las variaciones de su temperatura, de su estado eléctrico, de su estado higrométrico etc.

Entre las más célebres de estas ascensiones, mencionaremos

la ejecutada por Gay-Lussac en 1804, en la cual este sabio físico llegó á la altura de 7.016 metros.

Mas tarde, en 1850, MM. Barral y Bixio, subieron áun á mayor altura, hasta que, en fin, en 1862, M. Glaisher, del observatorio de Greenwich, y despues de él MM. Flammarion, G. Tisandier, etc.; llegaron en sus numerosas ascensiones á alturas algunas veces superiores á 8.000 metros.

Estos valerosos aeronautas llegaron á constatar que, á medida que va el hombre elevándose en el aire, sufre la temperatura un descenso, que, aunque continuo y constante, es, sin embargo, irregular.

Antes del ascenso de M. Glaisher se creía generalmente que la temperatura perdía 1 grado por cada 91 metros; mas despues se ha averiguado que esta regularidad ideal no existe.

Basta algunas veces elevarse á 30 metros sobre el suelo para obtener un descenso de 1 grado Fahrenheit, mientras que á alturas comprendidas entre 5.000 ó 6.000 metros es necesario una mutacion de 300 metros para obtener el mismo resultado, así que fundándose M. Flammarion en observaciones ejecutadas hasta 3.000 metros de altura, cree que el término medio del sobredicho descenso puede fijarse en 1 grado por cada 189 metros.

A pesar de todo, parécenos bien dejar á un lado esta irregularidad, que relativamente es de escasa importancia, y supondremos, por consiguiente, que el descenso es, en efecto, continuo.

De todos modos, quede bien fijo en las mentes de nuestros lectores, y perdónesenos la insistencia, que la temperatura del aire disminuye con su densidad, que las variaciones de aquélla están en relacion con las variaciones de ésta, quedando tambien probado que el peso total de la atmósfera es necesario al desarrollo y conservacion de la vida sobre la tierra.

En efecto, ¿cómo comprender que ha podido perpetuarse aquí la vida en su estado actual, si el calor, elemento principal de sus manifestaciones, hubiese llegado á sufrir serias modificaciones?

Todos los resultados termométricos de que acabamos de

hablar, se confirman por las observaciones de las personas que alguna vez han tenido ocasion de subir á las altas montañas, y en ellas constatar que las localidades escalonadas en las faldas de las grandes cadenas se hallan en condiciones muy variadas de temperatura, existiendo un punto en que la cantidad de calor disminuye de tal suerte, que se opone absolutamente al desarrollo de los séres organizados.

Pero la irregularidad notada por los aeronautas en la disminucion de la temperatura del aire, se acentúa más en las proximidades á la tierra; así que una localidad determinada, á la cual tanto su altitud como su latitud asignan tal ó cual condicion termométrica, evade esta condicion y se presenta ó más fria ó más caliente de lo que le corresponde.

Esto se debe evidentemente á ciertas causas, entre las cuales, como vamos á demostrarlo, es la principal la disposicion topográfica del lugar en cuestion.

La prueba del anterior aserto la tenemos en la existencia de las nieves perpetuas que coronan las cimas de las más altas montañas.

El nivel, sobre que jamás se funden estas nieves, dista mucho de ser el mismo para idénticas latitudes y elevaciones. Para no citar más que un ejemplo entre los muchos que pudiéramos aducir en confirmacion de este fenómeno, vamos á fijarnos en la gran cadena de montañas del Himalaya.

Como todo el mundo sabe, sobre esta cordillera la línea de las nieves se halla á alturas muy diferentes, segun que se considera en ellas la vertiente septentrional ó la vertiente meridional.

En efecto, por la parte del Norte se la halla á 5.067 metros, miéntras que por la del Sur desciende hasta 3.956 metros.

Bien pronto nos daremos cuenta de esta gran diferencia (1.111 metros), si consideramos que la vertiente septentrional es víctima de los efectos de la enorme cantidad de calor que se concentra sobre la meseta central del Asia, miéntras que privada de este calor la vertiente meridional recibe directamente los vientos frios de la mar.

Para fijar la atencion del lector hemos escogido el ejemplo más sorprendente de la irregularidad que presenta el descenso

de temperatura del aire bajo la influencia de las condiciones topográficas; mas ahora toca advertir que los montes del Himalaya constituyen una verdadera excepcion bajo este punto de vista, de modo que en ninguna otra parte del mundo se encuentra la altura extraordinaria de 5.067 metros en donde hemos visto comenzar las nieves; pero cualquier otro ejemplo de los muchos que para confirmar nuestro aserto hubiéramos podido citar, nos hubiera suministrado la prueba que acabamos de exponer en las precedentes líneas.

Y ya que insensiblemente hemos llegado á tratar de las nieves perpetuas, nos aprovecharémos de esta ocasion para decir una palabra acerca de su influencia sobre el estado higrométrico del aire que las rodea.

M. Jourdanet ve en estas nieves la causa principal de la sequedad que caracteriza á la atmósfera de los parajes elevados.

«La atmósfera, dice, se enfría al contacto con los lugares elevados y por lo mismo se hace ménos apta para contener el agua en estado de vapor. Este se condensa y es origen de las nubes que frecuentemente cubren las cimas que corona la nieve... Disecado y enfriado por esta accion continua el aire, atrae naturalmente corrientes más calientes y más húmedas, siendo esta la causa por que dichas cimas cubiertas de nieve son ocasion de una corriente atmosférica y del flujo constante de vapores.»

Mas esta condensacion de vapores acuosos que en las regiones superiores á la que éstos ocupan da lugar á extrema sequedad, puede engendar en las regiones inferiores el fenómeno contrario, es decir, excesiva humedad y continuas lluvias.

Esto es, en efecto, lo que se observa en la cordillera de los Andes y á muy diferentes niveles. Así Jalapa y Orizaba, ciudades de Méjico situadas á 900 y 1.400 metros de altura, casi continuamente ven inundado el recinto que ocupan, y sobre ellas á 1.500 metros comienza la sequedad para hacerse aún mucho mayor á 2.000 metros.

En otras partes, como por ejemplo en Santa Fe de Bogotá, las lluvias incesantes se manifiestan á 2.660 metros de eleva-

cion, y vemos que en aquellas regiones los sobredichos fenómenos de la lluvia son consecuencia excepcional de las condiciones topográficas particulares, que no impiden que el aire de las grandes alturas se presente ordinariamente muy seco.

Sin embargo, este aire así disecado adquiere gran transparencia, y mientras no cambia sus condiciones es en extremo perjudicial á los que lo respiran, y constituye, por otra parte, graves peligros para otros países á quienes sus condiciones climatológicas dan seductoras y envidiables ventajas sobre todos los demas del mundo.

En efecto, merced á las condiciones especiales de la atmósfera, la region que nos ocupa toma ese aspecto de la desolacion, que con más particularidad puede observarse en la meseta central de Méjico denominada de Anahuac, donde la vista no encuentra más que un suelo árido y de donde á raros intervalos se ve tan sólo levantarse algun que otro achaparrado vegetal.

Verdad es que si alguna corriente regular de agua ó algunas lluvias bienhechoras llegan un dia á abreviar la desolacion de estos campos, éstos sacuden su letargo y al aspecto de la muerte en ellos reflejado sucede el de la primavera, que, desarrollando instantáneamente los gérmenes de la más exuberante vegetacion derrama en toda la comarca, no sólo los frutos propios de la vida, sino los dulcísimos y nunca, al parecer, estériles de la esperanza.

Esta, empero, no se levanta siempre sobre los sólidos fundamentos que pudieran sostenerla, y si da á aquellos países apacibles dias, prolonga en mal hora sus beneficios en las noches que les suceden, y en esto ¿quién lo dijera? radica principalmente la fuente del mal que deploramos; porque esas noches claras y sin una nube que venga á empañar la limpidez de su cielo, favorecen por desgracia la radiacion del calor del suelo, y el súbito enfriamiento que de aquél resulta aniquila, por decirlo así, de un golpe todas las cosechas.

Mas, puesto que esta radiacion del calor es consecuencia de la pureza del aire, parece natural deducir que el vapor de agua es el agente atmosférico encargado de retener las emanaciones del sol.

Así, en efecto, lo han comprobado de consuno la razón y la experiencia; mas para que esta acción protectora llegue á su máximo de eficacia, es preciso que el aire no esté más que moderadamente saturado de vapores. Por lo tanto, ni se necesita completa saturación ni demasiada condensación, porque en estos casos el vapor de agua se opondría tanto al arribo como á la salida del calor solar.

Sin embargo, no es este vapor sólo el que nos protege del enfriamiento, sino que existe otro elemento atmosférico que por su enorme masa, por su transparencia, por su inocuidad, permítasenos la expresión, con respecto á la vida, y por la moderación de sus afinidades, nos proporciona inapreciables ventajas.

Hablamos del ázoe ó nitrógeno.

En efecto, gracias á sus propiedades, este gas es, más que todos los demás, apto para comprimir á medida de las necesidades nuestros cuerpos sobre el globo, y él es ciertamente el que con más especialidad tiene á su cargo almacenar, digámoslo así, y conservar en torno nuestro el calor que nos es necesario, pudiendo hallar nosotros la prueba de este papel capital por él desempeñado, en la gran prodigalidad con que la naturaleza ha derramado en torno á la humana existencia gas tan bienhechor.

Evidente es, á la verdad, que las diversas combinaciones en que entra el ázoe como elemento esencial, no podrían en manera alguna explicar la necesidad de tanta gran cantidad de este gas existente en el mundo.

Hagamos, en fin, notar ántes de terminar este número, que si la pureza de aire es causa frecuente de enfriamiento, su gran ligereza puede también tener las mismas consecuencias.

Los habitantes de regiones elevadas como las de Anahuac, por ejemplo, se recatan, y con razón, de los primeros instantes que acompañan á la salida del sol.

En física es cosa comprobada que los gases emplean tanto más calor para elevar en un grado su temperatura cuanto menos sea la densidad que posean.

Ahora bien, los primeros rayos del sol que empiezan á aparecer en el Oriente producen súbitamente, en toda atmós-

fera ligera, dilatacion considerable, resultando de ella que el calor latente de este cambio de volúmen sobrepuja en mucho la facultad calorífica de los rayos que fueron causa de aquel cambio de volúmen.

En esta ocasion es, cuando, robando el aire su calor á los séres vivientes, experimentan éstos ese enfriamiento de efectos tan justamente temidos.

Por otra parte, la atmósfera seca, clara y rarificada de las grandes alturas no cede á la influencia de los rayos solares que la atraviesan, y los cuerpos sólidos se calientan directa y extremadamente, miéntras que el aire ambiente permanece siempre á una temperatura inferior.

Este fenómeno tan notable se verifica igualmente en las altas regiones del aire y léjos de la tierra, segun ha podido constatarlo M. Flammarion en sus interesantes viajes aerostáticos.

Segun se ve, la superficie de las montañas elevadas se calienta más que el aire, miéntras en las llanuras tiene lugar todo lo contrario, debiendo deducirse de todo esto, que los habitantes de las alturas, colocándose al sol ó á la sombra, pueden hacer variar considerablemente y segun mejor les viniere en talante las condiciones de temperatura en que vivan.

Mas este cambio de temperatura á que se ven expuestos con más frecuencia que lo que sería de desear, los expone á un enfriamiento tal, que, segun M. Jourdanet, no deja de ser perjudicial y peligroso, «figurando,» son sus palabras, «de un modo esencial en la etiología, bajo tantos puntos de vista original, de los parajes elevados.»

Aquí termina el exámen de las principales relaciones entre la meteorología y la presion de la atmósfera, restándonos ahora, ántes de hablar de la fisiología de las alturas, abordar una cuestion muy importante, y sobre la cual osamos llamar la atencion de nuestros lectores.

III.

Puesto que es cosa sabida que la atmósfera, tal como se halla constituida, es necesaria para el desarrollo y sostenimiento de la vida, según el orden actualmente existente, parece legítima pregunta la que tuviese por objeto averiguar si lo porvenir tiene reservadas á esta atmósfera algunas transformaciones de las cuales los seres vivientes fuesen las primeras víctimas.

Para resolver esta cuestión es necesario interrogar á las épocas que nos han precedido.

En efecto, la geología ha demostrado que el globo que habitamos ha sufrido en diferentes épocas profundas modificaciones, y que en sus revoluciones las ha sufrido no ménos profundas la atmósfera que nos rodea.

Ahora bien, estas transformaciones sucesivas han influido evidentemente sobre su peso, su composición, su transparencia, etc.

Así es, pues, que cargada en un principio de un número considerable de vapores de todo género, cargada de un gran exceso de vapor de agua y ácido carbónico, poco á poco fué desembarazándose de todos estos elementos heterogéneos, hasta llegar al estado en que hoy la encontramos.

Después de la aparición de la vida sobre la tierra, los vegetales y los animales que se sucedieron en el mundo debieron, por consiguiente, experimentar la influencia de presiones y temperaturas muy diversas, mientras que en otros tiempos, como ahora, la altura, la latitud, las condiciones topográficas desempeñaban el papel que hoy podemos aún reconocer.

Empero existió en otro tiempo una fuente de calor, cuyos efectos, hoy completamente nulos, contribuyeron poderosamente en otras épocas antiguas al desarrollo de los seres.

Nos referimos al fuego central.

La influencia de este núcleo central de calor, muy vivo á los comienzos, fué poco á poco debilitándose, llegando posterior-

mente y por grados á un tal estado que hubo de ceder su puesto al calor del sol, único que desde entónces tuvo que proveer á las necesidades de la vida.

En cuanto á fijar precisamente la época en que se produjo este último fenómeno, en que la accion del fuego central dejó de hacerse sentir en la superficie de la tierra, ya saben nuestros lectores que es asunto de todo punto imposible; pero monsieur Jourdanet cree, sin embargo, poder elevar la fecha de este acontecimiento hasta la época terciaria, y afirmar que hacía ya mucho tiempo que había sido abolida esta accion, cuando apareció el período geológico glaciario.

Por otra parte, las investigaciones paleontológicas han logrado presentar á la ciencia numerosos restos fósiles, que sin duda alguna pertenecen á los reinos vegetal y animal, cuyo estudio ha permitido constatar que en otras épocas reinaron climas tropicales donde en nuestros dias reinan climas templados, verificándose este fenómeno en épocas en que el calor central no ejercía ya más que influencia casi nula.

M. Jourdanet halla la explicacion de este curioso fenómeno en una presion atmosférica mayor que la hoy existente.

Bien podría ser que el sol no suministrase entónces más calor que hoy; pero la atmósfera, que por lo tanto ofrecería mayor peso, sería más apta para retener mayor cantidad que la que hoy retiene.

Por lo demas, es completamente cierto que entre todas las hipótesis emitidas hasta hoy para explicar el clima tropical de la Europa central durante la época terciaria, ninguna ha sido bastante fuerte para resistir el embate de las serias objeciones que desde luégo surgen en la mente del hombre pensador; mas, haciendo intervenir la presion atmosférica, y teniendo en cuenta las condiciones de elevacion, latitud y condiciones topográficas, el problema se presenta más simple y aún parece casi resuelto.

Además, no hay motivos para rechazar como no admisible que la presion del aire haya contribuido á la produccion del fenómeno, y admitiendo su intervencion nada se supone que no aparezca revestido de todas las dotes requeridas por la posibilidad y naturalidad.

Los fenómenos glaciarios pueden ser clasificados en el sistema de la presión atmosférica, y entonces se hacen tan comprensibles, que creemos transcribir aquí la explicación que de ellos hace el Dr. Jourdanet.

«Sean cuales fueren, nos dice, las opiniones que queramos formarnos de los tiempos del diluvio, siempre será cierto que en épocas que parecen coincidir con la formación de los ventisqueros, tuvieron lugar en la superficie de la tierra grandes trastornos y catástrofes inmensas. Por otra parte, el conjunto de los fenómenos entonces verificados fué suficientemente grande para que innumerables cadáveres de los grandes mamíferos quedasen comprendidos en la congelación general de latitudes muy próximas á las regiones polares. Las inusitadas proporciones de tan espantosas convulsiones, no deben ser parte para quitarnos la creencia de que tomasen origen en causas las más naturales, porque es muy evidente, por ejemplo, que los enormes levantamientos que entonces afectaron á la costra terrestre, no pudieron tener lugar sin que prodigiosas cantidades de gas y de vapores se abriesen paso á través de inmensas hendiduras y se desparramasen en el aire para transformarse en su seno, siguiendo las leyes de las más variadas combinaciones. Mas no obedeciendo en los primeros momentos más que á su extraña tensión y á su incalculable temperatura, producirían corrientes ascendentes de fuerza excepcional que los debieron arrojar irresistiblemente hasta las alturas que nunca abandona el frío más intenso. De aquí tuvo origen el enfriamiento súbito y la rápida condensación de estos gases, salidos, digámoslo así, de madre, y en rápida vuelta á regiones inferiores por ellos agitadas y expuestas á nuevas condensaciones. Los vapores atmosféricos, convertidos ya al estado líquido por las corrientes descendentes, se desplomaron sobre la tierra en lluvias torrenciales, etc.»

En consecuencia «por la pérdida de estos vapores adquirió el aire extrema transparencia... y de aquí la intensa radiación de calórico preparado de antemano por la disminución de presión... Entonces el enfriamiento se convirtió en desastre general, sobre todo para las localidades cuyo elevado nivel ó cuya latitud las exponían más á los mencionados peligros.»

En estas palabras de M. Jourdanet no se encierran, como es manifiesto, más que hipótesis; pero si bien se meditan se hallará que tienen más fundamento que todas las hasta aquí expuestas por sus antecesores.

Entrando á tratar de la aparicion del hombre sobre la tierra, admite M. Jourdanet con el presbítero M. Bourgeois, que se verificó en la época miocena.

Todos nuestros lectores sabrán, sin duda, que M. Bourgeois funda sus opiniones relativas á la cuestion que nos ocupa en la presencia de sílice tallada en un estrato mioceno de la meseta de Pontlevoy.

Ahora bien, estos trozos de silex, primeras huellas del hombre en el seno de la Europa, son contemporáneos de una fauna y una flora que acusan condiciones climatéricas mucho más cálidas que las de hoy dia. Es así que dichas condiciones climatéricas debieron forzosamente necesitar presion barométrica correspondiente. Luego el hombre debió vivir bajo una presion relativamente grande, y que, segun algunos cálculos, pudo quizas elevarse en Europa hasta la representada por 84 centímetros de mercurio.

Despues de esta época debió disminuir lentamente esta presion; pero si se considera que teniendo en cuenta las condiciones de altura, el obstáculo constituido por las fuertes presiones atmosféricas era nulo en los lugares elevados, se comprenderá que fué posible la vida del hombre en las altas mesetas, mucho tiempo ántes que lo fuese en los niveles inferiores.

En efecto, M. Jourdanet confiesa estar convencido de que los primeros hombres vivieron exclusivamente en las alturas, y de que no empezaron á desparramarse por las regiones inferiores hasta que la presion atmosférica llegó á serles más favorable.

Sea lo que fuere de tan respetable y nueva observacion, no nos parece dudoso que el hombre haya vivido en una atmósfera más pesada que la que al presente respiramos; pero como la presion barométrica ha disminuido gradualmente desde la época de la aparicion del hombre sobre la tierra, resta sólo saber si aún tendremos que temer á otras condiciones más pronunciadas de rarefaccion.

Esfuérzase nuestro autor en responder á esta cuestion, y para ello opone el siguiente raciocinio de Arago á los que aún creen en la influencia marcada del calor central sobre la superficie del globo, en la continua disminucion de este calor, y por consiguiente, en el enfriamiento continuo de la tierra.

«Segun las leyes de la física, el esferoide terrestre no podría calentarse ó enfriarse sin experimentar dilatacion ó contraccion sensible. Además, la contraccion ó dilatacion de su masa, no podría efectuarse sin que necesariamente diese por resultado un retraso ó aceleracion en el movimiento de rotacion. Ahora bien, está probada desde hace 2.000 años la identidad de las revoluciones diurnas. Luego desde hace 2.000 años, por lo ménos, no ha variado, ha permanecido constante la temperatura de la tierra.»

Á este silogismo, que no parece pecar contra ninguna ley lógica, añade claridad M. Jourdanet, haciendo, en efecto, constar «que desde Hiparco hasta nuestros dias se han hecho los cálculos sobre el *dia sidereo* con precision suficiente para poder afirmar que la duracion de la revolucion diurna de la tierra no ha variado en *un sólo céntimo de segundo* durante 2.000 años, y que, por consiguiente, su temperatura no ha cambiado tampoco un décimo de grado centígrado.»

Segun este raciocinio, pues, la tierra no pierde ya nada de su calor propio, y el calor que irradia hácia los espacios planetarios es el mismo que recibe del sol.

Si es cierto, por otra parte, que la presion y la temperatura del aire disminuyeron gradualmente hasta la época glaciaria, no es ménos cierto que despues de esta época han venido aumentando, siendo prueba evidente de este aserto el hecho mismo de la desaparicion de los hielos que caracterizaron aquella época.

No contento con esto, opina M. Jourdanet que el aumento lento á que nos referimos tiene aún lugar en nuestros dias, fundando su opinion sobre algunos textos bíblicos y otros documentos en que se alude á la temperatura de ciertos países, que en aquellas épocas se encontraban en condiciones termométricas harto inferiores á las que hoy se notan en ellos.

«Tambien puede creerse, añade M. Jourdanet, que nuestra

atmósfera por cierto movimiento gradual, posee alguna tendencia á aumentar estas proporciones y á cargarse de una suma de vapor lentamente creciente. No sería otra, añade, la causa del aumento de calor constatado en la superficie de la tierra; y léjos de considerarnos calentados por una temperatura subterránea, seríamos más razonables al adoptar la creencia de que el mismo globo recibe actualmente del sol una suma gradual de calor, que la atmósfera, haciéndose más pesada, tiende más y más á retener y concentrar bajo nuestros piés. Podría, en fin, decirse también que esta acumulacion de recursos caloríficos sería para la tierra el camino abierto para súbitas catástrofes, análogas á las ya registradas en los anales del diluvio, para volver de nuevo á las condiciones que actualmente atravesamos. Esto sería, á nuestro juicio, como una respiracion prodigiosamente colosal, merced á la cual nuestro globo inspiraría lentamente calórico y lo devolvería á los espacios solares por medio de movimientos cuyos períodos abrazarían muchos millares de años.

Como se ve, la teoría no está falta de atrevimiento, pero desgraciadamente tememos que no sea ese sólo su único mérito.

Y en primer lugar nos permitiremos hacer advertir á M. Jourdanet, que muy pronto ha olvidado el famoso razonamiento de Arago que con aires de triunfo poco há nos citaba.

El globo no se ha dilatado, luego no se ha calentado.

Por consiguiente, si constata nuestro sabio un aumento de temperatura sin dilatacion, ¿qué habremos de hacer con las leyes de física?

En cuanto á esa « respiracion colosal, » que consistiría en una alternativa de períodos de inspiracion como la que nosotros atravesamos, y de períodos de espiracion comparables á las catástrofes del diluvio, diremos, con la venia debida, que nos parecen cosas inventadas por el capricho.

En efecto, admitir hipótesis semejante, es lo mismo que admitir una manera de movimiento perpetuo, ó lo que es lo mismo, creer en la eternidad de las manifestaciones de la vida sobre la tierra, lo cual está en absoluta discrepancia con lo

que la ciencia actual nos permite concebir acerca del destino futuro de los astros.

La tierra no es una excepcion á la regla, y así la vemos marchar fatalmente á la completa solidificacion, y por consiguiente va enfriándose.

Este enfriamiento podrá verificarse con extrema lentitud, pero no por eso deja de tener lugar, y el dia en que se oponga al desarrollo de la vida, ésta desaparecerá, sin que en esto debamos ver cosa que no sea muy natural.

La hipótesis, en fin, de la respiracion colossal podría quizas admitir cierto grado de verisimilitud si admitiese que á cada espiracion del globo pierde éste, no sólo el calórico recibido del sol, sino tambien cierta cantidad de su propio calor.

IV.

La exposicion que acabamos de hacer de los principales fenómenos meteorológicos relacionados con la presion atmosférica, nos permite ahora entrar en otra cuestion relativa á la fisiología de las diversas alturas.

Quizas en lo que dejamos dicho habremos parecido á algunos más difusos de lo que hubiera podido desearse; pero todos convendrán con nosotros en que, merced á las ideas que llevamos emitidas, se han aclarado principios de gran importancia bajo el punto de vista que nos ocupa, y que de ningun modo se nos hubiera permitido pasar por alto ó tratar con ligereza.

En efecto, debíamos insistir hasta donde nos fuese dado sobre la disminucion de densidad del aire á medida que nos elevamos á las regiones superiores; debíamos insistir asimismo sobre el descenso de temperatura, necesario resultado de la disminucion de densidad; debíamos, en fin, señalar, ántes de medir su influencia, las condiciones particulares que de este modo se crearon para los que habitan las zonas de la tierra, cuyos niveles se pierden en las alturas.

Hemos hablado del papel importante de la latitud y situa-

ciones topográficas, y hemos dejado columbrar la feliz modificación que pueden introducir en las condiciones termométricas impuestas por las grandes alturas, y, aunque es verdad que sólo hemos citado á este propósito un ejemplo, el de la diferencia de nivel de las líneas de las nieves perpetuas que cubren las dos vertientes del Himalaya, todavía M. Jourdanet cita otros muchos, sintiendo nosotros en el alma no poderle seguir en las interesantes descripciones que nos da de los lugares en que ha puesto en práctica sus nunca bastante-mente ponderadas observaciones; porque de lo contrario toda la elevada meseta del Asia Central y toda la cordillera de los Andes meridionales nos proporcionarían á centenares las pruebas que pudiéramos aducir en confirmacion de tan nutritiva doctrina.

Así, por ejemplo, veríamos cómo la situacion topográfica ha hecho posible en el Tibet la vida del hombre hasta en elevaciones de 4.000 y 5.000 metros, en medio de una atmósfera cuya densidad no es más que una mitad de la correspondiente á la densidad normal.

En los Andes meridionales veríamos tambien cómo á grandes alturas, sobre la vertiente de la cordillera, goza la costa occidental del Perú las dulzuras de una eterna primavera, mientras que al otro lado de la gran cadena sufre el suelo los más poderosos efectos de los ardores del sol.

En Méjico, en fin, más que en ninguna otra parte, hallaríamos reunidas, para poderlas apreciar sucesivamente, desde el mar hasta la cima del Anahuac, todas las influencias que hasta ahora nos han ocupado en el estudio que tiene ante sus ojos el lector.

Pero en medio de todas estas observaciones hallaríamos un fenómeno que no podría ménos de parecernos tan extraordinario como inesperado, llegando por ende á imponerse á nuestras meditaciones.

En efecto, sin duda alguna nuestros lectores, ménos versados en los conocimientos y estudios que seguimos, habrán quizás supuesto, en vista de lo dicho, que en medio de esos espacios inmensos en que la naturaleza cuida de mantener los más dulces y seductores climas, se ha desarrollado una innu-

merable poblacion que áun en nuestros dias sigue multiplicando sus robustas ramas.

Pero nada ménos exacto que tal deduccion.

Apénas llegan á cinco millones los habitantes que se dividen la vasta meseta central del Asia, cuya superficie comprende, poco más ó ménos, una extension de 1.820.000 kilómetros cuadrados.

Mas no debe ser menor nuestra admiracion si consideramos que toda la América española, el gran conjunto constituido por Méjico, América Central, Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y la parte montuosa de las provincias argentinas apénas cuentan unos veinticuatro millones de habitantes, sin que nos quede el recurso de invocar como obstáculo al desarrollo de la poblacion el ardor tropical del clima, puesto que las dos terceras partes de los individuos se sustraen de sus rigores en las alturas en que colocan sus moradas.

En otra parte, sin embargo, exponremos la causa de estos fenómenos, y dejando por ahora á un lado las consideraciones que sobre el particular se nos ocurren, entremos ya en el terreno de la fisiología.

Despues de seis años de observaciones pasados entre los habitantes de los bordes del golfo de Méjico, se decidió el Dr. Jourdanet á salvar la cordillera para establecerse sobre el Anahuac.

Al partir llevaba la conviccion de que la altura á que iba á elevarse iba á ponerlo en relacion con hombres por aspecto y condicion análogos á los que habitan las latitudes cuya temperatura es idéntica á la de la elevada meseta mejicana.

Pero su conviccion dejó bien pronto de serlo, porque al encontrarse sobre el Anahuac un mundo del todo nuevo, vino á ofrecerse á su vista, sin que pudiese columbrar entre sus nuevos huéspedes lo que, dados los datos ántes recogidos, se había figurado iba á encontrar.

La calma habitual que caracteriza á los individuos que nos ocupan, el aire reposado y meditabundo que en ellos se reconoce, el color pálido de sus mejillas, sus músculos débilmente desarrollados, todo, en fin, acusaba un estado particular, y

de ningun modo podía indicar que aquellos hombres estuviesen sometidos á la accion fortificante de los climas que la latitud ha hecho frios ó templados.

Allí, por el contrario, todo parecía anunciar que para aquellos hombres una debilidad marcada era el resultado obtenido por las influencias meteorológicas de la comarca, segun despues vino á comprobarlo una observacion más profunda sobre los síntomas observados en el primer momento.

En efecto, era ya cosa sabida que en toda la comarca, y sobre todo en las alturas, dominaba desde muy atras un estado de anemia general en el organismo de aquellos habitantes, y cuando M. Jourdanet trató de investigar la prueba de esta verdad, encontró todos sus primeros ensayos sin resultado alguno que satisfactorio fuese, porque la sangre extraida á individuos muy sensiblemente anémicos, daba al análisis las proporciones normales de glóbulos, y la sospechada hypoglobulia no existía.

¿De dónde, pues, nacía aquella palidez general, cuya existencia era aún más sorprendente en los niños? ¿Dónde residía la causa de la espantosa mortandad que venía cebándose en la tierna edad, hasta el punto de hacer desaparecer unos 30 por 100 de los recién nacidos.

Una operacion en que M. Jourdanet tomó parte muy activa, le hizo descubrir la tan buscada causa del fenómeno. En ella notaba nuestro sabio el color poco rutilante de la sangre que corría de una arteria, cuando de repente acudió á interrumpir su admiracion la idea de la desoxidacion de este líquido. «A partir de este momento, nos dice en su excelente obra, vimos una causa racional capaz de explicar los fenómenos cuya originalidad venía embargando nuestra mente. No era necesario buscar la aglobulia en los anémicos que teníamos á nuestro alrededor, ni una disminucion del oxígeno de la sangre, á causa del descenso que podían experimentar los glóbulos encargados de retener á aquel gas, sino una ausencia más directa de oxígeno por falta de presion suficiente para poder asegurar su condensacion.»

M. Jourdanet, acababa de poner, si nos es lícito recurrir á una expresion vulgar, el dedo en la llaga.

En efecto, esto es lo que allí acontece, y bien pronto veremos que no fundamos sobre arena nuestro aserto, sino que ya posee la ciencia la prueba experimental que nos obliga á tenerlo como cierto.

Los habitantes de las grandes alturas, son anémicos y la prolongada estancia en estas zonas, el hábito, en una palabra, contrario á la opinion hasta poco há generalmente admitido, no puede sustraerlos de las consecuencias de este estado patológico.

Además, la anemia existente en los habitantes de las grandes elevaciones proviene, como hemos dicho, de la desoxidacion de la sangre, y este fenómeno tiene á su vez origen en la disminucion de la presion atmosférica.

La prueba de este hecho tan fundamental, adquiere mayor importancia, si se considera que hasta hace poco se ha venido creyendo y aún enseñando, que bajo la influencia de la vida, los glóbulos sanguíneos se sustraen á las leyes de la física, y que sin sujetarse á las condiciones de presion, tenían la propiedad de retener el oxígeno en virtud de una especie de afinidad química.

Conviene que en esta molesta influencia del clima de las alturas sobre la vida, no se vea la negacion de lo que por costumbre ha dado en llamarse aire vivificante de las montañas, porque la anemia de que acabamos de hablar, no constituye en realidad peligro más que á ciertas alturas, y M. Jourdanet cree que han de despreciarse sus resultados, cuando se trata de niveles inferiores á 2.000 metros; de donde se hace manifiesto que las alturas generalmente habitadas en Europa, evaden casi por completo accion tan deletérea, mientras que fuera de Europa, hay millares de hombres que habitan regiones colocadas á niveles superiores á 2.000 metros, y que por lo tanto correrán gravísimo peligro.

En 1863, hizo conocer M. Jourdanet á la Academia de Medicina, los fenómenos de que acabamos de hablar, anunciando al propio tiempo que sus observaciones eran igualmente aplicables al ácido carbónico contenido en la sangre, y que poseía pruebas suficientes para establecer que la depresion del aire influía para facilitar la salida de este gas con más pronti-

tud, que para facilitar la del oxígeno, lo cual significa que una altura moderada modifica en provecho del oxígeno la relacion normal que debe existir entre los dos gases en la sangre, quedando, como se ve favorecida en este caso la hematosis.

Por consiguiente, no carece de sólido fundamento la creencia en el aire vivificante de nuestras pequeñas montañas.

En resúmen, M. Jourdanet en su informe á la Academia de Medicina reconocía los siguientes hechos.

1.º El clima de las montañas poco elevadas, es corroborante, porque en este caso, la densidad media del ácido carbónico de la circulacion disminuye.

2.º Las grandes alturas, ó sean las que poseen 2.000 metros de elevacion, producen efecto contrario, porque la depresion del aire ejerce influencia nociva sobre la densidad del oxígeno, alterando la fuerza que une á este gas con los glóbulos.

Inútil es añadir que para obtener estos resultados, tuvo presente el autor no sólo el temperamento, sino tambien los climas, los efectos, tanto del tiempo como del hábito.

Estas tan notables conclusiones, no pudieron hallar partidarios entre los fisiólogos de la época en que se hicieron; mas no por eso dejaban de ser la expresion de la verdad, y para gloria suya ha visto M. Jourdanet que desde 1868 vienen siendo confirmadas sus doctrinas por los importantes trabajos del profesor P. Bert, de cuyos experimentos nos es imposible ocuparnos en este lugar por falta de espacio, debiéndonos, por consiguiente, contentar con hacer una breve reseña de sus principales resultados.

En primer lugar, pues, sometió á varios animales al aire encerrado bajo diversos grados de presion, llegando á constatar que la resistencia de estos animales variaba con la densidad atmosférica ambiente y que los animales morían cuando el oxígeno quedaba reducido á 4 centésimos bajo la presion 76.

Otros muchos experimentos, repetidas veces verificados, llegaron algo despues á demostrarle que la facultad de los animales para apropiarse el oxígeno disminuye con la presion exterior; y, queriendo despues confirmar sus primeros resul-

tados con experimentos de otro orden, analizó M. Bert la sangre con objeto de apreciar la variabilidad de su oxigenación, cuando se la sujeta á diversas presiones.

Para evitar los errores, de que es fácil darse cuenta, el hábil profesor arregló las cosas de manera que pudo operar sobre el mismo animal, y dado este primer paso, sometía sucesivamente al animal en cuestion á presiones diferentes, le extraía cierta cantidad de sangre á cada una de las presiones á que se le sujetaba y procedía de seguida al correspondiente análisis, pudiendo así convencerse de que la oxigenación de la sangre está en relacion con la presión ambiente.

Como nuestros lectores, desde luego, quizás echarán de ver, este último resultado difiere mucho del obtenido por el célebre Magnus, el cual probó que el oxígeno no abandona la sangre sino despues de esfuerzos neumáticos muy próximos al vacío absoluto; mas téngase en cuenta, que habiendo monsieur Bert querido cerciorarse del experimento del sabio anterior, halló, en efecto, que la sangre, en el vacío casi absoluto, puede disolver una cantidad de oxígeno, no solamente igual, sino tambien superior á la cantidad que existe normalmente en este líquido, siendo sólo necesario en este caso, que la sangre esté sometida á una agitación tal que no puede ser producida por la fuerza del hombre, debiendo por lo tanto echarse mano de aparatos especiales.

De todo esto pudo deducir M. Bert, que si el corazón y los pulmones pudieran verificar semejantes ejercicios gimnásticos, no sería dudoso que el hombre podría impunemente vivir en todas las alturas por elevadas que fuesen. Y como es evidente que la sangre de los animales jamás se halla en las condiciones ántes mencionadas, debemos deducir á nuestra vez, que los experimentos de Magnus no son suficientes, ni mucho ménos, para debilitar la consecuencia sacada del resultado obtenido de las experiencias sobre animales vivos, quedando por ende bien demostrado que la oxigenación de la sangre está en relacion con la presión barométrica.

Hemos dicho que á la presión 76 los animales sometidos al aire confinado morían cuando el oxígeno quedaba reducido á 4 céntimos, en lo cual había motivos para buscar con segu-

ridad el papel que el ácido carbónico podía desempeñar en ocasiones análogas.

M. Claude Bernard había ya anteriormente demostrado que los animales confinados en una atmósfera sobreoxigenada morían víctimas del ácido carbónico producido por el solo fenómeno de la respiración. Pues bien, queriendo M. Bert llevar más adelante las investigaciones de dicho sabio, se dedicó á estudiar la tensión exterior de este gas en que tan ciertamente se origina la muerte, y encontró que la muerte tenía lugar cuando el ácido carbónico poseía en el recipiente 26 ó 28 centésimas de su densidad normal bajo la presión barométrica de 76 centímetros.

No contento con este último resultado M. Bert, siguió adelante en su gloriosa tarea y se dedicó á determinar los efectos del aire comprimido sobre los animales bajo el punto de vista de la dosis de gas contenido en la sangre arterial, siendo tan curiosos los efectos de sus experimentos como inesperados.

En efecto, llegó á comprobarse que si es fácil obrar por depresión sobre la combinación gaseosa de la hemoglobina, es decir, extraer de la sangre los gases que contiene en disolución, es muy difícil concentrar en ella por compresión una cantidad de estos gases mayor que la cantidad normal, porque la misma naturaleza se opone casi absolutamente á esta concentración, siendo muy de alabar Dios porque así suceda, puesto que en estos mismos experimentos de que vamos tratando, se ha comprobado que el oxígeno puro comprimido y respirado por los animales á cuatro atmósferas no tarda en acarrear accidentes totalmente comparables á los que resultan del envenenamiento por tósigos violentos.

No se crea que para lo que acabamos de anunciar es necesario que el oxígeno esté en toda su pureza, sino que el mismo aire atmosférico comprimido hasta veinte atmósferas produce los mismos efectos, porque su oxígeno, según anteriormente lo hemos hecho notar, ha adquirido la misma densidad que tendría si estuviese aislado, á una presión cinco veces ménos fuerte, es decir, á cuatro atmósferas.

No pára aquí todo, sino que contrariamente á lo que se tenía, por decirlo así, derecho á esperar, el oxígeno, el ele-

mento comburente, á cuatro atmósferas de presión produce un descenso notable en la temperatura interior de los animales que lo respiran.

En fin, habiendo M. Bert sometido varios animales á una presión de ocho atmósferas, notó que pueden caer en estado de completa paraplegia, y aún morir si se restablece de repente la presión normal.

Recogiendo inmediatamente después de la muerte la sangre de estos animales, y sujetándola después á escrupuloso análisis, da gran cantidad de ázoe en estado libre, y una pequeña cantidad de ácido carbónico.

Este ázoe, disuelto primeramente en la sangre por efecto de exagerada presión, y puesto de seguida en libertad por una súbita depresión, este ázoe, decimos, es el que causa la muerte, obstruyendo los pequeños vasos arteriales en que la sangre no puede circular.

Como se ve, estos hechos son de importancia capital, y nunca podrá apreciárselos lo bastante, sobre todo en nuestros días, cuando las necesidades de la industria obligan á gran número de obreros á vivir en medio de atmósferas más ó ménos comprimidas.

Tales son los principales resultados obtenidos por M. P. Bert y en los que ve M. Jourdanet la confirmación de aquellos á que se ha visto conducido por sus propias observaciones; [mas como nuestro fin, al escribir estas líneas ha sido solamente exponer las leyes generales según las cuales ejerce la presión atmosférica su influencia sobre la vida, no entraremos en el análisis detallado de los numerosos capítulos consagrados por M. Jourdanet al estudio de esta influencia bajo el punto de vista de la variedad casi infinita de sus manifestaciones, contentándonos tan sólo con decir que en ella ha encontrado la explicación de los fenómenos particulares á las alturas y relativos á la salud y enfermedad de sus habitantes.

Así, pues, apoyándose en las observaciones de célebres viajeros que en diferentes tiempos han verificado su ascensión á las grandes elevaciones de las montañas del antiguo y nuevo continente, ha llegado nuestro autor á definir y explicar lo

que se conoce con el nombre de vértigo de las montañas.

Esta enfermedad que es el mayor entre los accidentes producidos en el organismo por la rarefaccion del aire, no es más que la consecuencia de una desoxigenacion de la sangre, de una aceleracion de la circulacion y de un descenso de temperatura interior del que la experimenta.

Los síntomas del vértigo no desaparecen por completo por la aclimatacion, y por esto los hallamos muy marcados en los habitantes de las alturas entre los cuales, en efecto, jamás queda compensada la rarefaccion del aire por el número de inspiraciones que verifican en la respiracion.

Esta es una verdad evidente y que ha sido demostrada muy en especial en Méjico, donde, tanto M. Lehmann como el Dr. Coctet, han hecho experimentos sobre la cantidad de ácido carbónico exhalado por los habitantes de diferentes niveles, deduciendo de sus experimentos que en las alturas disminuye la respiracion.

La estadística ha permitido asimismo apreciar la influencia de los lugares elevados, así que, en Méjico, por ejemplo, se ha probado que la progresion de los hombres ha sido ménos considerable en la alta meseta que en las elevaciones de menor consideracion.

Tambien demuestra bien á las claras la estadística la lentitud con que progresan las poblaciones de la América Meridional, y aún hay que notar que esta progresion milita tan solamente en favor de ciertas razas más privilegiadas que las demas.

En efecto, miéntras que todas las razas puras, blanca, india y negra se hallan en notabilísima decadencia, las razas mestizas resisten y se desarrollan en proporcion de un 10 por 100 por año.

Los viajeros que han tenido ocasion de visitar el Tibet han recogido tambien en aquellos países las pruebas de la decadencia de los pueblos que los habitan.

Además, esta influencia de las alturas no sólo se ejerce sobre el cuerpo, sino tambien sobre la inteligencia, puesto que pudiendo en el caso en cuestion ser viva y pronta, aunque se aplica á cosas superficiales, es ménos apta para aplicarse á estudios serios y prolongados.

Tambien M. Jourdanet se ha consagrado á hacer detenido estudio sobre las diferentes formas en que se presenta la anemia barométrica ó anoxyhemia de que arriba hemos hablado, deduciendo que estas formas son cuatro en número, á saber: la anoxyhemia anémica, por disminucion de la masa sanguínea; la anoxyhemia vertiginosa, por la accion más manifiesta sobre los centros nerviosos; la anoxyhemia hypocondríaca; en fin, la anoxyhemia dyspéptica por la accion más directa sobre las funciones del sistema de la digestion.

Llama el autor anoxyhemia anémica al estado del sujeto que, bajo la influencia de lánguida oxigenacion, de evaporacion excesiva por sequedad y ligereza del aire, llega á no poseer en todo el conjunto de sus respectivos vasos la cantidad total de líquido que constituye su masa normal.

M. Jourdanet ha podido convencerse que esta manera de ser es muy comun en las localidades mejicanas que se hallan á más de 2.000 metros de elevacion, y aunque no es fácil dar muchas pruebas directas del anterior aserto, parece que su verdad se destaca muy claramente de un conjunto de consideraciones que parecen ufanarse por proclamarla de la manera más convincente.

Y en realidad de verdad, la pobreza del sistema circulatorio periférico es fenómeno que asalta desde luego á la vista de la manera más sensible; la piel seca y pálida raras veces se presenta surcada por las venas subcutáneas, en los mismos ancianos; miéntras que en los que habitan zonas inferiores en elevacion, los trayectos venosos se dibujan desmesuradamente, sobre todo en la piel de las manos; las alturas extinguen de tal modo estas protuberancias que no se las encuentra sino muy raras veces; la radial presenta casi siempre un pulso débil; los conductos circulatorios presentan frecuentemente exagerada tendencia, sobre todo en la region de los piés, á disminuir en calibre; de donde no es raro que algunas veces se llegue á la deplorable consecuencia de un doloroso enfriamiento con síntomas de gangrena por asfixia local, como no raras veces pudo constatarlo nuestro autor en sujetos á quienes se veía obligado á aconsejar la bajada á climas más cálidos de comarcas inferiores en altura á aquellas que

habitaban, en las cuales la accion compleja del calor, la humedad, y una oxigenacion mejor traía con harta presteza el apetecido restablecimiento que les permitía volver sanos al seno de sus familias, y sin estar sujetos, por lo comun, á accidentes ulteriores.

La forma vertiginosa de la anoxyhemia afecta síntomas más vulgarmente aprehensibles y más conocidos que aquellos de que acabamos de hablar.

Por otra parte, el vértigo es muy frecuente en las cimas del Anahuac, como fenómeno aislado y fugaz, y, segun M. Jourdanet, no es tampoco raro hallarlo con marcha mórbida regular de tipo crónico.

No se conocían ejemplos de esta enfermedad que comprobasen su marcha aguda; pero nuestro autor cita uno que muestra, que si estos ejemplos no son comunes, son por el contrario muy sorprendentes por el aspecto de gravedad que afectan.

El vértigo agudo es completamente comparable á los accidentes de los viajes por las montañas, y sobre todo al mareo, y el ejemplo á que acabamos de referirnos muestra que no existe en el acceso estímulo alguno sobre el cerebro.

La causa predispositiva del mal parece residir en la incompleta ventilacion de la sangre del enfermo, así como la causa determinante en un estado pasajero de congestion del sistema de circulacion portal ó de la vena porta.

En cuanto á la forma hypocondríaca de la anoxyhemia debemos decir que en su marcha no ofrece originalidad alguna que pueda distinguirla de las hypocondrias de otros países.

A propósito de la forma dyspéptica, constata M. Jourdanet que las afecciones gastro-intestinales son en extremo comunes en Méjico.

En efecto, en las zonas completamente inferiores presentan dichas afecciones caracteres muy marcados de inflamacion; en los niveles menos bajos, pero aún muy calientes, colocados entre 600 y 1.200 metros afectan más frecuentemente el tipo disentérico; en las mesetas, su marcha varía mucho y disimula los pasos que da sobre el paciente, y no manifestándose nunca con franqueza sus caracteres, tiene comienzos

insidiosos y sus reacciones son tan débiles que no se las puede tener en cuenta en las consideraciones prácticas.

A una altura inferior á 1.200 metros todos los temperamentos pueden ser atacados por la dolencia de que vamos tratando, empero de antemano podemos asegurar que los individuos más fuertes y robustos son los que presentan los casos más peligrosos.

Hácia 2.000 metros, por el contrario, los ligeros desarreglos de las vías digestivas son muy comunes entre los individuos ordinariamente débiles y entre ellos es donde vemos con mayor frecuencia accidentes de mayor seriedad.

Algunos autores pretenden explicar esta forma de anoxymia por los vicios vergonzosos, por la embriaguez y alimentación insuficiente de los mejicanos; pero el autor de la obra que nos guía en este artículo, no tiene dificultad alguna en afirmar que nada es ménos cierto, y que semejante opinion es de todo punto inadmisibile.

Para él, en efecto, la dyspepsia no es más que uno de los signos de esa anemia general que ya hemos visto existe entre los habitantes de las alturas, imprimiendo á la dolencia fisonomía especial y el más deplorable curso.

Es evidente, á la verdad, que los jugos digestivos, empobrecidos por la existencia de la anemia, elaboran mal las sustancias alimenticias y las preparan muy imperfectamente para la asimilacion, donde por una parte son inhábiles los alimentos para reparar las fuerzas, y pasando, por otra, al intestino en estado incompleto de quimificacion, se convierten en causa de irritacion, de desórdenes funcionales y de diarrea.

Entrando de seguida en la cuestion de la inmunidad de las alturas, con respecto á la tisis pulmonar, recuerda el Dr. Jourdanet que en otras ocasiones había ya hecho los mayores esfuerzos para demostrar, no sólo que la tisis es muy rara en la meseta de Anahuac, sino tambien que su ausencia está allí en relacion con las condiciones fisiológicas de que la disminucion en el peso del aire es causa natural.

Y á la verdad, desde 1861 había deducido nuestro sabio que sin ninguna manera de duda debía acontecer lo mismo en todos los países colocados á más de 2.000 metros de altura,

de suerte que las observaciones hechas en Méjico le han permitido posteriormente constatar las cuatro verdades contenidas en los siguientes números:

1.º Hablando en general, la tísis es enfermedad difícil de darse en Méjico.

2.º Esta enfermedad es casi nula en las clases acomodadas de la poblacion.

3.º La afeccion adquirida en lugares ménos favorecidos toma en las alturas de Méjico marcha más lenta y algunas veces desaparece por completo.

4.º Las predisposiciones á esta enfermedad provenientes de las localidades más bajas y de la diversidad de condiciones individuales, se extinguen generalmente en las alturas de Anahuac.

M. Jourdanet añade que la práctica hace más y más evidentes cada dia estas verdades.

Ahora bien, á los que pudieran extrañarse que, á propósito de la constitucion patológica de las estaciones elevadas, se haga figurar á la tísis al lado de la anoxyhemia, el autor responde que la tísis es opuesta á la chlorosis, y que léjos de considerar las dos enfermedades como dándose mutuo apoyo, deben ser señaladas en un mismo estudio como hábiles para que una sea curada por la otra.

En efecto, si atentamente se consideran los fenómenos respiratorios que presentan los anémicos y tuberculosos, desde luego se echará de ver que en la anemia las combustiones orgánicas nitrogenadas son disminuidas de un modo muy sensible, mientras que siempre reciben aumento en los tísicos.

Por esto hace observar M. Jourdanet que en los anémicos el análisis del aire espirado señala igualdad casi completa entre el ácido carbónico producido y el oxígeno que desaparece.

En este caso, pues, la combustion vital no tiene más pábulo que el carbono, mientras que por el contrario, en los tísicos, el análisis del aire espirado muestra que las combustiones respiratorias ejercen superabundantemente su accion sobre los elementos nitrogenados del organismo, porque frecuentemente es considerable la diferencia entre el ácido carbónico producido y el oxígeno que desaparece.

Ante estos hechos hay por fuerza que admitir que en la naturaleza de los tísicos está emplear el oxígeno que respiran en consumirse más de lo que calcularse puede, mientras que los anémicos de las alturas no se quemán, permítasenos la frase, á sí mismos, más que en proporciones subfisiológicas.

Cosa muy natural es, pues, creer que las atmósferas rarificadas convienen á los tuberculosos por el solo hecho de que su acción subrespiratoria no puede ménos de poner en justo equilibrio el exceso de oxígeno consumido por estos enfermos. «El día en que podais hacer llegar, dice M. Jourdanet, á una vasta habitacion una corriente de aire que sin treguas ni descanso mantenga una atmósfera empobrecida en un tercio de su oxígeno, habreis curado la cuarta parte de los enfermos del pecho.»

En cuanto á la fiebre amarilla, que tantos estragos hace en los países bajos y húmedos, sabemos que no envía sus fatales gérmenes á las alturas; pero M. Jourdanet hace constar que en Méjico los que ya han sido atacados en la costa y ven desarrollarse su enfermedad cuando suben á las alturas, mueren casi siempre víctimas de su mal.

Para comprobar esta asercion, cuenta el autor la historia de la enfermedad de muchas personas por él asistidas, pero que no pudieron ser arrancadas de los brazos de la inexorable muerte.

Sin embargo, si la fiebre amarilla deja incontaminadas las alturas, no puede decirse otro tanto de esa otra horrible enfermedad, el tífus, que ataca tanto á los extranjeros como á los naturales del Anahuac, debiendo atribuir asimismo la falta á condiciones barométricas ya creadas en las regiones colocadas á 2.000 metros de altura, como lo prueba M. Jourdanet comparando el tífus del Anahuac con los tífus europeos, y observando que el tífus de aquella meseta no se ensaña en la costa, y que reina tanto donde las aglomeraciones de individuos, la suciedad y mala alimentacion le escombran el camino, como donde condiciones enteramente contrarias debieran atajar sus pasos.

Al lado del tífus se hallan, por desgracia, otras plagas que fatalmente aumentan el número de las víctimas.

Las enfermedades inflamatorias de carácter agudo son muy frecuentes en Anahuac y las neumonías son tan graves como las enfermedades de la infancia.

A propósito de las congestiones de que es susceptible el hígado en las alturas de elevado nivel á causa de la debilidad de la presión atmosférica, M. Jourdanet no encontró mejor medio para demostrar sus graves consecuencias que contar la historia de la enfermedad y muerte de Víctor Jacquemont, aprovechando, por consiguiente, la ocasión de rendir homenaje á la memoria de este jóven é interesante mártir de la ciencia.

Ya había Jacquemont viajado mucho, había salvado muchas cadenas de montañas sin que su salud hubiese sufrido cosa alguna en realidad. Mas un día, al atravesar los desiertos bosques de Kedar-Kanta fué de repente presa de los más violentos dolores que parecían arrancarle las entrañas. M. Jourdanet atribuye estos dolores al comienzo de una congestión hepática ocasionada por la altura en que se hallaba el malogrado jóven que nunca jamás pudo restablecerse, y nos parece difícil hallar otra causa verdaderamente racional del accidente en cuestión.

No es este el único ejemplo que se ha ofrecido á nuestro autor, sino que tuvo ocasión de asentar en sus memorias otros muchos.

En efecto, «con esta violencia, dice, he visto muchas veces ensañarse contra el paciente los dolores que acompañan á la primera congestión que sufre el hígado. No siempre tenían estos dolores, por asiento el hipocondrio, sino que de mejor grado se extendían por todo el abdómen, algunas veces por el pecho y frecuentemente por la región dorsal, sin que el hígado acusase al aplicar la mano sufrimiento bien determinado. Y notad bien, añade, que durante los cinco años que ejecutamos nuestras prácticas en la costa del golfo de Méjico jamás tuvimos ocasión de observar tal suerte de accidentes. Sólo en Méjico á una altura superior á 2.000 metros es donde hemos hallado los fatales fenómenos que no sin dolor recordamos en estas líneas.»

Los mismos escritos en que Víctor Jacquemont ha dejado

consignada la marcha de la enfermedad que lo condujo al sepulcro son los que proporcionan á M. Jourdanet la prueba de las verdades que expone.

Los primeros dolores de Jacquemont no duraron mucho, pero el mal conservó á la sordina su naturaleza congestiva; sin ofrecer, sin embargo, por largo tiempo, síntoma alguno de algun otro desórden. Con todo, los ataques subinflamatorios fueron insensiblemente consecuencia inmediata de aquéllos, y la disentería, ayudando un trabajo mórbido más franco, hizo nacer la ocasion del acceso que prontamente acarrió la muerte.

M. Jourdanet llega en este punto á la parte consagrada en su trabajo al estudio de los climas de las montañas, es decir, al estudio de las condiciones referentes á las alturas moderadas é inferiores, por consiguiente, á las hasta ahora estudiadas.

Con ocasion de estas pequeñas alturas hace ver que la alteracion climatérica de la respiracion con las consecuencias que acarrea, no ocupa puesto dominante; y hace notar, por el contrario, que las alturas moderadas pueden tal vez ejercer influencia favorable sobre la salud de los que en ellas habitan.

Ya hemos hecho conocer el principal motivo, en virtud del cual es fundada la creencia en la accion vivificante del aire de las montañas; pero no hay que entregarse á él con confianza ilimitada, puesto que hay que tener en cuenta una porcion de condiciones dependientes de la latitud, la exposicion de la montaña, la ventilacion, etc.

Lo que en Europa es una verdad, es decir, la influencia favorable que ejercen sobre los que las habitan nuestras pequeñas cordilleras, no existe en todas partes, como por ejemplo, en los montes poco elevados de Méjico; porque en estas regiones, inferiores en altura á la que corresponde á 900 metros, miéntras que por su excesiva proximidad cierran y embarazan sobremanera los profundos valles enormes masas, la prolongada ausencia del sol, así como la gran humedad, eternizan las más deplorables condiciones de higiene, cuyos tristes efectos se marcan en los rostros de sus infelices moradores.

En nuestras regiones europeas, esta altura de 900 metros es

de todo punto innecesaria y áun sería excesiva; pero á niveles moderados ¿puede acaso decírsenos si el aire vivificante de las montañas nos daría derecho á esperar ver reflejarse la salud en los sencillos montañeses?

El más atento exámen ha permitido á M. Jourdanet establecer que en general no se encuentra ningun argumento que pueda justificar la creencia en tal aire vivificador.

La influencia de la montaña, sobre todo, se hace sentir en los extranjeros, en los recién llegados; pero dista mucho de ejercerse de igual manera en los naturales.

Esta influencia ofrece, además, numerosas variedades, y M. Jourdanet nos la presenta en relacion con los niveles; y del estudio por él hecho sobre la marcha de las enfermedades en estos diferentes niveles, resulta que la accion de la montaña es muy irregular.

Los lugares más pintorescos, donde la montaña se presenta con formas más seductoras, son precisamente los que ejercen sobre el hombre accion ménos favorable.

Por último, en la postrera parte de su obra, el Dr. Jourdanet trata de los cambios barométricos, y entre otras cosas pasa revista á la accion de los movimientos barométricos de la atmósfera sobre la salud, á la influencia de los cambios barométricos por el descenso de la cumbre al llano, etc.

Termina la obra por un apéndice que contiene, en resumen, los principales efectos fisiológicos debidos á las variaciones en la presion del aire, y por una serie de notas que el autor añade á su trabajo como documentos suplementarios.

EUGENIO YUNG.





EL FETICHISMO

DISCURSOS PRONUNCIADOS EN WESTMINSTER

POR EL PROFESOR

F. MAX MÜLLER.

DISCURSO PRIMERO.

(Continuacion.)



EMOS entrado plenamente en las dificultades inherentes al estudio de las religiones de las tribus salvajes, y demostrado con cuánta cautela debe procederse á la admision de esta ó aquella descripcion de las prácticas religiosas de un pueblo. No ménos cuidado debe ponerse en aventurar, fundados en la escasa evidencia que hoy dia podemos obtener en la materia, prolijas teorías sobre la naturaleza y origen de la religion en general.

Creemos será muy difícil hacer desaparecer de los libros de historia, que hoy dia andan en manos de la juventud, la idea de un fetichismo primitivo y universal. En verdad que cada una de estas teorías debiera tenerse por una especie de fetiche científico, nacido, como todos los fetiches, de la ignorancia y la supersticion.

Queremos que nadie eche á mala parte lo que vamos á decir.

Dejando á un lado la cuestion de si la adoracion de los fetiches se halla esparcida entre todos los negros del África Occidental y varias otras tribus salvajes, vamos á ver primero si en todas las religiones se presenta algun tinte de lo que llamamos fetichismo, y luégo demostraremos que no existe religion alguna compuesta exclusivamente del fetichismo.

A algunos, y á nosotros los primeros, parecerá extraño y áun absurdo lo que hemos dicho querer hacer ver en primer lugar, por la razon sencilla de que la pureza de ciertas religiones parece arrojar de sí el feo calificativo de *fetichistas*; pero si la palabra *fetich* se sustituye con la de *símbolo* ó *emblemã*, voces que pueden muy bien sustituir á aquélla, si no en casos en que De Brosses y sus partidarios la usan, al ménos en muchísimos de ellos, en tal caso creemos que no habrá gran dificultad en admitir un hecho que desde luégo se presenta á cuantos detenidamente se consagran al estudio de las religiones, á saber: que es casi imposible exista ninguna religion, inclusa nuestra religion nacional inglesa, en la que no existan ciertos rasgos de fetichismo.

Todo signo externo, todo instrumento relacionado con la adoracion del Sér Supremo, puede con el tiempo convertirse en un fetich, desde el momento en que cae en olvido su primitiva significacion.

Desde el momento en que empezamos á venerar un altar, un vaso sagrado, las reliquias de un santo, las piedras ó los árboles, las pinturas, los estandartes ó los libros, no por la participacion que en cierto modo encierran de la divinidad, sino por sí mismos y atendiendo á su intrínseca virtud, merecemos con toda verdad el nombre de fetichistas.

No hay duda alguna que si un negro tuviese noticia de los muchos que entre nosotros suelen procurar no les falte del bolsillo una moneda antigua y determinada, porque con ella nunca les faltará dinero; de las jóvenes que aprecian mucho ciertas piedras preciosas, porque acarrean la dicha á la que la posee; ó de la costumbre en algunos países introducida de colocar en los aposentos en tiempo de Navidad ramos de

muérdago, no hay duda alguna, repetimos, que los negros mirarían todos estos actos como adoracion prestada á los *gru-grus* ó fetiches.

Mas en definitiva, ¿qué es lo que pretendemos obtener de aplicar á tantos y tan heterogéneos objetos el nombre de fetiches?

De Brosses, al hablar de fetiches, aseguró podérselos encontrar, no sólo en África, sino entre los Pielas Rojas, entre los Polinesios, y entre los habitantes del Norte del Asia, opinion que despues se ha visto confirmada por todos los que han visitado las diversas partes del globo, en cuyos ángulos, aún los más recónditos, aseguran hallarse vestigios de la adoracion de los fetiches.

Nosotros, que sin decirlo por modestia, somos los últimos de cuantos discurren acerca de estas materias, estamos muy léjos de negar el verdadero mérito científico y los sólidos motivos que asisten á cuantos por todas partes pretenden ver semejanzas que reduzcan á la unidad el universo.

Sería inútil negar que el espíritu de comparacion tiene hoy verdadera y general importancia, y que á él se deben atribuir no pocos de los brillantes y sorprendentes triunfos de los tiempos modernos. Mas á su vez es certísimo que la comparacion, si ha de ser provechosa, debe ir acompañada de la distincion, so pena de caer en la peligrosísima manía, no há mucho tan general, de tener por *piedra-altar* ó *trilito* todo conjunto de piedras verticalmente colocadas, de suerte que unas se apoyen sobre las otras, ó de mirar como un *dólmen* cualquier peñasco que en su parte superior se presente horadado, por más que natural y sencillamente puedan explicarse tales fenómenos.

Todos nuestros oyentes tendrán indudablemente conocimiento de la agitacion que recientemente se produjo en toda Alemania, y aún en Inglaterra, con ocasion del tema: «Adoracion de los árboles» y «Adoracion de las serpientes.» Nada más útil para el estudio de las religiones primitivas que la reunion de una coleccion variada y abundante de hechos análogos á los que en tales discusiones se citaban; mas téngase muy en cuenta que esas narraciones entónces únicamente

principiarán á producir algun resultado esencialmente científico, cuando al exponerlas se nos haga ver cómo bajo su aparente semejanza encierran la más completa diversidad de origen.

La filología comparada debe sugerirnos igual manera de pensar.

Es cierto que toda tribu, por degradada que esté, y toda raza, por salvaje que se halle, posee su gramática; pero si forzando el sentido de toda nuestra terminología gramatical, nos empeñamos en hacer ver que todos los idiomas poseen nuestros nominativos, nuestros acusativos, nuestros verbos activos y pasivos, nuestros gerundios y supinos, en tal caso nos olvidamos de la primera enseñanza que del estudio comparativo de las lenguas debemos deducir, y es que un mismo objeto ha podido realizarse, y efectivamente se realizó, en mil lenguajes diversos, de mil maneras distintas.

A este propósito, nada más oportuno que aquel antiguo efato latino: *Si duo dicunt idem, non est idem*. «Si dos personas expresan un mismo objeto, el objeto no es uno mismo.»

Si efectivamente el fetichismo se extiende á todo el universo, el hecho sería grandemente instructivo y curioso; debemos empero tener en cuenta, que miéntras no adquiramos plena evidencia de su existencia, es imposible revista carácter verdaderamente científico.

El gran problema cuya solución hoy más importa, es definir el modo con que un fetiche logró llegar á serlo; y tan pronto como este punto se halle dilucidado, será fácil comprender, que si bien el fetichismo aparenta ser el mismo en todos los países, en realidad ofrece antecedentes muy diversos en todos los puntos del globo.

No hay fetiche al que no envuelvan, en las tinieblas de los tiempos, antecedentes característicos, consistiendo especialmente el interés científico de esta cuestión en el exámen y conocimiento de los respectivos antecedentes.

Consideremos, siquiera sea brevemente, las formas más comunes que ha solido afectar el fetichismo, y bien pronto echaremos de ver que son muy diversas las fuentes de donde aquéllas han podido dimanar.

En nuestra humilde opinion, el guardar los huesos y cenizas de una persona querida, el conservar en un guardapelo los cabellos de un amigo ausente, á la vista del cual nos ponemos á hablar con él como si lo tuviéramos presente, exhalando, cual muchos hacen, amargos gemidos por hallarnos privados de su material presencia, debiera, á seguir las ideas hoy reinantes, llamarse verdadero fetichismo.

Y puesto que ya hemos entrado de lleno en la explicacion de lo que á nuestros ojos es fetichismo, fetichismo debe llamarse el respeto y entusiasmo que á los soldados suele infundir, al entrar en batalla, ver una espada antiguamente manejada por ilustres guerreros, una bandera que condujo á sus mayores al triunfo, un miserable madero labrado en forma de cetro, ó una gran calabaza, con que, para aturdir y animar, sustituyen los bárbaros nuestros tambores.

Fetichismo sería tambien el bendecir las armas y banderas, el invocar el favor de los que esforzadamente las manejaron en los tiempos pasados, no de otra manera que si aún vivieran y nos pudieran ayudar; y si derrotados los soldados rompen sobre las rodillas las espadas, hacen las banderas girones ó tiran por el suelo las insignias, ¿quién duda que toda esta venganza tomada sobre seres insensibles, y los diálogos internos que tales actos suponen, envuelven caracteres de fetichismo?

El mismo Napoleon ¿no incurriría en la nota de fetichista, segun la opinion que impugnamos, cuando al dirigirse á sus soldados en presencia de las pirámides de Egipto: «Soldados, les dice, desde la cúspide de esos monumentos os contemplan cien generaciones?»

Jamás nos convenceremos lo bastante de lo necesario que es, no ya saber las antiguas costumbres de los salvajes, cuanto entenderlos á perfeccion. Pudo muy bien suceder que la veneracion prestada á tal ó cual tronco, á tal ó cual piedra, naciese de que los citados objetos fueron en un principio altares en que se ofreciesen á la divinidad sacrificios, tronos desde los que los jefes de las tribus administraban á la muchedumbre justicia (1), señales que dijese á los pasajeros haber

(1) Paus. I, 28, 5.

tenido en los sitios contiguos grandes batallas ú horrorosas matanzas (1).

Otra de las causas probables que indujeron á los salvajes á venerar sus fetiches, pudo ser el haberlos sus mayores dedicado á servir de límites entre las posesiones y tierras de las diversas tribus fronterizas ó el significar su existencia la presencia de restos mortales pertenecientes á reyes ó capitanes valerosos.

Además, existiendo en el mundo físico unas piedras que se presten á la fabricacion de armas, otras muy á propósito para afilar los instrumentos, no pocas que debieron, como los *jades* encontrados en los lagos de Suiza, ser transportadas de muy grandes distancias para que representasen vínculos de bienes inmuebles, y teniendo de vez en cuando lugar la caída de piedras meteóricas desde la atmósfera á la tierra, ¿hay cosa más natural que mostrar los pueblos sencillos, tanto antiguos como modernos, hácia estas piedras cierta reverencia? ¿Y de aquí se puede deducir que dichos pueblos sean fetichistas?

Hay veces en que el tributar á una mera piedra profunda adoracion, cual si se tratase de la imágen de un Dios, debemos considerarlo como fruto de un poder de generalizar y abstraer, tan intenso como el que pudiera excitar la presencia de la más hermosa estatua de Fidias; y veces hay, al contrario, en que el culto de que es objeto cualquier tosco peñon, que ligeramente retraiga las formas humanas, habremos de juzgarlo síntesis del inmenso atraso religioso de un pueblo.

De llamar ligeramente fetichismo cualquiera de las acciones citadas, y otras muchísimas que pudiéramos añadir, resultaría que deberíamos llamar fetiche aquella famosa piedra sobre la cual se sientan los reyes de Inglaterra al coronarse, no habiéndose en la coronacion de la reina Victoria repetido más que uno de los ritos fetichistas de los antiguos anglo-sajones, ¡Vean adónde lógicamente conducen las ideas exageradas!

A tal punto ha llegado en esta materia la exageracion, que cuantos hoy dia viajan por el África se entretienen en inqui-

(1) Paus., VIII, 13, 3; X, 5, 4.

rir curiosamente de los indígenas sobre si efectivamente creen en los *fetiches*, ignorando los imprudentes que los pobres negros, ya sean hotentotes, ya papuas, ni aún remotas ideas poseen de lo que tal término significa.

Las palabras con que los africanos expresan lo que nosotros llamamos *fetiché*, son *gri-gri*, *gru-gru*, y *ju-ju*, voces que por ventura se refieren á objetos idénticos (1), por más que hasta el día no lo sepamos de cierto.

Para que se vea la deplorable confusion é ignorancia que sobre el fetichismo reina todavía, referiremos una anécdota en la cual aparece un pobre negro dando muy buena lección al civilizado europeo que le examinaba.

«Un hotentote, fetichista como todos los suyos, se dirigía hacia un árbol llevando ofrendas consistentes en alimentos y carnes. Algunos europeos que le vieron, marchando tras él, le preguntaron si creía que el árbol pudiera comer.—No, replicó el africano. El árbol no es el fetiché, sino un espíritu invisible que baja y tiene su morada sobre esas ramas. Ese espíritu no devora los alimentos que le ofrezco, sino que prescinde de ellos para recrearse mucho en la espiritual ofrenda que le traigo escondida detras de la material (2).»

Alguno dirá que esta historia encierra demasiada filosofía para ser verdadera, y nosotros le remitiremos á Halleur, que con su autoridad la defiende. De todos modos, la narracion citada envuelve una reprension poderosa de nuestra habitual manera de interpretar mediante un mismo criterio los sacrificios de los pueblos llamados salvajes, y una terrible invectiva contra la facilidad en admitir palabras técnicas tan mal escogidas y tan imperfectamente definidas como la palabra fetichismo.

(1) Waitz, II, p. 175. Segun F. Schultze los negros tomaron esta palabra de los portugueses.

Bastian hace notar que los negros occidentales del África usan de las voces *euquizi* y *mokisto* como expresivos de *fetiché*. (Bastian, *St. Salvador*, págs. 81, 254.)

(2) *Das Leben der Neger West-Africa*, 5, p. 40.

Véase á Waitz, vol. I, p. 188, y á Tylor en la obra *Primitive Culture*, II, 197.

La confusión, en lo que mira al fetichismo, ha subido de punto después que muchos viajeros, empapados en la acepción más moderna de la palabra fetiche, y acérrimos partidarios de ella, han dado en defenderla como sinónimo del vocablo Dios, teoría que defienden exponiendo en una especie de jerga, que les he propia, las historias y cuentos de las razas salvajes, entre las cuales vivieron por algún tiempo. Entre todos merece ser oído Bastian. Oigámosle:

«Según los indígenas, Bamba, el gran fetiche, pasa la vida en los árboles, siendo imposible lo alcance á ver ningún ojo humano. Al morir deja huevos que los sacerdotes recogen con indecible cuidado para más tarde empollarlos y sacar de ellos nuevos fetiches, alimentados por cuenta de los ministros sagrados hasta que adquiera la carne y sangre necesaria.»

Débase advertir que las voces «gran fetiche» se toman aquí en el sentido que Comte les atribuye, á saber, como sinónimos de divinidad, no de mero y simple fetiche. Pues bien, un fetiche que pasa la vida en los árboles sin que pueda de nadie ser visto, resulta enteramente contrario al *feitiço* al *gru-grus*, y cualesquiera otros seres, que por más que en los nombres difieran, siempre convienen en ser objetos materiales y visibles, cual convenía fuesen los que no sólo los indígenas del África, pero aún los hombres todos del mundo adoraron durante ciertas fases de su conciencia y movimiento religioso.

Por más que todavía no conozcamos sino muy imperfectamente la religion de los negros, somos de parecer, fundados en lo que se ha podido observar doquiera que ha habido oportunidad de tratar de cerca á alguna tribu salvaje, siquiera fuese de la más atrasada en sentimientos religiosos, que aún no se ha encontrado raza alguna que en punto á religion no vaya más allá de lo que comunmente se llama fetichismo.

No es ahora nuestro intento entrar á discutir si la adoración de los objetos materiales se encuentra en el África extraordinariamente extendida, y más, si cabe, que en todos los otros países del mundo.

Pudiera muy bien sobre este particular sostenerse que las dos tendencias del negro, la intelectual y la sentimental, le

predisponen más que á ninguna otra raza del género humano hácia la degradada adoracion de los fetiches.

Mas sea de esto lo que fuere, y haciendo de ello caso omiso sin miedo alguno de ser contradichos, sostenemos que el fetichismo es una corrupcion de la religion, que el negro es susceptible de abrigar en su mente ideas religiosas más elevadas que las que supone la adoracion de los troncos y piedras, tanto que ese mismo pueblo que al parecer cree en los fetiches, acaricia en su alma los sentimientos más puros, más exaltados y más verdaderos con respecto á la divinidad.

Y no se crea que para conocer esto sea necesario más que ojos con que mirar, pero ojos que, fijándose á contemplar lo que envuelva perfeccion, se desentiendan casi por completo de lo que es imperfecto.

Cuanto más meditamos sobre las religiones paganas, más convencidos quedamos de que para llegar á formarnos sobre ellas acertado juicio, necesitamos atender á los puntos más culminantes y prominentes, no de otro modo que al fallar sobre la elevacion de ciertas cordilleras, v. gr., los Alpes, fijamos nuestra atencion sobre las crestas más empinadas.

Cualquier religion debe considerarse como una aspiracion, como un deseo del espíritu humano, que nunca llega á su completa realizacion, no moviéndonos tanto la religion del negro como la nuestra propia á afirmar que si la religion se ha de juzgar y examinar, se ha de fijar nuestro juicio no en lo que parece de fuera, sino en lo que en sí misma es; queremos decir en lo que es, en lo que puede ser cuando se apodera del corazon de hombres eminentes por sus talentos y prendas.

Hoy por hoy todo el que quiere llegar á formarse una idea aproximada de lo que es la religion de los negros africanos, habrá de recurrir á la obra elegante y clásica de Waitz sobre la Antropología (1); pues este autor, que en miras tan nobles y científicas se inspiró al publicar el *Organon* de Aristóteles, expone la presente cuestion con un espíritu verdaderamente escolar y analítico.

(1) Waitz, vol. II, p. 167.

En efecto, no sólo procura Waitz conservar su espíritu libre de preocupaciones, sino que ántes de citar las opiniones de ningun escritor se entera al por menor de su imparcialidad é integridad. Por estas razones la Antropología de Waitz ha sido perfectamente recibida en Inglaterra, donde todo hombre de ciencia la conoce ya, inspirando con sus narraciones y crítica las bellas páginas que de la pluma de Mr. Cylor acaban de salir.

Las conclusiones á que, con respecto á los verdaderos caracteres de la religion de los negros, ha llegado Waitz, pueden condensarse en los términos siguientes, que son de este autor:

« Créese generalmente que la religion del negro es una forma particular del politeismo presentado en toda su desnudez, á la que, para designarla y distinguirla de las demas, se da el nombre de fetichismo.»

« Nada más infundado que tal modo de juzgar la religion del negro; pues si prescindimos de ciertas particularidades extravagantes y fantásticas, que por nacer espontáneamente de su carácter, son inherentes á todos sus actos y prácticas, hallaremos que la religion de los africanos, comparada con la de los demas pueblos incultos, ni presenta carácter alguno peculiar, ni reviste esa crudeza y desnudez que se le achacan.»

« Los que tan desventajosamente juzgan al negro, lo hacen atendiendo sin duda á lo que por de fuera aparece en su religion, ó fundándose para criticarlo en antecedentes gratuitos ó supuestos.»

« Medítese con más detenimiento sobre los sentimientos religiosos de las tribus africanas, y luégo haciendo coro á varios eminentes filósofos, que últimamente han obtenido magníficos resultados, se vendrá con ellos á establecer esta proposicion no ménos nueva que sorprendente, « que muchas tribus de negros, completamente separados del tráfico con naciones civilizadas y privadas por ende de tan benéfica influencia, han impreso á sus ideas religiosas impulsos tan notables de avance, cual apenas será posible señalar en los demas pueblos bárbaros del globo.»

« De esos autores á que nos referimos, y que tenemos por

verídicos, claramente resulta que los negros no son mono-teístas, si bien por otro lado se hallan en posesion de los fundamentos más sólidos del verdadero monoteísmo, al que bien pronto vendrían á parar, si no fuese por las muchas y groseras supersticiones que envuelve su religion, y que siéndoles comunes con otros pueblos, les impide como á éstos llegar hasta la pura fuente de las verdaderas ideas religiosas.»

Estos son los términos en que Waitz se expresa.

Hablando más tarde el mismo autor de la obra que Wilson escribió sobre el África Occidental, su historia pasada, estado presente y probable porvenir, la cree mejor que cuantas se han escrito hasta el dia, por más que gran parte de su mérito sea debido á los misioneros y expedicionarios, que participaron al escritor la mayoría de las narraciones y datos que acumula.

A Wilson cabe la gloria de ser el primero en sostener que lo que todo el mundo entiende por fetichismo, se halla muy léjos de la real y verdadera religion de los negros, hasta el punto de poderse demostrar con datos irrecusables la existencia de tribus que, tenidas hasta el dia por adoradoras de fetiches, creen no obstante en los dioses, ó en un Dios supremo, criador del cielo, y para cuya designacion poseen en su idioma nombres particulares.

Se ha dicho con alguna frecuencia que los negros, dirigiendo á los fetiches toda su adoracion, se olvidan totalmente del Sér Supremo. Semejante fenómeno puede ser resultado de muy distintas causas.

Lo primero puede proceder de un exceso de reverencia no ménos que de gran negligencia.

Sabido es que los Odjis (1) ó Achantis, dan al Sér Supremo igual nombre que al cielo, si bien por aquél entienden un Dios personal y definido, que, en decir de los negros, es Criador y Dador de todas las cosas. El Sér Supremo dicen los mismos negros que es omnipresente, omnisciente, conocedor aun de los más recónditos pensamientos humanos, y en extremo compasivo de las calamidades del hombre; pero que desentendién-

(1) Waitz, II, p. 171.

dose del gobierno del mundo, ha confiado su régimen á espíritus inferiores.

Estos espíritus son de dos clases, buenos y malos; los primeros son benignos con los hombres, los otros son muy rencorosos, siendo necesario para aplacarlos ofrecerlos sacrificios (1).

Cruickshank (2), hace notar también la misma particularidad en el carácter de los negros de Costa de Oro. En sentir de este autor la creencia de los negros aludidos en un Dios supremo, hacedor y gobernador del universo, debe ser muy antigua, no arguyendo nada en contra el que los negros le invoquen sólo muy raras veces, dándole, cuando lo hacen, el título de «su mayor amigo», ó el de «Criador de los hombres.»

Solamente al verse sumidos en grandes calamidades se les oye decir: «Estamos en las manos de Dios, haga lo que á sus ojos parezca mejor.»

En las mismas ideas abundan los misioneros de Basle (3), sujetos de autoridad nada dudosa. Estos mismos señores añaden que la creencia de los negros en un Dios supremo no ejerce en ellos la más mínima influencia.

En confirmacion de su aserto refieren, que si afligidos los negros por una gran calamidad, andan errantes y cabizbajos diciéndose mutuamente: «Dios es el bien más antiguo, el mayor de los seres; nos mira, estamos en sus manos»; al mismo tiempo y como haciendo caso omiso de esta creencia, prestan adoracion á miles de fetiches, en lo cual desgraciadamente los imitan no pocos cristianos.

Los Odjis ó Achantis (4), á la vez que conservan una idea clara de Dios mirándole como el Sér más elevado, la sabiduría más completa, el criador de todas las cosas, aquel de quien nos viene la luz y calor del sol y la lluvia de las nubes, niegan sin embargo que ese Sér Supremo intervenga para nada en

(1) Riis, *Baseler Missions-berichte*, 1847, IV, 244, 248.

(2) Cruickshank, p. 217. Refiérese á él Waitz, II, p. 172.

(3) *Baseler Mission berichte*, 1855, I, p. 88.

(4) Waitz, II, p. 171.

el gobierno del mundo, objeto para el cual fueron criados espíritus inferiores, que como señores y árbitros mandan á su antojo en los collados y valles, en los campos y bosques, sobre el mar y los rios.

Si se pregunta á los africanos por la forma de esos espíritus, contestan que son parecidos á los hombres, segun han oido decir á sus sacerdotes, á quienes algunas veces se aparecen.

En cuanto á intenciones, casi todos los espíritus las tienen buenas en sentir de los negros. Hay sí unos pocos espíritus malos capitaneados por un jefe perversísimo, que habiendo jurado guerra perpetua á los hombres, no sólo los atormenta aquí, sino tambien en otro mundo que hay despues de éste, y del que es señor ese espíritu (1).

Algunos de los nombres africanos consagrados á designar el Sér Supremo originariamente significan el sol, el firmamento, el distribuidor de las lluvias; otros quieren decir el Señor de los cielos, el Señor de las estrellas, el Criador invisible. Con estos títulos le invocan los Yebus (2), salvajes que al hacer oracion vuelven hácia la tierra los rostros.

Una de las plegarias adoptadas por los negros últimamente citados, es la siguiente: « Dios que estás en los cielos, líbranos de las enfermedades y la muerte. Señor, concédenos la felicidad y la sabiduría. »

Los Ediyahs de Fernando Póo (3) entienden por Sér Supremo lo que en su lengua llaman *Rupi*, Señor, cuya corte la componen muchos dioses menores destinados á servir de mediadores entre el Criador y los hombres.

Los Duallales, pueblos de la costa de Camarones, tienen un mismo vocablo para expresar el sol y el Gran Espíritu, como llaman á Dios (4).

Los Yorubas creen en un Señor de los cielos, designado

(1) *Ibid.* II, páginas 173, 174.

(2) *Ibid.* II, p. 168; *D'Avezac*, p. 84, nota 3.

(3) *Ibid.* II, p. 168.

(4) Allen y Thomson, *Narrative of the Expedition to the River Niger in 1841*, II, p. 199.

con el nombre de *Olorum* (1). También admiten la existencia de otros dioses menores, habitantes en un lugar llamado Ife, situado en el distrito de Kakanda á los 5° de longitud Oriental, contados por el meridiano de Greenwich, y á los 8° de latitud Norte, viviendo en aquel sitio como en una especie de Olimpo, del que parten diariamente el sol y la luna despues de morir ó ponerse por el Occidente, y del que en otro tiempo partieron como de su cuna todos los hombres que hoy pueblan el mundo (2).

Romer (3) hace notar que las tribus de Akra prestan una especie de adoracion al sol naciente. Zimmerman (4), á su vez, niega que en este caso intervenga género alguno de adoracion hácia los objetos casuales comunmente llamados fetiches, debiendo más bien considerarse el hecho como una manifestacion de respeto hácia el Sér Supremo, llamado en lengua de los indígenas *Jongmaa* (5), nombre que encierra los dos conceptos de lluvia y bien.

Este Jongmaa, además de ser probablemente el mismo que *Niougmo*, nombre que en Costa de Oro dan los negros á Dios, significa también el cielo, que por todas partes cubre la tierra, y cuya existencia data desde la eternidad.

Un negro, sacerdote fetichista, dijo en cierta ocasion: «¿No estamos cada dia viendo cómo la hierba, los sembrados y los árboles crecen con la lluvia y el calor que el sol les envía? ¿Y cómo no hemos de tener por Criador al sol?»

Las nubes son para los africanos velos del sol, y las estrellas joyas preciosas que adornan su carrera.

El sol tiene verdadera descendencia en los *Wong*, espíritus que pueblan el aire, y ejecutan sobre la tierra los mandatos que su padre les impone.

Estos Wong, confundidos también con los fetiches, y teni-

(1) Tucker, p. 192.

(2) Tucker, *Abbeokuta; or, An Outline of the Origin and Progress of the Yoruba Mission*, 1856, p. 248.

(3) Romer, *Nachrichten von der Küste Guinea*, 1769, p. 84.

(4) Zimmerman, *Grammatical Sketch of the Akra or Ga Language, Vocabulary*, p. 337.

(5) *Baseler Mission-mag*, 1837, p. 556.

dos por tales, han desempeñado importantísimo papel, no sólo en África, sino en muchas de las religiones antiguas. Se presentan doquiera que ha sido preciso agrandar la separación entre lo humano y lo divino, y doquiera también que es necesario existan seres intermedios que pueblen los vacíos que el mismo hombre ha establecido.

Los salvajes de Costa de Oro (1) tienen la creencia de que los Wong habitan en el cielo y la tierra, crean hijos, mueren y resucitan de nuevo.

Hay un solo Wong destinado á guardar todo el mar, muchos que vigilan los ríos, los lagos y las fuentes, y no pocos que viven en los pedazos de tierra que se hallan cercados.

Los pequeños montones de tierra con que se cubren los sacrificios, ciertos árboles, algunos animales, como los cocodrilos, los monos y las serpientes, tienen todos sus respectivos Wong. De esta ley se deben excluir algunos animales que los mismos Wong deben considerar como sagrados.

Por último, todas las imágenes grabadas por personas fetichistas, todos los objetos fabricados de pelo, hueso, ó hilo, y puestos en venta, cual si fuesen talismanes, tienen también para su custodia propios y determinados Wong (2).

De lo dicho claramente se deduce la gran diferencia que existe entre los Wong y los fetiches, pues en tanto que los segundos deben mirarse como signos externos, los primeros son verdaderos espíritus que manifiestan su presencia en los fetiches. Ciertamente que en esta teoría salen mal parados los espíritus, pues se los hace descender hasta manifestar sensiblemente su presencia (3).

En Akwapim existe una misma palabra para expresar Dios y tiempo, la de Jankkupong. Algo parecido sucede en Bonny y entre los Makuas del África Oriental, donde una sola palabra significa á un tiempo Dios, los cielos y las nubes (4).

Los Dahomeyanos consideran al sol ser supremo, por más

(1) Waitz, II, pág. 183.

(2) *Baseler Missions-mag.* 1856, II, 131.

(3) Waitz, II, pág. 174, 175.

(4) Koler, *Einige Notizen über Bonny*, 1848, pág. 61; Waitz, II, pág. 169.

que, efecto de esas aberraciones humanas inconcebibles, si no es por negligencia ó por exceso de respeto tal vez, no le ofrecen ningun sacrificio (1).

Los Ibos reverencian á un Hacedor del Universo llamado en lengua de los indígenas Tshuku. «Tshuku posee dos ojos y dos oídos, de los que el uno atiende á las cosas de la tierra, y otro á las del cielo.

Este Dios es por su naturaleza invisible. Jamás se cansa, ni jamás duerme. Oye perfectamente cuanto en el mundo se dice, si bien no puede coger más que á los que á él se acercan» (2).

¿Puede, señores, hablarse con más sencillez y verdad? «¡No puede coger más que á los que á él se acercan!» ¿Decimos nosotros más que esto? ¿No decimos nosotros que habiéndole Dios dado al hombre libertad en esta vida, tiene éste la plena facultad de hacer cuanto quiera mientras no le alcance la muerte, que es la que le pone á merced de Dios?

«Los hombres que fueren justos irán á ver á Tshuku después de la muerte; pero á los que fueren perversos les está esperando el fuego.»—Me parece, señores, que estas palabras y las de nuestro credo en nada se diferencian.

La existencia de tribus africanas, que, perfectamente conocedoras de lo que quiere decir el degradante carácter de fetichistas, lo han arrojado de sí, se evidencia en Akra, donde los negros han declarado que sólo los monos pueden ser adoradores de fetiches (3).

Razones que fácilmente adivinarán nuestros lectores, nos impiden salir garantes de la verdad de los hechos hasta aquí expuestos. Por lo que á nosotros toca, basta verlos apoyados por una persona de tanta autoridad como el profesor Waitz, que tan versado se halla en la comparación é interpretación de los manuscritos antiguos.

Tomadas en conjunto todas las noticias que hemos dado,

(1) Salt, *Voyage to Abyssinia*, 1814, pág. 41.

(2) Schon y Crouther, *Journal of an Expedition up the Niger in 1842*, pág. 51, 72.

(3) Waitz, II, páginas 174-178.

producen en el ánimo el efecto de juzgar á los negros muy distintamente de como hasta el dia se ha hecho, demostrando con toda evidencia que léjos de ser la religion de los africanos un fetichismo uniforme, se halla su culto formado de extremos muy variados.

Es cierto que la religion de los negros envuelve cierto fetichismo, mayor tal vez que el que en otras naciones exista; pero en cambio no son ménos evidentes en ella los restos de cierta adoracion hácia los espíritus residentes en diversas partes de la naturaleza, y los de un sentimiento general del Supremo Espiritu, á quien su misteriosa naturaleza no impide manifestarse mediante el sol ó los cielos.

En efecto, si no siempre y en todos los países, al ménos generalmente se puede decir que el sol y el cielo fueron siempre el puente que enlaza lo visible con lo invisible, la naturaleza con su Criador.

Además del sol, la luna (1) ha sido objeto de un culto especial de parte de los negros, que al hallar en ella un regulador de los meses y estaciones, la juzgan con justicia norma segura para medir el tiempo y la vida.

Los sacrificios de los negros tienen por término, fuera del sol y la luna, ciertos árboles, principalmente aquellos que por su antigüedad son considerados testigos oculares de todas las alegrías y desdichas de una misma familia ó tal vez tribus enteras.

Hemos hablado extensamente de la fisiolatría; vengamos á la zoolatría (2), de que tambien hallamos en la religion de los negros claros indicios.

La tarea de averiguar los motivos que impulsan al negro á venerar ciertos animales, es por demas difícil y penosa.

Gran parte de esta dificultad nace de la confusion con que han rodeado el asunto casi todos los escritores, suponiendo que, para el hecho que tratamos de explicar, existió únicamente una sola causa.

Creemos que no andan acertados, pues generalmente se pueden asignar como causas varias razones.

(1) Waitz, II, pág. 175.

(2) Waitz, II, pág. 177.

La primera y principal que podemos citar, es la antigua creencia en la metempsícosis, en virtud de la cual se suponía que las almas de los difuntos pasaban á habitar los cuerpos de ciertos animales.

Pero dejando á un lado este que pudiéramos llamar universal, veamos los particulares motivos que para la adoracion de ciertos animales pudieron influir.

Los habitantes de ciertos países se figuraban que uno de los fines que vienen á cumplir al mundo los animales, en especial los lobos, es devorar los cuerpos de los muertos, con lo cual dicho se está que los habían de mirar como cosa sagrada (1).

Respecto á los monos, han existido ideas muy curiosas. Muchas tribus los han mirado como hombres algun tanto desfavorecidos en la creacion, otros como hombres que por algun pecado expían en ese estado su culpa. Por lo general, casi todos los salvajes conceden á los antropomorfistas la facultad de hablar, si bien para librarse del trabajo se han fingido ignorantes y mudos. Con estas suposiciones, fácilmente se concibe la repugnancia que los salvajes sienten en matar los monos y otros varios animales, y de esto á suponerles cierta santidad, ya se ve que no hay más que un paso.

El gran desarrollo á que puede llegar el instinto de los elefantes ha inspirado á los negros sentimientos muy particulares. La general creencia es que no se les puede matar, y si alguna vez se ven en la necesidad de hacerlo, tienen muy buen cuidado de pedir perdon al animal muerto.

Si los Dahomeyanos, que son los más fanáticos tratándose del elefante, caen alguna vez en la inmensa desgracia de matar á alguno, son innumerables las ceremonias que para expiar tal falta se verifican.

Es tal la exageracion del culto que se tributa en Dahomey á los leopardos, que, á imitacion de los antiguos, que tenían por muy glorioso ser arrollados por las ruedas de los carros de sus dioses, tienen por muy honorífico morir entre las garras de aquellas fieras.

(1) *Ibid*, II, 177. *Hostmann, Zur Geschichte des Nordischen Systems der drei Culturperioden*. Braunschweig, 1875, pág. 13.

Tiempo es ya que digamos algo de las culebras, animales que por muchos motivos movieron á los salvajes, no sólo á miedo y recelo, pero aún á adoracion.

Nada digamos de las culebras venenosas, de suyo terribles y capaces de exigir veneracion de los ignorantes salvajes, máxime despues que se logra, mediante cualquier estratagema, arrancarles los dientes del veneno.

Otras culebras hay tan mansas, que pueden muy bien utilizarse como animales domésticos, y aún servir de psicrómetros; de esto á tomar la costumbre de darlas alimento, de valuarlas, venderlas, y andando el tiempo adorarlas, tomando esta palabra en el sentido más lato y ménos propio, que es el único en que se puede tomar hablando de pueblos por civilizar, hay muy poca distancia.

F. MAX MÜLLER.

(Se continuará.)





LAMARTINE

SU VIDA Y SUS IDEAS POLÍTICAS.



LAMARTINE ! ¿ Qué nombre ha tenido en el mundo más prestigio que el que acabamos de pronunciar? ¿ Qué voz ha logrado tener en el mundo más ecos y hacer nacer en las almas más nobles sentimientos?

Cuando el libro de las *MEDITACIONES* vió la luz pública , se dejó sentir en toda Francia una general conmocion , y en tres dias el nuevo poeta adquirió la más completá celebridad , logrando colocarse de un golpe en la primera fila de los maestros y de los novadores y fundar en Francia un nuevo género: la poesía lírica.

La generacion siguiente se elevó en la emocion de la gloria á que aludimos , y aún nos asaltan los preciosos recuerdos de las horas de entusiasmo que dominaba nuestros corazones.

Todos, en efecto, hemos cantado y llorado con el poeta y le hemos seguido, tanto en los espacios imaginarios, como en las cimas de las montañas y en los mismos abismos. Con él

hemos discurrido á través de todos los sueños y hemos experimentado los goces de la expansion y el grato dolor de la melancolía, porque la nunca bien ponderada magia de sus versos poseía el secreto de aliviar nuestras penas y de hacer que supiésemos aliviar las de nuestros semejantes. Cuando él hablaba creíamos escuchar nuestra misma voz y experimentar nuestras propias emociones. Él nos infundía su aliento y volábamos apoyados en las propias alas de su espíritu.

Y si no decidme: ¿no hemos ido siguiendo la estela del buque que le condujo á Oriente y contemplado en su compañía las vastas llanuras del desierto?

Sí, allí estábamos tambien nosotros; conocemos la naturaleza áspera y abrasada de aquellas regiones, la silenciosa soledad, el monótono horizonte y esas antiguas razas, en fin, en que la inmovilidad compite con la grandeza.

Hemos penetrado bajo el techo del turco y bajo la tienda del árabe, y esas mujeres de noble continente, á quienes el amor y la simplicidad cubren con sus alas, han hecho rozar con nuestras ropas el tenue velo que cela su belleza.

Hemos seguido tambien el camino de Jerusalem y recorrido las estaciones del Calvario, y nuestras rebeldes almas, penetradas quizas por la maléfica influencia de la duda y el sarcasmo, se han inclinado para besar la tierra empapada con la sangre del primogénito de los mártires.

Como padre, en fin, nos ha hecho sentir el entusiasmo de sus esperanzas y las amarguras de sus dolores. ¡Cuántas lejanas simpatías han acompañado el ataud de Julia y cuántas desconocidas lágrimas han corrido sobre su sepulcro!

El mágico poder del poeta no solamente consistía en infundir el entusiasmo en todos los sentimientos humanos, sino en purificarlos y ennoblecerlos.

Miéntas que otros oponen la poesía á la moral y colocan la pasion sobre la misma conciencia, él sabe unirlas y engrandecerlas: así que le vemos introducir al amor con el respeto y la fidelidad en lo más profundo del hogar doméstico para mostrárnosle luégo dominando las pruebas del tiempo y los sufrimientos de la vida, y conduciéndonos á la divina serenidad de la ancianidad y á la misma victoria de la tumba.

La amistad, el respeto de la familia, la compasion para con el débil, la caridad universal, el patriotismo, el honor, todos los sentimientos, en suma, que nacen del verdadero fondo del alma humana, encontraron en él digno cantor, debiendo notarse que así como debió á la religion y á la naturaleza tan nobles sentimientos, engendra en nosotros el sentimiento de lo infinito que da tanta grandeza á su pensamiento y tanta amplitud á su vuelo.

Esta es la causa por que puede decirse de Lamartine que es al propio tiempo el poeta del pueblo y el poeta de los espíritus elevados; del pueblo, porque los que él intenta retratar son los más constantes sentimientos de la humanidad; de los espíritus elevados, porque idealiza todos los sentimientos. En una palabra, Lamartine, no sólo engrandece todo lo que es pequeño, sino tambien cuanto ya de suyo es grande.

Su originalidad consiste en hacerse todo para todos: verdadera originalidad que hace no encontremos jamás imitacion alguna en sus escritos, de suerte que si es el eco de la humanidad, lo es en virtud de la incomparable inspiracion que es el gran carácter de su genio.

En efecto, esta inspiracion lo domina todo: el pensamiento, el sentimiento, el arte.

Ella le da el entusiasmo arrebatador de sus escritos, la grande sinceridad de sus palabras, las grandes comprensiones y las grandes simpatías, ella la fuerza, la gracia y todos los encantos de la expresion.

Léjos de él los procedimientos sabios, los arreglos sutiles, el artificio, el esfuerzo, cosas todas de las cuales aún el nombre ignora.

Los versos salen de sus labios, ó mejor dicho, de su corazon, como el agua que brota de un venero inextinguible, y sin querer nos traen á la memoria las palabras de la antigüedad que no sin razon afirmaba *que el poeta lleva en sí mismo á todo un Dios.*

Sus mismos descuidos, en fin, son los del genio que se pone en libertad sin contar sus riquezas, que no sabe purificarse porque no sabe imitar.

II.

Ahora bien: este poeta que durante tantos años ha reinado sobre nosotros por el encanto de la armonía, no fué tan sólo un poeta, sino que, presentando un fenómeno quizás único en la historia del genio, supo añadir, y sin esfuerzo alguno, nuevo esplendor á la gloria de que le vemos circundado en el templo de la poesía.

Y en realidad de verdad, durante veinte años ocupó el primer lugar en la primera tribuna de su país, y se vió investido de la dictadura revolucionaria, haciendo que sus rayos llevaran la luz al mundo entero.

Así, pues, aquellas mismas muchedumbres cuyos sentimientos habían sido excitados por el gran poeta en lo recóndito del hogar doméstico, fueron despues por él empujadas á la plaza pública, en que dejaron oír el bramido de su indignacion, y donde si supo conducir las, supo tambien apaciguarlas y vencerlas, para que tras el dia del triunfo y de la gloria, viniese entre sangrientas borrascas el de la tormenta que lo arrojó al abismo de la impopularidad y del olvido, muriendo abandonado en brazos de la pobreza, sin que ninguna de las glorias de su vida haya encontrado lugar sobre la tumba que dió descanso á su cadáver.

Ante un destino tan particular, por no decir raro, las nuevas generaciones, que no se han conmovido como nosotros á la voz del poeta y del tribuno, se miran, se preguntan y parece que, con nombre que debía á todos ser tan caro, va unido cierto género de reserva quizas hostil.

Por otra parte, vivimos, por desgracia, en una época poco entusiasta, y fatigado ya el público de tanta admiracion vive en el escepticismo y la frialdad, sin entregarse como en otros tiempos con alma y cuerpo á la creencia en la prodigalidad de la naturaleza.

Lamartine fué sin duda un gran poeta. Nadie le negará este título, que por otra parte hoy tan poco se estima, ya que tan

poco vale para nuestra generacion todo lo que lleva el nombre de poesía. Fué, en efecto, un gran poeta, nos dirán muchos, mas ¿por qué no contento con este título quiso tambien entrar en la palestra de la política, en que no entendía una palabra, y lanzarse á la arena, sin armas para la lucha, sin haber medido el terreno y la fuerza de sus enemigos?

Despues de esto, se habla de sus tergiversaciones, de sus flaquezas, de sus continuas ilusiones, y los unos lo acusan de legitimista y los otros por haberse hecho republicano; todos, en fin, se ensañan en su aciaga ambicion, que lo arrastró á una carrera para la cual no había nacido, y en la que no amontonó más que desastres y no dejó más que ruinas.

El libro que bajo el título que encabeza estas líneas anunciamos hoy al público, parece tener por objeto dar respuesta á todas las frívolas críticas, presentándonos al mismo tiempo una coleccion escogida de los discursos políticos del orador.

La introduccion que lo precede, escrita por M. Ronchaud, es una biografía de la persona y un estudio completísimo de su vida y de sus obras.

Doble es además el valor de esta introduccion, puesto que procede de una de esas amistades discretas y fieles, que saben sacrificarlo todo por el amigo, y que por lo tanto son difíciles de encontrar en la inestabilidad y tareas de nuestra época.

M. de Ronchaud ha sido discípulo y amigo de Lamartine; vivió á su lado durante treinta años, siguiéndole paso á paso en la oscuridad, en la gloria y en el peligro, en la prosperidad y el infortunio, dejándose ver poco durante los dias de felicidad, pero firme y constante en los tiempos difíciles.

Despues de la muerte de su noble amigo, M. de Ronchaud, se dedicó á la publicacion de sus obras con esa fidelidad del eterno recuerdo que en hombres de este género llega á convertirse en religion.

En esas páginas llenas de tanto atractivo, escritas con tan discreto tacto y simplicidad siempre noble, M. de Ronchaud nos pone de relieve la delicadeza y la penetracion de las grandes amistades, y, aunque suele decirse que el amigo es demasiado parcial para ser juez, téngase, sin embargo, en cuenta

que nada se conoce á fondo como la persona amada, porque fuera de ella nada se busca y nada se estudia.

Seguiremos, pues, en estas líneas la biografía de M. Ronchaud en lo que respecta á la vida personal del autor, mas luégo entraremos en su vida política, y despues de haber comparado el genio del poeta y el del hombre de Estado buscaremos en este mismo genio la causa de las vicisitudes de su fortuna y de su vida.

III.

Nació Lamartine en 1790.

Su familia perteneció á esa clase noble que sólo se encontraba en provincias, alejada de las grandes poblaciones, y ocupada únicamente de manejar las armas ó de cultivar la madre tierra que los viera nacer.

Efecto de vivir en los campos, ya fueran éstos de batalla, ya de labor, ignoraba aquella patriarcal familia las pérfidas ambiciones, las intrigas y las pervertidas costumbres. Nada le era más querido que el hogar doméstico, custodio fiel de la tradicion y antiguas virtudes.

Pudiera decirse que la verdadera nobleza francesa, y en especial de provincias, no gustó nunca de mezclarse en cuestiones políticas; en cambio poseía en el más alto grado el sentimiento del honor, el respeto hácia sus antepasados y todas las virtudes que exigen la nacionalidad y el patriotismo.

Pocos fueron los nobles que al estallar la gran crisis social francesa de 1793 no desampararon precipitadamente sus viviendas en busca del pan extranjero.

Entre esos pocos se contaron los padres de Lamartine, que fuertemente ligados á su querida patria y seguros en su conciencia de no haber con sus desarreglos llamado sobre sí las iras populares, creyeron, y con justicia, que la tempestad no vendría á descargar sobre sus cabezas. Sin embargo, como en todos los movimientos, aún los más generosos, se encuentran locos ó desalmados que abusan de los triunfos conseguidos,

hubo un momento, breve en verdad, en que las virtudes del padre del gran hombre, honraron con su presencia los calabozos de la casa de corrección.

Debemos consignar que los emisarios del Terror no pudieron arrancar de su casa á la madre de Lamartine, por haberse resistido con la altanería y nobleza de carácter propia de las personas de su clase.

Recibió de su madre el personaje que nos ocupa, gráve y austera educación religiosa; educación empero que jamás degeneró en mística ni escrupulosa.

La solidez de la educación recibida puede inferirse de las profundas raíces que en su ánimo echara. «En todos mis sucesos, adversos ó prósperos, dijo cuando ya su nombre rodaba glorioso por el mundo, vuelvo instintivamente la mirada de mi alma hácia mi madre, pareciéndome que la veo, que la oigo, que la escribo. Personas que tan continua y expresivamente nos acompañan, no debemos decir que todavía murieron para nosotros.»

Legitimista y católico en los albores de su vida, dióse bien pronto á conocer en sus producciones poéticas como profundamente poseído de fe realista y religiosa. Al obrar así, no lo hacía por defender dogmas ó teorías, sino porque la fidelidad y amor á sus sentimientos se lo exigían. Difícil es hallar un espíritu ménos sistemático que el suyo. «Las religiones, nos dirá más tarde en su preciosa obra *Voyage en Orient*, no son objeto del raciocinio: sus misterios ganan en profundidad y sublimidad á todos los misterios de la naturaleza y del espíritu humano. Más bien que de raciocinio, pudiera decirse se que son objeto del instinto.»

Dejando á Lamartine la responsabilidad de las citadas palabras, es lo cierto que desde sus más tiernos años unió en el fondo de su alma el sentimiento religioso con el culto á la libertad, á todo lo que se relaciona con el espíritu humano, y á todos los instintos generosos que forman el fondo de la humana naturaleza.

Al decidirse por el partido de la libertad, claro está que había de mirar con horror el imperio, no sólo por ser contrario á las ideas que su noble pecho abrigaba, sino porque ade-

más el imperio se alimentaba de la tiranía y bajeza. De todos los crímenes por Napoleón cometidos ninguno mayor á los ojos de Lamartine que el ultraje inferido á Mme de Staël. Así es que al sonar la hora de la ruina de Napoleón, Lamartine la oyó sin inmutarse, por más que el hecho envolviese tantos desastres para Francia.

Al imperio siguió la Restauración. Lamartine creyó ver en ella una era de libertad para su país, desgarrado por la esclavitud militar. Con la Restauración era de esperar que el genio francés, dando á las letras nuevo impulso, demostrase haberse ya repuesto de su profundo letargo.

En 1814 pasa Lamartine algunos meses en los Guardias de Corps al servicio de la casa real; deja á Francia durante los cien días, y en 1815 solicita un puesto en la diplomacia.

Miéntas llega el día en que se dé curso favorable á su petición, vuelve al seno de su familia, en donde se consagra con ardor á la satisfaccion de su amor por las letras, sin perder, no obstante, de vista la política reinante.

Su correspondencia nos le muestra desde está época lleno de temores y fatigas, frente á frente de las rancias pasiones que se disputaban el poder; mas no obstante el desenfreno reinante, no pierde la esperanza, y todo el porvenir se le muestra concentrado en la nueva soberanía, á quien hay que conceder como crédito un poco de paciencia.

Las *MEDITACIONES POÉTICAS* fueron la primera obra dada á luz por M. de Lamartine, que publicadas en 1820 derramaron súbito y extraordinario esplendor sobre su nombre. «Hoy, ha dicho á este propósito Sainte-Beuve (1), no se puede, no es posible describir á nuestros contemporáneos cuánto entusiasmo, cuántos transportes hicieron nacer los versos de Lamartine.»

Sabido es, por lo demás, que una vez adquirida fama, todo es fácil para el poeta, y ya presupondrán nuestros lectores que el puesto diplomático con tantas ansias solicitado fué por fin concedido al nuevo vate.

(1) Sainte-Beuve, *NOUVEAUX LUNDIS*, tomo XIII, pág. 27, nota.

En su virtud pasa á Nápoles y luégo á Florencia en calidad de secretario de la embajada, verificando poco tiempo despues el rico enlace que, como dice el autor de la Introduccion, constituyó su felicidad doméstica.

M. de Lamartine volvió á Francia en 1828 y á fe muy acongojado por la direccion poco inteligente y liberal del gobierno, siendo esto causa de que ya desde entónces llorase ante los más dolorosos desastres que aún se ocultaban en las lontananzas de lo porvenir. «Poseo el instinto de las masas, escribía en esta época á M. de Virien, hé aquí mi única virtud política. Siento lo que ellas sienten y aún lo que, no obstante su silencio, van á hacer (1).» Poco despues añade: «Esperemos en Dios y en el buen sentido de los que los ingleses llaman *country gentlemen*, y sobre todo en el temor de la Revolucion, cuando volvamos á verla frente á frente, cosa que podrá suceder en 1829 y que si el cielo nos da vida podríamos presenciar (2).

Los acontecimientos no tardaron mucho en hacer ver que no andaba descaminado nuestro poeta.

Estalla, en efecto, la revolucion de Julio, y en tales condiciones, que toda la simpatía de aquel hombre tan eminente estaba con el pueblo.

Lamartine, en efecto, jamás había creído en el derecho divino de los reyes, sino en la tradicion de la historia, en el amor, en la fidelidad que unía al pueblo con una antigua raza nacional.

El dia, pues, en que quedó roto el pacto, volvió también, segun su creencia, en toda su plenitud á manos del pueblo su antiguo derecho.

A nombre de este derecho se alza la nueva monarquía, á cuyo servicio no se pondrá de antemano M. de Lamartine, sino que queriéndola ver en el ejercicio de sus funciones, permanece en expectativa, y si ella es fiel á su origen, si representa el gobierno de la opinion, no espereis que llegue á negarle su concurso.

(1) Abril 1.º de 1828.

(2) Octubre 28 de 1828.

«La tentativa del golpe de Estado de la Restauracion, dice á este propósito, fué insensata y culpable. Hubo en el acto error en la intencion y violacion de la fe jurada; por consiguiente ni razon ni fe moral en el hecho.»

Poco tiempo despues escribía á M. Molé: «Los deberes del hombre y del ciudadano no cesan en nosotros cuando un trono se derrumba ó una familia marcha al destierro.»

Desde entónces se considera Lamartine como libre de su juramento, recobra su libertad con la dimision de sus funciones diplomáticas, en cuyo paso no tuvo más guía que el sentimiento personal del honor y la conveniencia.

En su carta de dimision á Luis Felipe, «se declara pronto á prestar libre y voluntariamente al rey de los franceses juramento de fidelidad, y á aceptar del príncipe y del país todos los deberes que este juramento le impone en el dia del peligro (1).»

Su situacion, como se ve, es de las más claras. Queda libre, pero es cortés y guarda íntegras todas sus ilusiones, creyendo, como á los comienzos de la Restauracion, que se abría para la Francia una era del todo nueva.

En un folleto intitulado *Politique Rationnelle* nos da, en efecto, el programa de los progresos por él esperados, á saber, supresion de los Pares, unidad de la representacion nacional, libertad de imprenta, libertad de la enseñanza, que quería gratuita, separacion de la Iglesia y del Estado, sufragio universal, reforma del código comunal y abolicion de la pena de muerte.

En cuanto á la forma de gobierno, bien sabía ya, nos dice M. de Ronchaud, lo que la historia y la experiencia no han enseñado todavía á muchos de nuestros contemporáneos, á saber, que dicha forma no se escoge sino se impone, y que es fruto del tiempo y de las circunstancias, no resultado de vanas disputas ó de un voto aleatorio... (2)

Elevado en 1831 á la diputacion por una alianza entre liberales y regalistas moderados; M. de Lamartine cae al fin por haberse negado á firmar una frase favorable á la monarquía, y

(1) INTRODUCTION, pág. XVII.

(2) INTRODUCTION, páginas XX y XXI.

sólo dos años despues, al principio de la legislatura de 1833, fué cuando, estando ausente, fué nombrado de nuevo por los electores de Bergues, en el departamento del Norte.

Durante estos tres años, habían tenido lugar grandes acontecimientos en la vida de este gran hombre: nos referimos á su viaje á Oriente y á la muerte de su hija.

C. COIGNET.

(Se continuará.)





EL HOMBRE REY.

Omnis caro vermis.

I.

EN singular egoismo
El hombre rey se apellida...
Rey del mundo... y necio olvida
Que ni aún es rey de sí mismo.

En polvo funda su imperio,
En el polvo su palacio;
Tiene un trono en el espacio
Del inmundo cementerio!

Sus timbres el polvo graba,
Es de polvo su diadema,
Púrpura y cetro, su lema,
«Lo que es polvo en polvo acaba.»

Mofa fué llamar al hombre
Del mundo rey soberano...
Porque el hombre es un gusano
Á quien trocaron el nombre.

II.

Es una vasta llanura
De indefinido paisaje,
En ella empieza el viaje
Que lleva á la sepultura.

Hombre y gusano la huella
Allí dejan estampada,
Y al terminar su jornada
Ni el rastro quedará de ella.

Ambos ansiosos las flores
Que al paso crecen agotan,
Y olvidan que de ellas brotan
Espinas y sinsabores.

Pocos gusanos del suelo
En que nacen se levantan,
Y ¡cuántos hombres se espantan
De levantarse hasta el cielo!

III.

¿Ves la seda que trabaja
El gusano solitario?
Es que teje su sudario,
Como el hombre su mortaja.

¿Ves parar el movimiento
Cuando en sus pliegues se vela?
Así la muerte nos hiela
Llegado el postrer momento.

¿Ves cómo el árbol su sombra
Va á tender sobre el capullo?
Así sobre nuestro orgullo
Tenderá el polvo su alfombra.

¿Ves cómo nadie se cuida
De esa crisálida inerte?
Así tambien en la muerte
El mundo entero te olvida.

IV.

Mas ¿qué importa? El hombre alcanza
Un más allá tras la tumba,
Y si en ella se derrumba
Busca en ella una esperanza.

Que, si la cuna en el suelo
Es del destierro la puerta,
En esa tumba desierta
Halla el hombre la del cielo.

—

Y el polvo que allí reposa
Se levanta á nueva vida,
Como la oruga adormida
Se despierta mariposa.

.....

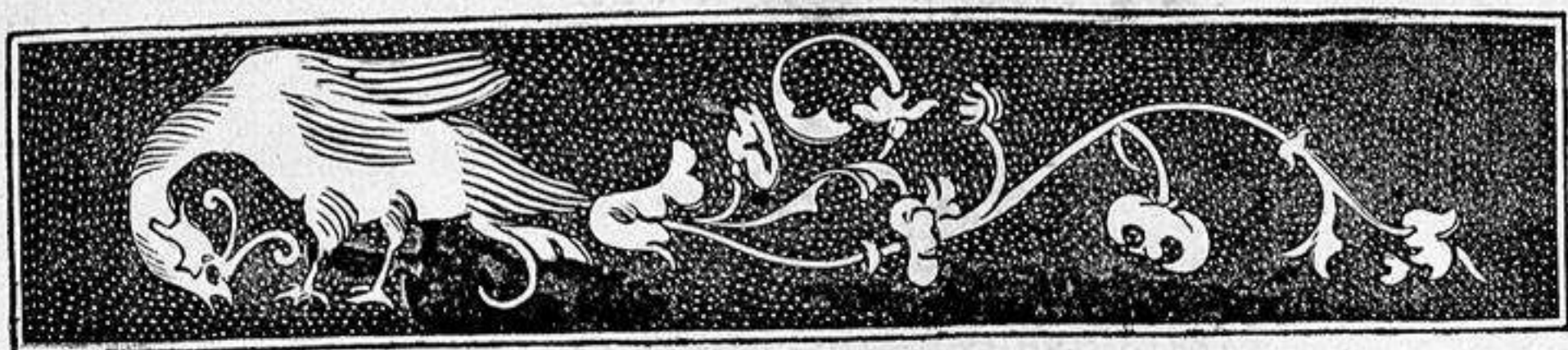
.....

Imagínate un gusano
Salido del polvo inmundo,
Y así rey serás del mundo
Que es acaso hoy tu tirano.

ENRIQUE DANERO.

Madrid, 26 de Febrero de 1879.





ANALISIS Y ENSAYOS

LA FAMILIA DE LEON ROCH

POR

D. BENITO PEREZ GALDÓS.

I.

LA intolerancia religiosa es un foco perenne de perturbaciones en la familia y en la sociedad. Separando á los hombres en dos castas enemigas é irreconciliables, compuesta la una de los poseedores de la verdad, elegidos de Dios y destinados á la dicha eterna, formada la otra por los secuaces del error, sectarios de Satan, condenados á perpetuo castigo, la intolerancia rompe la unidad humana y lleva la division y la lucha á las conciencias, á las familias y á los pueblos. El infiel, el hereje, señalados como objeto de execracion y horror á los creyentes, quedan fuera de todo derecho y toda ley, excluidos de la sociedad como miembros podridos, privados para siempre de todo afecto y toda consideracion. El paria en la India, el bárbaro y el extranjero en el mundo clásico, el siervo y el esclavo en los tiempos modernos no son de peor condicion que los incrédulos. Al cabo en aquéllos no se ven enemigos de Dios, condenados al fuego eterno, cuyo simple contacto basta para perder el alma del creyente.

Al incrédulo se le niega todo, hasta la virtud. Su ciencia es satánica soberbia, mezclada con profunda ignorancia; su moral torpe

mentira ó inconcebible inconsecuencia; su virtud necedad insigne ó vano alarde; ni siquiera se le juzga capaz de sentir la belleza y realizarla en el arte, porque desconoce la única y verdadera fuente de lo bello, que es Dios. Véase en él un perturbador temible del orden social, cuyos fundamentos pone en peligro; un corruptor de la moral pública; un ejemplo vivo de abominacion y de escándalo. Toda la suma de horror, de abyeccion y de desprecio que puede acumularse sobre la frente de un hombre es arrojada sobre el incrédulo por el fanatismo religioso.

En nuestros tiempos este estado de cosas no ha cambiado en lo esencial. Si el triunfo de la idea revolucionaria ha borrado de la ley la intolerancia religiosa, si las hogueras inquisitoriales están apagadas y la libertad de pensamiento está reconocida en todas partes, la intolerancia no por eso ha desaparecido de las costumbres, sobre todo entre ciertas clases y personas. En las capas sociales inferiores existe todavía; en las mujeres reina con absoluto imperio.

Cierto que al incrédulo se le recibe en todas partes; pero si intenta constituir una familia, las dificultades se amontonan en torno suyo, y rara vez consigue la felicidad á que aspira, ni disfruta de la paz doméstica, sino á costa de vergonzosas humillaciones. Si logra vencer los escrúpulos de la mujer á quien ama y las resistencias de su familia, ha de someterse á las ceremonias nupciales de una religion en que no cree y cometer la farsa sacrílega de pasar por adepto de una fe que no tiene. Y una vez conseguido su objeto, su vida será una continua lucha, salvo en el caso excepcional de dar con una mujer tolerante é ilustrada. Su esposa verá en él un precito condenado á eternas penas, y movida de amor y de compasion pugnará por convertirle á su fe; el confesor se interpondrá como eterna sombra entre los esposos, introduciendo en la casa la desconfianza y la discordia y apoderándose de lo más íntimo del alma de la mujer, que sólo entrega el cuerpo á su marido; la educacion de los hijos será constante motivo de discordia, porque cada cónyuge querrá enseñarles lo que verdadero reputa, y la mujer luchará con denuedo por sustraerlos á la que juzga corruptora influencia de su esposo; la union de las almas será un vano nombre, porque la religion levantará entre ambos infranqueable muralla, y el matrimonio quedará reducido de esta suerte á un concubinato legal que nada tendrá de comun con aquel consorcio de toda la vida de que hablaba el jurisconsulto romano.

Para evitar tamaños males, el esposo incrédulo no tiene más recurso en la mayoría de los casos que el ejercicio de la más humillante hipocresía. Guardando en el fondo de su alma sus convicciones, negándose á toda verdadera comunicacion espiritual con su esposa, estableciendo un verdadero divorcio moral, rendirá hipócrita tributo á una religion en que no cree, y cubriendo su conciencia

con la máscara de la fe, fingirá participar de las creencias de su mujer, las transmitirá á sus hijos, á reserva de quitárselas cuando le sea posible, y profanará con su presencia la iglesia á que no pertenece y las religiosas ceremonias de que en el fondo se burla, llevando acaso su sacrílega comedia hasta el punto de manchar con torpe mentira su lecho de muerte. Así vive la mayoría de los matrimonios que pueden llamarse mixtos; así engendra la intolerancia sus naturales frutos: la hipocresía, el sacrilegio y el vil engaño.

¡Problema terrible y sin solución! Ó el incrédulo ha de renunciar á los goces de la familia y condenarse á una existencia inmoral y tristísima, ó ha de optar en la mayoría de los casos entre la abdicación de sus convicciones, la hipocresía ó la lucha en el seno del hogar. La intolerancia, que en otros tiempos le privaba de la vida, hoy le priva del derecho de ser esposo y padre, le cierra el camino de la virtud, y otorgándole solamente, por la fuerza de las leyes revolucionarias, un respeto social puramente exterior, le coloca en rigor fuera de la sociedad.

Y para esto no hay por ahora remedio posible. Este drama terrible tiene forzosamente que acabar en tragedia. Las mujeres son creyentes en su gran mayoría, y todo verdadero creyente es por necesidad intolerante. El que no lo es, tiene de la fe las apariencias, pero vive en realidad dentro de la atmósfera del siglo, y muy léjos del sentimiento religioso.

No nos toca á nosotros indicar la solución que á tan temeroso problema reserva el porvenir; fácil es, por otra parte, adivinarla. Pero tan distante se halla, que es inútil pensar en ella. Por hoy no podemos hacer otra cosa que reconocer la existencia del mal y luchar denodadamente contra él, poniendo de relieve lo espantoso de sus consecuencias, y predicando la tolerancia hasta verla infiltrada en las costumbres. Cuanto en este terreno se haga, será obra meritoria, y los que á ella cooperen merecerán el nombre de bienhechores de la humanidad.

Entre ellos debe contarse el gran novelista D. Benito Pérez Galdós. Con una tenacidad y una audacia superiores á todo elogio, hace tiempo que pone al servicio de este noble y humanitario propósito las poderosas fuerzas de su preclaro ingenio. *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de Leon Roch*, son brillantes jornadas de esta terrible batalla dada contra la intolerancia religiosa por el primero de nuestros novelistas contemporáneos. Tomando el problema bajo un aspecto diferente en cada una de estas obras, bien puede afirmarse que el Sr. Pérez Galdós lo ha agotado, planteándolo bajo todas sus fases y en todo su horror, mostrando con evidencia tal que no deja lugar á duda que la intolerancia es la más poderosa causa de perturbación y guerra en la sociedad y en la familia, y erigiéndose de esta suerte en denodado campeón de la santa causa

del progreso. Por esta razón, obligación es de cuantos abrigan sentimientos liberales coadyuvar al triunfo del Sr. Perez Galdós, y ver en el distinguido novelista, no sólo una gloria de nuestra patria, sino uno de los más ilustres representantes de la causa nobilísima que defendemos.

La familia de Leon Roch, inferior á *Gloria* como concepcion poética, le es muy superior como concepcion moral y social. En ninguna de sus obras ha planteado el problema el Sr. Galdós con tanta verdad, acierto y energía como en ésta. El proceso de la intolerancia religiosa queda definitivamente cerrado en esta produccion admirable, superior á todas las que se han ocupado en este asunto. Es de notar, además, que con el problema religioso se junta en esta novela otro no ménos importante: el del divorcio, con no menor maestría planteado.

El Sr. Galdós ha tenido el acierto de plantear estos problemas de tal suerte, que no sea posible achacar á vicios y pasiones de los hombres los males que en su novela se denuncian. Si algo resulta de ella, es que las falsas ideas y los sentimientos extraviados impele hacia el mal á las más nobles naturalezas. El fanatismo, la intolerancia, no aparecen allí como frutos de la maldad de los hombres, sino como fatales é ineludibles consecuencias de las ideas que profesan y de los sentimientos que abrigan éstos. Ninguno de los personajes fanáticos é intolerantes que en la novela figuran, es odioso ni repulsivo, todo lo contrario; y por tal manera la reprobacion del lector recae íntegra sobre la idea que los anima y no sobre los que de ella son ciegos instrumentos. La perversion de los sentimientos humanos, la disolucion de los más sagrados vínculos sociales, la confusion de todas las ideas morales, el mal realizado con sana intencion y firme creencia de que es el bien, la perturbacion, la ruina y la desgracia llevadas á todas partes, merced al funesto influjo de la intolerancia, hé aquí lo que se desprende con plena evidencia de la novela del Sr. Galdós. Nunca se formó proceso más formidable á la intolerancia religiosa.

Leon Roch es un hombre honrado, de alma pura y generosa y nobilísimos sentimientos. Nacido para ser modelo de esposos y de padres, era su destino hallar la felicidad en el seno del matrimonio y proporcionar inefables dichas á la que tuviese la fortuna de ser su esposa. Pero entre Leon Roch y la ventura á que le hacen acreedor sus virtudes, se levanta el fantasma terrible de la intolerancia. Leon

no es creyente: la ciencia ha destruido en él la fe de sus mayores, y tiene que pasar por un monstruo á los ojos de la sociedad.

María Egipciaca es una mujer apasionada, vehemente y sensual, nacida para las dichas del amor. Si hubiera seguido los impulsos de la naturaleza, si hubiera dado expansion á las energías de su alma, en el amor de Leon Roch hallara su felicidad, haciendo al par la de su esposo. Pero el fantasma aparece de nuevo; la negra mano del confesor se interpone entre María y la soñada ventura; el misticismo se apodera de su loca fantasía, extravía y pervierte sus sentimientos, ahoga en ella todo afecto humano, y la intolerancia la convierte en mala esposa, y separándola de su marido, la precipita en el abandono, en la desesperacion y en la muerte.

La santa ley de la naturaleza unió en estrecho lazo á Leon y María. Jóvenes, hermosos, buenos, apasionados y amantes, brindábales la fortuna dichas sin cuento; pero la intolerancia les condena á irremediable desventura. Una voz siniestra advierte á María que está casada con un réprobo; que su marido es demonio bajo apariencias de ángel; que si le ha entregado su cuerpo, fuerza es que no le entregue su alma, que se corrompería á su contacto; que su deber es traerle al buen camino y exigir de él la más vergonzosa de las abdicaciones; que el consorcio de las almas es imposible entre la servidora de Dios y el enemigo del cielo; que los impulsos del corazon, el grito de la naturaleza, los humanos afectos, todo cuanto es mundano y terreno, debe sacrificarse al mandato divino; y que ella está llamada á conseguir una gran victoria sobre el incrédulo ó á renunciar al amor que por él siente en aras del que debe á Dios. Los que tal aconsejan no son ciertamente criminales; obran de buena fe, con sana intencion, movidos de nobles sentimientos, no cegados por torpes intereses, pero sí fascinados por una idea absurda. El uno es un ilustrado sacerdote; el otro un sér angelical y purísimo, abrasado por el amor divino. ¡Terrible espectáculo ofrecen por cierto! que nada hay tan terrible como el bien puesto inconscientemente al servicio del mal. Al ver este extravío de los más nobles sentimientos, al contemplar la desesperacion y la desventura fatalmente engendradas por lo que debiera ser fuente de consuelo, ¿quién no dirá con el poeta latino:

Tantum religio potest suadere malorum?

Desde aquel momento la catástrofe es inevitable. Su conducta prudente y tolerante de nada aprovecha á Leon. Rota la union de las almas, ábrese entre él y su esposa abismo infranqueable. La sombra del confesor se interpone entre ambos: suya es el alma de María, y sólo le queda á Leon el cuerpo de su esposa como vil despojo que con desdeñosa lástima le arroja el fanatismo. Ya no es

el hogar regalado nido de dulces amores; la acritud, el reproche, la desconfianza imperan en él; la guerra continua, implacable, la hostilidad acerada del creyente contra el impío reinan allí, donde reinara debiera la paz de las almas. León es en su casa extraño y molesto huésped, á quien sólo se paga el torpe tributo de la sensualidad. Separadas las almas, unidos solamente los cuerpos, María se ha convertido, por obra de la intolerancia, en concubina de León. La union conyugal trocada en torpe consorcio, la felicidad doméstica destruida, el adulterio amenazador, la deshonra inminente, tales son los frutos de la intolerancia cuando invade el santuario del hogar.

Al llegar á este punto de la accion, la novela se complica, y al lado del problema religioso, se plantea el del divorcio, desenvolviéndose desde entónces dos acciones distintas, aunque íntimamente enlazadas. De hecho, ya que no de derecho, el matrimonio de León y María está disuelto, porque la sociedad conyugal no tiene razon de ser cuando ha desaparecido el amor, que era su base, y no existen hijos que puedan conservarla. Pero las leyes humanas no lo entienden así, y León tiene que continuar amarrado á un yugo insoportable.

Precisamente entónces la felicidad, que vanamente buscó en María, surge ante sus ojos, personificada en una mujer á quien amó en sus primeros años, y que debió ser la compañera de su vida. Pepita Fúcar es todo lo contrario que María. Si en ésta lo divino absorbe lo humano, aquélla se entrega sin rebozo á los impulsos de su corazon. Pepita ama á León, pero no con el amor sensual y egoista de María, sino con toda su alma. No hay deber, respeto ni consideracion humana que Pepita no esté dispuesta á sacrificar en aras de su amor. La religion no es para ella un obstáculo tampoco; en León no ve el incrédulo, sino el hombre honrado y hermoso, ídolo constante de su vida. Y no se crea que Pepita no es creyente; lo es, sin duda; pero la religion ocupa en su alma lugar secundario, y es más bien corteza exterior, sostenida por la tradicion y la rutina, que fuerza viva y poderosa. Sobre todo, no sacrifica á ella nada de lo que es humano.

León no supo adivinar el amor ardiente que le profesaba Pepita. La exterioridad frívola de ésta no le permitió descubrir los tesoros de su alma, y sólo vió en ella una niña mimada y caprichosa que sacrificó sin escrúpulo á María.

En un acceso de desesperacion y despecho casó entónces Pepita con un hombre despreciable que la abandonó muy pronto, despues de llenarla de oprobio y amargura. Pepita, desde entónces, vivió consagrada al amor de la hija de tan desdichado matrimonio y al silencioso culto de su primer amor.

Cuando, consumado el divorcio moral entre León y María, el desengañado esposo se resuelve á llevar á cabo la separacion mate-

rial, llega la noticia de la muerte del marido de Pepita, y desde aquel punto el segundo problema de la novela queda planteado. Leon siente renacer en su pecho el amor de Pepita; compara la abnegación y el amor sin límites de ésta con la conducta de su esposa, y reconoce, aunque tarde, que ha menospreciado lo que debía ser su felicidad. Su nueva pasión concluye con los últimos restos del afecto conyugal; y desde este momento el adulterio existe, aunque sólo en la esfera del pensamiento y de la intención.

La intolerancia ha consumado su obra; la ley social comienza la suya. ¿Quién duda que ante la razón y la naturaleza el matrimonio de Leon y María está anulado y la unión del primero con Pepita debe reemplazarlo? ¿Quién duda que la mujer que por necios escrúpulos y feroces intransigencias rompió el vínculo que á su esposo la unía, y el miserable que llenó á la suya de vergüenza y deshonor, no tienen derecho á reclamar la subsistencia de lazos que ellos mismos quebrantaron? ¿Por qué, muerto el esposo de Pepita, no han de alcanzar ésta y Leon la felicidad con que les brinda su mutuo amor? La ley social no lo entiende así. Ó la infamia del adulterio, ó los dolores de la separación; hé aquí los únicos caminos que les deja. *Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre*, exclama con adusto ceño, como si Dios quisiera que el amoroso lazo del matrimonio se convirtiera en dogal y se complaciera en condenar á los hombres á perpetua desventura.

Pepita, más apasionada que reflexiva, quiere afrontarlo todo y entregarse sin reservas á su amor. Leon piensa de manera distinta. Su respeto á la ley social y á la que es compañera de su vida, su celo por el honor de la que ama, no le permiten faltar á sus deberes. La lucha trabada en su corazón es terrible; pero la virtud vence al fin y el tremendo sacrificio queda consumado.

Pero la pública murmuración lleva á oídos de María el rumor de lo que pasa. La esposa triunfa de la mística y María resuelve reconquistar el cariño de su esposo, acudiendo á buscarle en su propia casa. Así lo hace, con efecto; pero vencida por la emoción y rendida al golpe de los celos, su flaca naturaleza sucumbe á impulsos de rápida enfermedad, víctima desdichada de la intolerancia y del fanatismo. Con la muerte de María coincide el regreso del marido de Pepita, que no había muerto, como equivocadamente se creyó, quedando de esta suerte bajo el peso de igual desgracia todos los personajes de la obra.

III.

Tal es, reducido á sus términos capitales, el argumento de *La familia de Leon Roch*. Con lo que dejamos expuesto se enlazan sucesos y personajes episódicos que obedecen al propósito de retratar tipos, vicios y ridiculeces de nuestra sociedad, y muy singularmente de las altas clases. Pero lo esencial de la obra es lo que acabamos de exponer.

Hemos dicho que en la novela se plantean dos problemas, que engendran naturalmente dos acciones, de las que son base María Egipciaca y Pepita Fúcar respectivamente, y nexos Leon Roch. Esta dualidad no perjudica á la unidad de la novela hasta el final del último tomo, en el cual causa notable perjuicio al desenlace, que es de los peores que ha imaginado el Sr. Galdós.

La falsa noticia de la muerte del esposo de Pepita era, sin duda, necesaria para plantear el problema del divorcio, y la reaparición de aquél después de la muerte de María pudo ser conveniente para evitar lo que habría de desagradable y anti-artístico en el segundo matrimonio de Leon. Sería algo repugnante, sin duda, que los funerales de la infeliz víctima de la intolerancia se celebrasen con nupciales fiestas. Pero, dado esto, el Sr. Galdós debió suprimir todas las escenas que siguen á la muerte de María, limitándose á dar noticia de la vuelta del esposo de Pepita y narrando en breves palabras la consiguiente y rápida separación definitiva de ésta y Leon.

Pero aquellas escenas que el regreso del esposo de Pepita motiva, aquellas sacrílegas conferencias entre ésta y Leon casi junto al lecho de la muerta, aquella repugnante conferencia entre Federico Cimarra y el P. Paoletti, aquellas transacciones diplomáticas y aquellos pactos entre Leon, el padre de Pepita y el tío del marido de ésta, aquel final precipitado y frío, aquella aglomeración inverosímil de sucesos que desvanece el efecto y la emoción producidos por la muerte de María, son lunares gravísimos que afean el desenlace y oscurecen en alto grado los singulares méritos de la novela del señor Galdós. Muerta María, nada de esto tiene razón de ser, máxime cuando de todos modos el segundo problema de la obra, planteado por los amores de Pepita y Leon, no podía resolverse satisfactoriamente dentro del arte.

Fuera de este error imperdonable, nada hay en la novela del Sr. Galdós que no merezca los aplausos de la crítica, por lo que al fondo de la obra atañe. Aparte de la alteza y transcendencia del pensamiento y de la manera magistral con que el problema está

planteado, la novela, considerada como concepcion artística, es de primer orden.

Como ántes hemos dicho, uno de los mayores aciertos del señor Galdós es que ninguno de los personajes principales de la obra resulta repulsivo. Si Leon inspira simpatía y respeto, María, á pesar de su desatentada conducta y su absurdo fanatismo, excita el amor y la piedad del lector. Angel convertido en demonio por la intolerancia, víctima inocente de irremediable ceguera que turba su entendimiento y seca en ella las fuentes del amor y de la vida, María es una trágica figura cuyo desastroso fin arranca lágrimas y cuyas desdichas y torpezas provocan en el lector, no indignacion contra ella, sino airada protesta contra las ideas que á tal extremo la conducen.

Otro tanto acontece con los demas personajes que en su temeraria obra la secundan. Luis Gonzaga es una creacion bellísima, en alto grado poética, y hecha con una intencion extraordinaria. Aquella naturaleza angélica que, movida por los más puros y nobles impulsos, pero extraviada por falsas ideas, sólo acierta á hacer mal á cuantos le rodean, es realmente una obra maestra de intencion y de habilidad. Un racionalista vulgar hubiera personificado la intolerancia y el fanatismo en odiosas figuras de farsantes de mala ley, clérigos ambiciosos, frailes imbéciles ó curas guerrilleros. El Sr. Galdós ha tenido, por el contrario, el talento de encarnar las ideas que combate en almas elevadas y puras, para que así resalte más la responsabilidad que pesa sobre las ideas que de tal suerte pervierten los mejores corazones. Con igual acierto ha procedido en la pintura del P. Paoletti, haciendo de él, no una grotesca caricatura, sino un hombre ilustrado y hasta cierto punto respetable.

No podemos decir otro tanto de Gustavo. Al principio de la novela este personaje es un varon recto, honrado, perfecto caballero, pero extraviado por el fanatismo, que recuerda la figura del más elocuente y el más simpático de los actuales oradores ultramontanos; pero despues este carácter degenera notablemente y se hace vulgar y repulsivo, sobre todo en el desdichado final de la novela. Algo de esto se observa tambien en Leon Roch. Figura desvahida al principio, se va acentuando y precisando despues y raya al cabo á gran altura, pero la desluce no poco su escasa sensibilidad en la terrible escena de la muerte de su esposa, y despues en presencia del cadáver de ésta. Por grande que fuera su desengaño, por inmenso que fuese su amor á Pepita, no puede explicarse que no arrancara de sus ojos sinceras lágrimas la muerte de aquella infeliz mujer, que tanto amara y que más era desgraciada que culpable. Hay en toda la parte final de la obra algunos detalles que no debió permitirse el Sr. Galdós.

El marqués y la marquesa de Tellería, Polito, el marqués de Fú-

car y demas personajes secundarios, están trazados de mano maestra y son acabados retratos de tipos muy comunes en nuestra sociedad. Pepita es una creacion perfecta, tan interesante como conmovedora, y Federico Cimarra es una figura repugnante, pero dibujada con mucha verdad.

Prolijo sería dar cuenta de todas las escenas admirables, llenas de verdad y de poesía y de profundo y delicado sentimiento, en que la obra abunda, y mencionar los primorosos detalles que la esmaltan. Hay en toda la novela un conocimiento del corazon humano y de la sociedad presente, que verdaderamente asombra. Hay, sobre todo, rasgos inimitables de poesía y sentimiento, y delicadezas de detalle que sólo un genio puede concebir. La conversacion de Pepita y Leon en el tomo primero, la carta de María con que ésta da principio, la enfermedad de Monina, los preparativos de María cuando va á recobrar el amor de Leon, las conversaciones en que interviene el P. Paoletti, la muerte de Luis Gonzaga, la de María y otros muchos episodios que fuera prolijo enumerar, bastan para asegurar al Sr. Galdós la fama de novelista insigne, observador profundo y verdadero poeta. Hay páginas en este libro que no se borrarán nunca del corazon y de la memoria del lector.

Por lo que á la forma respecta, tenemos que ser parcos en elogios. Si hay en el estilo y lenguaje de esta novela trozos admirables, en cambio hay faltas que sólo se explican por una lamentable precipitacion. Frases impropias, palabras vulgares y á veces groseras, construcciones y giros que no consiente la sintáxis, errores gramaticales que no se conciben, hállanse revueltas con páginas elocuentes y bellamente escritas. Esta desigualdad, que se nota en todas las novelas del Sr. Galdós, débese, sin duda, á esa precipitacion al escribir que en tantos errores hizo incurrir á Cervántes y que no tiene disculpa posible. El Sr. Galdós ha logrado el puesto de honor entre nuestros novelistas; ¿por qué no trata de conseguirlo entre los buenos escritores?

Terminemos esta incompleta, aunque extensa crítica, enviando nuevamente nuestra felicitacion al primero de los novelistas españoles contemporáneos, y exhortando al lector para que no deje de saborear las páginas de ese libro, tan fecundo en enseñanzas como en bellezas. Léalo, que de seguro nos ha de agradecer el consejo; y si al leerlo acuden las lágrimas á sus ojos y la indignada protesta á su mente, piense que ese drama conmovedor y terrible se representa todos los dias en el seno de muchas familias, piense que no hay goce legítimo, ni puro afecto, ni regalada dicha que no turbe y corrompa la mano siniestra de la intolerancia, y una sus votos á los nuestros para que llegue la hora dichosa en que se desvanezcan para siempre las sombras del negro fanatismo, é imperando en el mundo la tolerancia, sólo gobierne á los hombres la ley divina del amor.

Si á tan feliz resultado contribuye la obra admirable del gran novelista, ¿qué mayor recompensa para sus esfuerzos? ¿qué mejor corona para su frente de pensador y de poeta? Presentar á los ojos de la humanidad el espectáculo de la belleza, es sin duda empresa meritoria; pero ¡cuánto más grande es llevar una piedra al magnífico edificio del progreso y contribuir al glorioso triunfo de la verdad y del bien!

M. DE LA REVILLA.



ÍNDICE DEL TOMO XIX.

15 DE ENERO.

	<u>Págs.</u>
Doña Luz (continuacion).— <i>Juan Valera</i>	5
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás.— <i>Luis Taparelli</i>	24
Claudio Bernard.— <i>Antonio Espina y Capo</i>	44
El movimiento filosófico.— <i>Ludovico Carrau</i>	55
Cartas de China.—II.— <i>Emilio del Perojo</i>	79
Casuística histórica.— <i>E. Littré</i>	102
La confesion de un escéptico.—Poesía.— <i>Eduardo Lopez Bago</i>	120
Correspondencia de Paris.— <i>Cárlos Bigot</i>	122

30 DE ENERO.

Doña Luz (continuacion).— <i>Juan Valera</i>	129
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás.— <i>Luis Taparelli</i>	138
La emancipacion de la mujer.— <i>M. de la Revilla</i>	162
Cartas de China.—III.— <i>Emilio del Perojo</i>	182
La psicología del niño segun trabajos recientes.— <i>G. Compayré</i>	202
El fetichismo.—Discursos pronunciados en Westminster por el profesor <i>F. Max Müller</i>	223
Demonología judaica.— <i>Jaime Gres</i>	241
Análisis y ensayos.— <i>M. de Roziere</i>	251

15 DE FEBRERO.

	Págs.
Doña Luz (continuacion).— <i>Juan Valera</i>	257
Demonología judaica (conclusion).— <i>Jaime Gres</i>	274
Cartas de China.—IV.— <i>Emilio del Perojo</i>	286
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás.— <i>Luis Taparelli</i>	300
Últimos estudios sobre Homero.— <i>J. P. Mahaffy</i>	323
Las ciencias en 1878.— <i>Ricardo Becerro de Bengoa</i>	351
Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	375

28 DE FEBRERO.

Doña Luz (continuacion).— <i>Juan Valera</i>	385
Cartas de China.—V.— <i>Emilio del Perojo</i>	401
Las causas de lo bello segun los principios de Santo Tomás.— <i>Luis Taparelli</i>	422
La presion del aire y la vida del hombre.— <i>Eugenio Yung</i>	429
El fetichismo.— <i>F. Max Müller</i>	465
Lamartine.— <i>C. Coignet</i>	485
El hombre rey, poesía.— <i>E. Danero</i>	496
Análisis y ensayos.— <i>M. de la Revilla</i>	500



Madrid 28 de Febrero de 1879.

Propietarios gerentes: **PEROJO HERMANOS.**

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.